

VICENTE RODRÍGUEZ CASADO Y LA RÁBIDA

MIGUEL CHAVARRÍA*

A José Miguel, Teresa, Fernando y Jaime

CAPÍTULO I

PRELIMINAR

Un día de comienzos del mes de agosto de mil novecientos cincuenta y seis, no recuerdo la fecha ni puedo precisar la hora exacta, me encontré, juntamente con mi hermano, en la estación ferroviaria de Huelva camino de la Universidad de La Rábida. El viaje desde allí a nuestro destino lo hicimos en un taxi cargado de años y por una carretera no muy buena que, ya adelante de San Juan del Puerto, se aventuraba a cruzar el Río Tinto sobre un puente de tablazón vacilante y crujidora. Éste fue el comienzo de una estancia estudiosa, deportiva y explosivamente alegre en aquel rincón de las tierras andaluzas tan vinculadas al mundo americano. Estudiantes, a la sazón, en la Universidad Complutense, habíamos salido de Madrid con antelación suficiente para detenernos a visitar Sevilla y en un tren que a su nocturnidad unía la alevosía de ser incómodo, ruidoso e impuntual. No era precisamente la postguerra, pero era todavía el predesarrollo y esas privaciones eran para el viajero poco menos que de obligado cumplimiento.

Si traigo a colación esta memoria añeja, es con objeto de poner sobre aviso a quien acierte a leer estas líneas de que me encuentro en situación de posible desventaja y gozando al mismo tiempo de una chamba cierta, concreta y bien determinada a la hora de contemplar la historia de la Universidad Hispano Americana de Santa María de La Rábida. La desventaja, si en realidad lo fuese, consiste en que, siéndome gratos aquellos recuerdos, veo imposible encararme a ellos con la frialdad lejana ni acaso con el ceño fruncido de quien es capaz de permanecer ajeno a lo que aquí se trata de contar y revivir.

* XIV Curso Universidad de la Rábida (1956). Catedrático de la Universidad Centroamericana (Managua) y profesor de la Universidad de Deusto (San Sebastián)

La ventaja está ya casi dicha: asistí en años mozos al XIV Curso de La Rábida y desde aquella vez me he considerado unido a la Universidad por el vínculo del «espíritu», origen de una trabazón imperceptible y a la vez tan consistente como podía serlo el estrobo que unía tolete, embarcación y remo en una sola pujanza de boga durante las rudas competiciones náuticas de aquellos días universitarios frente a la barra de Saltés. Participé además en algunas de las iniciativas que en estas páginas se describen y que iban brotando en su mayoría del empeño y de la imaginación de aquel torrencial rector que fue Rodríguez Casado y me ilusioné, como muchos de mis compañeros, con proyectos y actividades que sólo me fui resignando a dejar cuando otros compromisos me hicieron imposible seguir el vuelo tentador y levemente coloreado de utopía de aquellos sueños a la vez rabideños y juveniles. Soy, pues, testigo o actor de mucho de lo que aquí se dice y puedo posar sobre todo ello la mirada cercana, y al descuido un poco tierna, de quien tiene las cosas sabidas de antemano y no necesita, por lo tanto, de mayores indagaciones.

Carácter de esta obra

Por eso, este trabajo es también, en la medida que ello ha resultado inevitable, un testimonio personal cargado de los recuerdos que al paso de los años el autor ha ido estibando en la memoria o guardando en el corazón. A esto hay que atribuir que aquí no se haga hincapié en los defectos atribuidos a la institución rabideña y que algunos se han ocupado ocasionalmente de comentar y aun ampliar al margen de toda indagación. Básteme dejar el hecho consignado en el umbral de este trabajo, añadiendo, con palabras de un catedrático que conoció bien a La Rábida por ser antiguo alumno y por haber participado en la responsabilidad docente de los cursos, que: «con las naturales lagunas, nadie conocedor de sus cursos y de la pujanza de su temática en la historiografía española contemporánea podrá negar que el éxito acompañó durante largo tiempo a sus tareas, necesitadas, al cabo de un cuarto de siglo, de cierta renovación, cosa por demás evidente en cualquier empresa del espíritu.»¹

No es preciso, pues, recalcar que, entre los puntos flacos de La Rábida durante el periodo que se extiende desde su fundación en 1943 hasta el año de 1973, fecha de la exclusión del Rector Rodríguez Casado, estuvo la escasa importancia que se dio a las tareas oficinescas. Ocurría sencilla-

¹ El catedrático José Manuel Cuenca Toribio.

mente que éstas se llevaban a cabo «más mediante contactos personales que por relaciones escritas».² Ausencia casi total de documentación es el resultado inevitable de esta condición más activista que burocrática de La Rábida en las tres primeras décadas de su existencia. A mayor abundancia, la dispersión geográfica en que se desarrollaron algunos empeños nacidos en torno a la Universidad de La Rábida, como fueron los Ateneos Populares, ha venido a agravar la dificultad que suponía desde el inicio la falta de un archivo unitario. Si se añade que los grandes protagonistas de la vida rabideña, aunque supieron cultivar y transmitir un espíritu y un estilo inconfundibles, habían permanecido ágrafos al respecto, se comprenderá que en buena medida la tarea del autor haya tenido que reducirse en un primer momento a recoger cuantos datos pudieran proporcionarle verbalmente protagonistas y testigos. Hubo, como quien dice, que buscar el rumbo prescindiendo de cartas de mear, y partiendo de recuerdos fragmentarios, de referencias incompletas y de datos carentes, muchas veces, de apoyo documental.

Comenzada esta labor a finales de 1988, se desarrolló primero a través de conversaciones con Octavio Gil Munilla, antiguo Vicerrector de La Universidad de La Rábida, y con otros rabideños de siempre que se prestaron a ello, como Francisco Morales Padrón, José Antonio Muro Orejón, Jesús Arellano, José Luis Murga, José Antonio Calderón Quijano y Lourdes Díaz-Trechuelo y Spínola, además del propio Rodríguez Casado, hombre comunicativo, es cierto, pero con poquísimas inclinaciones a remontar el río del recuerdo, acostumbrado como estaba a navegar interiormente ceñido a la Esperanza que empuja siempre hacia el futuro.

Vino enseguida la pesquisa directa en los escasos documentos que tuvieron a bien poner a mi disposición los directivos de la Asociación de La Rábida, así como Octavio Gil Munilla, Jorge Bernales, José María Prieto y José Martínez Fons. La pobreza del contenido de aquellos papeles casi me puso en la sospecha de que mis interlocutores se guardaban lo principal, hasta que llegué a comprender que, pura y llanamente, no tenían nada que reservar para mejor ocasión, pues no disponían de ningún archivo digno de tal nombre: aquí les doy las gracias por su nunca desmentida disponibilidad y dejo constancia, con la humildad que hace al caso, de mi frustrada sospecha. Contando con todo lo disponible entonces y resignándose a lo que había, el libro se dio por terminado en el primer trimestre de 1990.

² Aportación verbal de Octavio Gil Munilla, cuyo repentino fallecimiento nos sorprendió en la última fase de redacción de este trabajo.

El fallecimiento de Rodríguez Casado

Todo hubiera podido concluir allí cuando un acontecimiento doloroso, el fallecimiento de Rodríguez Casado, en Madrid, el 2 de septiembre de 1990, vino a renovar lealtades, a suscitar inspiraciones y a remover los ánimos, a tal punto y en tal cantidad, que sólo por mediación de la Asociación de La Rábida pudo completarse la tarea de recoger ordenadamente los testimonios escritos que, a sugerencia de Fernando Fernández, Secretario General de la Asociación, fueron haciendo llegar desde todos los puntos de España, de los países de habla hispana, de los Estados Unidos y del mismo Japón, antiguos alumnos y profesores de los diversos cursos.

Esta cosecha testimonial, que en su variada expresión queda recogida en este libro, fue completada con el acopio aquí y allá de algunos documentos —cartas, apuntes, que algunas veces otra cosa no había—, juntamente con los programas impresos y otras publicaciones que los participantes habían ido guardando en calidad de recuerdo de sus propias intervenciones. Sólo así fue posible dotar de una base crítica mínima a la labor que se pretendía realizar y que ha quedado finalmente plasmada en estas páginas.

Con lo anterior queda dicha la razón por la cual este libro ve la estampa sin el nutrido acompañamiento de citas bibliográficas o de notas a pie de página que se apoyen en documentos a los que el común acuerdo reconozca los honores de la objetividad, y que tan deseables son en toda investigación por modesta que sea. En cambio, sin desdeñar otras fuentes secundarias, tiene el raro privilegio de haber suscitado su propia documentación a partir de las realidades vividas que ha pretendido evocar recogiendo los recuerdos y testimonios de otros. Esta circunstancia, además de ser provechosa para los objetivos inmediatos de este trabajo, tiene también el mérito de haber permitido brindar a la Asociación de La Rábida el pergeño de un archivo propio que salva del olvido pormenores de un pasado crucial para ella.

No cabría, sin embargo, ocultar que estas páginas que ahora ven la luz muestran lagunas sumamente difíciles de llenar en una primera aproximación al tema. Los testimonios personales, por muy numerosos e importantes que sean, no acaban de colmar a plena satisfacción los huecos existentes en cuanto a datos, fechas y circunstancias. Ésa es la causa de que estas páginas tengan que moverse forzosamente en el terreno del ensayo y que dejen tras de sí abundantes cabos sueltos que algún día deberán ser

atados por quienes quieran continuar la tarea de inquirir sobre una realidad que pide y merece mayor atención. Por el momento bástenos haber desbrozado el camino en esta labor que desearía ver continuada pese a compartir con muchos la convicción de que La Rábida, en virtud de la fuerza espiritual que la guía, no está destinada a quedarse estacionada en la tarea de inventariar e interpretar los acontecimientos del pasado.

Alma y no otra cosa

Escribir acerca de La Rábida ha resultado arduo no sólo por las razones antes apuntadas. A medida que estas páginas iban tomando cuerpo, surgía paralelamente la tentación de conformarse con un retrato, todo lo extenso que se quisiera, mas puramente externo, de esta institución tan original. El historiador Luis Suárez me diría en cierta ocasión en rueda de amigos: «La Rábida es alma y no otra cosa.» Estaba el alma, pues, y el alma era difícil de captar y de explicar de una manera satisfactoria. Conformarse a meras externidades hubiera evitado el riesgo de inexactitudes y de dificultades a las que se expone siempre quien intenta reflejar la verdad en su forma más real y más profunda; pero hubiera significado también que se dejaba escapar la mayor riqueza de La Rábida y, juntamente con ella, la explicación radical de su fecundidad y de su capacidad de transformación y pervivencia.

Mirando hacia atrás en demanda de ese hilo conductor que nos lleve desde los precarios comienzos hasta el día de hoy, el alma de La Rábida —la Universidad primera y la Asociación de hoy— se nos ofrece como un ideal en marcha que emplea instrumentos variados de acuerdo con los tiempos y las circunstancias. Ese ideal está en íntima relación con un planteamiento vital perdurable y enterizo: el del propio Rodríguez Casado, que fue, desde su primera juventud, público y notorio miembro numerario del Opus Dei. El hecho insoslayable de que la particular simbiosis entre espíritu y vida que logró Rodríguez Casado esté matizada de tintes personalistas inconfundibles se explica fundamentalmente en razón de la originalísima y poderosa individualidad de un hombre que nunca eludía responsabilidades ni escurría el bulto ante retos que le incumbían y que, encima de eso, era «muy amigo de conducir el juego a su propia cancha», según expresión de uno de sus más íntimos colaboradores.³

³ *Ibid.*

Tampoco hay que olvidar las circunstancias específicas de la época en que nacen, crecen y llegan a su madurez la Universidad de La Rábida y las otras iniciativas que aquí se tocan. Existe en todas éstas un común denominador formado por trazos invariantes que encuentran su culminación en una pedagogía que busca desencadenar en los individuos un proceso de formación interior capaz de afectar tanto al ámbito intelectual como al de la voluntad y al de la conformación de los propios ideales. Las circunstancias hacen que esta pedagogía se aplique de diferente modo, pero sus contenidos fundamentales son válidos para todo momento.

Ámbito temporal del trabajo

Durante los cincuenta años de la vida rabideña que forman el periodo que nos hemos propuesto abarcar —desde 1943 a 1973 en la Universidad, y desde este último año hasta ahora a través de la Asociación— se manifiestan o se fraguan en la vida española cambios sociales, económicos, políticos y culturales de primer orden que no es objetivo de este libro entrar a analizar en toda su profundidad o describir en toda su extensión. A ellos, sin embargo, habrá que referirse de alguna manera, con el fin de aportar a los lectores, especialmente a los más jóvenes, los puntos de referencia que permitan entender el contexto en el cual La Rábida nació, creció y se desarrolló y que son de grandísima utilidad para explicar algunas de sus particularidades como institución educativa.

Es sabido que, en consonancia con la creciente incorporación de la mujer a la enseñanza superior, la Universidad de La Rábida extendió a partir de 1961 su actividad al ámbito de las estudiantes universitarias con cursos que se desarrollaban en las mismas aulas y en las mismas condiciones que los destinados a varones, sólo que en distintas fechas del verano. La causa de esta partición de los estudiantes según géneros ha sido objeto de pequeñas controversias. Las opiniones al respecto se distribuyen en un arco amplísimo en el que caben desde las atribuciones de misoginia a Rodríguez Casado, acogidas por los más alejados del ambiente rabideño, hasta la afirmación no inexacta de que las instalaciones no eran las más adecuadas para cursos mixtos, que es una explicación extendida entre los colaboradores más cercanos a la Universidad. La verdad, sin embargo, no debe andar muy lejos del hecho de que el Rector, cuya pertenencia al Opus Dei ha sido mencionada ya, concibiera los cursos en dos ramas como un trasunto de la realidad que él mismo vivía en su vida

personal. La modulada presión de Lourdes Díaz-Trechuelo y Spínola y la influencia de Octavio Gil Munilla y de Antonio Muro Orejón dieron lugar a estos cursos femeninos que, impulsados en un primer momento por Morales Padrón, fueron después conducidos a su madurez por ese fino caballero indiano que fue el recordado Jorge Bernales.⁴ Aunque el material disponible sobre estos cursos es más bien escaso, permite afirmar que no guardaban respecto a los masculinos ninguna diferencia significativa. En efecto, abordaban idéntica temática, bien que modulada a veces por enfoques propios del momento de la mujer en el mundo; eran desarrollados por los mismos profesores, aunque no siempre coincidiesen los mismos nombres en los mismos años; se desplegaban dentro de un mismo ambiente y eran animados por un mismo espíritu.

Constelación de proyectos y realizaciones

Es precisamente la fuerza expansiva de ese espíritu al que hemos aludido más extensamente páginas atrás lo que obliga aquí a referirse a muchas cosas más que a los programas y actividades específicas de la Universidad. Toda una constelación de proyectos y realizaciones tienen cabida en el entorno rabideño; producto, unas veces, del pulso y las maneras de los antiguos alumnos y simpatizantes; nacidos, otras, de la mano institucional de la Asociación; originados, las más de las veces, en la labor personal de Rodríguez Casado, quien nunca dejó de aprovechar sus relaciones amistosas, sus conexiones sociales y su influencia profesional y política para atraer hacia la órbita de la Universidad iniciativas que allí encontrarían consistencia definitiva. La tertulia informal que dará origen al Club La Rábida se encuentra entre las realizaciones nacidas de la iniciativa de los antiguos alumnos; los Ateneos Obreros o Ateneos Populares son el ejemplo más claro de logro institucional de la Asociación; y entre los que se originan directamente del empeño personal de Rodríguez Casado están los cursos de Formación Social y Extensión Cultural, las Jornadas Culturales, los Cursos de Formación Humana y Extensión Cultural y los Cursos para Maestro de Orientación Marítimo-pesquera, desarrollados en colaboración con el Instituto Social de la Marina, así como los Cursos Universitarios para Maestros y Maestras Nacionales, fruto de la colaboración con la Diputación Provincial-Jefatura Provincial del Mo-

⁴ Fallecido en Sevilla el 19 de julio de 1991.

vimiento y la Inspección Provincial de Enseñanza Primaria, ambas de la provincia de Huelva.

Vistas con la perspectiva de los años transcurridos, estas actividades se nos presentan como un ambicioso conjunto que evoluciona precursoramente teniendo como escenario los más diversos entramados sociales y las más variadas localizaciones geográficas. Algunas de esas realizaciones llegaron a ejercer una influencia importante en el ambiente social y artístico de su época, como fueron las tertulias y exposiciones del Club La Rábida en Sevilla; en ocasiones constituyeron una muestra casi utópica de un ideario interclasista que trataba de prever soluciones de diálogo para un futuro que se vaticinaba incierto, como los citados «Ateneos Obreros», extendidos por todas las tierras de España; o eran una expresión de la necesidad de adaptarse a las nuevas circunstancias del desarrollo económico y social, como los Cursos de Capacitación Náutico Pesquera y los Cursos de Perfeccionamiento para Maestras y Maestros nacionales.

La Rábida ejerció también el papel de vector dinamizante que dio lugar a nuevos planteamientos académicos. A través de ella Rodríguez Casado puso en marcha proyectos innovadores como el Instituto Politécnico de La Rábida y el Colegio Universitario, este último verdadero embrión de la Universidad de Huelva.

La mayoría de esos empeños permanecen y siguen dando frutos perfectamente discernibles; otros, los menos, han quedado como proyectos sólo parcialmente realizados. Están, en fin, algunos logros menos conocidos en los cuales la intervención de Rodríguez Casado fue decisiva, como la protección ambiental de los denominados «Lugares Colombinos», hecha posible mediante una legislación adecuada;⁵ y lo que María Teresa García-Izquierdo⁶ llama «las otras obras sociales de don Vicente»: su contribución a la reconstrucción de los monasterios moguerenses de Santa Clara y de San Francisco, a la construcción de instalaciones deportivas y de una barriada de viviendas sociales en el mismo Moguer.

⁵ Decreto de 22 de julio de 1958, Decreto de declaración monumental, de 22 de julio de 1958, y Orden de la Dirección General de Bellas Artes de 16 de julio de 1968 por la que se aprueban las Instrucciones para la protección ambiental del conjunto histórico-artístico «Lugares Colombinos» (BOE n.º 176, de 23 de julio, pp. 10784 a 10786). Este último se reproduce como Anexo de este volumen.

⁶ Testimonio de María Teresa García-Izquierdo, hija de D. Pablo García Izquierdo, antiguo alcalde de Moguer y entrañable amigo de Rodríguez Casado.

La Asociación de La Rábida

De todos ellos: logros pasados, realidades actuales y proyectos en marcha está construido este libro. Por eso no estaría completo si no se ocupase también de la Asociación de La Rábida, sin cuyo decisivo apoyo no hubiera sido posible la aparición de estas páginas. Formada mayoritariamente por antiguos alumnos de los cursos universitarios, emprenderá, desde el momento de su fundación en 1958, una singular corriente de colaboración entre universitarios y obreros que va a encontrar su expresión más lograda en los Ateneos Populares. A la Asociación se debe también la organización, a partir de 1973, de Cursos Universitarios y Jornadas que renuevan en la España de las Autonomías y de la Democracia, «con escasos medios, con las limitaciones que impone siempre la condición privada, sin ayuda de nadie, pero con exquisito espíritu de libertad»,⁷ el mismo talante emprendedor que, confiando las cosas a Dios y a la esperanza, hizo surgir a la Universidad de La Rábida cincuenta años atrás.

De todas estas empresas el punto vectorial fue la Universidad de La Rábida, y en la Universidad, Rodríguez Casado. Su presencia como fundador, mentor y animador se vio reforzada por la de sus numerosos, eficaces y no pocas veces abnegados colaboradores. De ellos supo rodearse para aunar voluntades, sumar esfuerzos, aprovechar ideas, acoger iniciativas, ganar amigos, empujar proyectos y contribuir a dar forma distinta, por adecuada a los tiempos y a las circunstancias, a empeños que en el fondo son manifestaciones de un mismo espíritu.

No se puede dejar de mencionar, al referirse a la labor de Vicente Rodríguez Casado, su vinculación cordial y plena a la Universidad de Piura, en el Perú, país al que siempre consideró su segunda patria. En aquellas aulas y en aquella tierra volcó su mejor quehacer y sus mayores ilusiones en los últimos años de su vida. Allí ha dejado también una ancha estela de discípulos y de amistades que prolongan en tierras americanas ese verdadero magisterio en que puede resumirse su labor como catedrático y como persona.

La fecha gozne del contenido de este libro es el año de 1973 que, a través de la Asociación, marca el comienzo de un nuevo quehacer del cual también se ocuparán estas páginas. Pero el antiguo solar onubense no ha

⁷ En *Papeles de La Rábida*, boletín de información interna editado por la Asociación de La Rábida. Véase también el testimonio (Introducción II) de Luis Suárez Fernández en esta obra.

quedado vacío. Como toda obra bien hecha, la vieja Universidad Hispanoamericana de Santa María de La Rábida perdura frente a las dificultades que entraña todo cambio de estilo y de personas. Desde aquella fecha, vuelta, tras intermisión de varios años,⁸ al cauce nunca limitativo del americanismo, despliega hoy una labor que sabemos y deseamos llena de frutos.

Para terminar, habrá que aclarar que, aun respetando cierta congruencia cronológica de todo punto imprescindible, se ha optado aquí por un tratamiento temático. Esto ha permitido detenerse, si no en todas, al menos en las principales rúbricas que dan consistencia a toda tarea universitaria y humana dejando que, en papel de núcleo, atraigan hacia sí toda una copia de acontecimientos y anécdotas que prestan color al relato, ayudan a situar a La Rábida en la encrucijada de su tiempo y contribuyen a que se la pueda entender en su manera específica y singular de ser Universidad.

Acabado de redactar, y puesto ya este libro en la recta final para su entrega a la imprenta, llegó a nuestras manos una colaboración tan largamente esperada como insistentemente pedida: la del catedrático Jesús Arellano, rabideño de los primeros días y de las primeras esperanzas, antiguo amigo y colaborador de Rodríguez Casado y testigo, privilegiado en muchos aspectos, de las cosas que aquí se narran. Por la significación de su autor, por los particulares matices que añade desde su propia visión y por la imposibilidad de sumir su aportación de última hora dentro del caudal de un texto que estaba ya completo, se ha preferido —aun a riesgo de inevitables repeticiones— incluirlo al final de todo para que, a modo de brillante coda, sirva de remate a este intento de fijar, para la memoria y la posteridad, una parte substancial de la actuación y la huella del que fue por antonomasia el Rector de La Rábida.

⁸ Respecto a la supresión de los cursos de verano y de los cursos específicos de Historia de América y de Humanidades, desde 1974 a 1978, véase Muñoz Bort, Domingo, *La Universidad Hispanoamericana de Santa María de La Rábida. Medio siglo de Historia*, Sevilla 1993, pp. 89 ss.

CAPÍTULO II

EL HOMBRE Y EL MOMENTO

El año de 1943 fue pródigo en acontecimientos decisivos para los destinos de la humanidad. La Segunda Guerra Mundial torció definitivamente su rumbo en enero con la capitulación del Sexto Ejército alemán en Stalingrado y con la retirada de las tropas del *Afrika Korps* cuatro meses después. Durante el verano, la invasión de Sicilia por las tropas de Montgomery y de Patton ocasionó la destitución de Mussolini, la rendición de Italia y el alineamiento de dicho país al lado de las potencias aliadas.

La situación diplomática de España, oficialmente «no beligerante»,¹ se vio comprometida por el sesgo de los acontecimientos bélicos. Todo anunciaba que el conflicto se resolvería con la victoria del bando aliado en el que se encontraba la Unión Soviética, cuyo enfrentamiento con España constituía uno de los pilares conceptuales de la posición internacional del franquismo. La perspectiva de una España aislada del nuevo orden mundial que estaba próximo a surgir motiva en marzo de ese año la carta de Don Juan de Borbón a Franco reclamando la restauración de la Monarquía. Un documento firmado por veintisiete procuradores de las recién inauguradas Cortes insiste, a principios de junio, en la conveniencia de acelerar el paso hacia la institución monárquica.

Sujetas a censura todas las publicaciones menos las de la Iglesia y sometidos muchos periódicos a las consignas oficiales, la prensa española,

¹ España se declaró neutral el 4 de septiembre de 1939. Declaró su «no beligerancia» el 12 de junio de 1940 coincidiendo con la entrada de Italia en la Guerra. Volvió al «status» de neutralidad el 3 de octubre de 1943. Acerca de las implicaciones españolas en la política internacional durante la II Guerra Mundial hay abundantísima bibliografía. El lector interesado puede consultar obras como la de Areilza Martínez, J.M., *Embajadores sobre España*, Madrid 1947; Puzzo, D.A., *Spain and the Great Power, 1936-1941*, Nueva York 1962; Feis, H., *The Spanish story. Franco and the Nations at war*, Nueva York 1966; Gaule, J., *España y la Segunda Guerra Mundial. El cerco político-diplomático*, Madrid 1966.

que otorgaba en general un trato amistoso a las naciones del Eje, daba a la nueva situación un enfoque confirmatorio de los puntos de vista del Movimiento acerca de lo que estaba sucediendo en los frentes de batalla y en la diplomacia; pronto comenzaría a acusar, además, cierta tendencia a no irritar demasiado a la opinión aliadófila ni comprometer de forma irreparable el crédito de España como país que pretendía permanecer al margen de la contienda.

Por las anteriores circunstancias es muy difícil, por no decir imposible, hablar respecto a aquellos momentos de una opinión ciudadana bien informada ni siquiera en círculos como los universitarios a los que en teoría había que suponer mejor enterados que la generalidad de los ciudadanos. No obstante, hay una realidad inocultable: subsistía en España una fuerte corriente de simpatía y fidelidades totalitarias que, si bien ya no eran decisivas en el Gobierno, ejercían, sin embargo una influencia importante precisamente en el sector informativo, en el Sindicato Español Universitario (SEU) y, en gran medida, en las mismas universidades, en la intelectualidad intramuros y en el mundo editorial.

La juventud universitaria de los 40

Esto no significa que las noticias bélicas y, sobre todo, la incertidumbre generada por estos acontecimientos dejarán de calar en las clases educadas del país. Lo que acontecía era que éstas no participaban de esa preocupación en la medida y con la intensidad que en condiciones de más fácil acceso a la información y de libre expresión de la opinión hubiera cabido suponer.

En conversaciones con Rodríguez Casado y con sus colaboradores no se encuentran motivos para suponer que los acontecimientos internacionales fuesen materia que les quitase el sueño. Había entre ellos bastante indiferencia política. Este hecho puede ser explicado no sólo por los condicionantes que pesaban sobre la información, sino porque aquel conjunto de jóvenes profesores y doctores entre los que encontraría favorable acogida la iniciativa de Rodríguez Casado estaban entonces empeñados en acceder a una cátedra o en consolidar en ella su prestigio académico logrando una estabilidad definitiva después del punto muerto que en ese aspecto supuso para ellos la Guerra Civil. Por otra parte, una razón psicológica no puede ser desechada del todo: entre esa brillante juventud había muchos que por sus vinculaciones personales o familiares se sabían identificados con la sociedad de quienes habían triunfado en la Guerra

Civil y eso, quiérase o no, contribuía a alentar su confianza en la estabilidad de la situación. En cuanto a los que procedían del sector adverso al régimen, es un hecho que habían asumido la tarea de insertarse de la mejor manera posible en la realidad social y profesional que las circunstancias les habían deparado. Los unos y los otros, en fin, tenían mucho deseo de construir por encima de las ruinas de la discordia una nueva vida intelectual y universitaria que enmendara los errores del pasado.

Aquella juventud en pleno ascenso no era, pues, insensible ni carecía de sentido crítico. Con relativa frecuencia, las conversaciones privadas, inducidas por los más veteranos entre ellos, giraban en torno al nuevo orden mundial donde la Unión Soviética se sentaría, sin duda, en el sitio de los vencedores. La idea de que los Estados Unidos e Inglaterra terminarían por enemistarse con la URSS encontraba acogida en algunos ambientes; se especulaba con la suerte de Alemania una vez vencida; la situación de Italia, que después de rendirse incondicionalmente a los Aliados había declarado la guerra al Tercer Reich y gozaba de la condición de socio de sus antiguos enemigos, daba pábulo a quienes apostaban por la clemencia.

El ambiente sevillano

Sevilla fue salvada de destrucciones materiales importantes durante la Guerra Civil por la rápida actuación del General Queipo de Llano que, en apoyo de los alzados, declaró el estado de guerra y aplastó los primeros brotes de resistencia de las milicias sindicales; no obstante, la vieja capital bética no era una excepción a la tónica de la España de la postguerra. La coyuntura política no contribuía, tampoco allí, al sosiego, pero el modo de ser andaluz,² que sabe contentarse con mínimos y es capaz de extender sobre la expresión de la opiniones más dispares una fina capa de ironía o de ingenio, facilitaba en el plano personal y humano la conciliación de posturas que se inspiraban en idearios diferentes.

También en la ciudad de la Giralda la vida seguía su precaria andadura caracterizada por la escasez material, el aislamiento intelectual y una situación política en la que predominaban los esfuerzos por superar las dificultades que planteaba la reconstrucción del país en medio de la guerra que asolaba al resto de Europa. La Universidad hispalense vive días

² Cfr. Millán Puelles, Antonio, «Las raíces filosóficas de la cultura andaluza», en *Revista de Estudios Regionales*, Extraordinario, vol. III, 1981, pp. 55-70.

de escasez en todos los sentidos.³ La guerra y la postguerra se han cebado en la comunidad universitaria. A las bajas juveniles producidas en el campo de batalla se unen las dificultades propias de un momento de amenazas externas que dificultan la deseada desmovilización de millares de reclutas. En lo económico, las medidas de urgencia adoptadas por el Ministerio de Educación Nacional no bastan para cubrir las necesidades de la enseñanza superior. De cierta forma, las circunstancias mismas marcaban la trayectoria para superarlas: ninguna iniciativa podría salir adelante sin una gran dosis de espíritu de servicio, de tenacidad y de entrega personal.

En un punto fue original Rodríguez Casado, y el núcleo sevillano que dio acogida a sus iniciativas llegó a compartir esa originalidad: en percibir que ni las condiciones de España ni las condiciones del mundo que estaba surgiendo propiciaban el entendimiento entre los hombres; y que el mayor peligro era precisamente que el diálogo no llegara a producirse. Había, pues, que hacer un esfuerzo consciente para buscar el mutuo entendimiento.

De estudiante a catedrático, pasando por la guerra

Vicente Rodríguez Casado se incorpora al claustro de la Universidad de Sevilla en la primera semana del mes de septiembre de 1943. Había nacido Rodríguez Casado el 29 de abril de 1918, en Ceuta, por exigencias del destino militar de su padre, don Vicente Rodríguez Rodríguez, perteneciente al Cuerpo de Ingenieros. Habiéndose trasladado su familia a Madrid por la misma razón, cursa el bachillerato en el Colegio de Nuestra Señora del Pilar. La mayoría de los días hace a pie el trayecto desde su casa familiar de la colonia de La Moncloa hasta la calle de Castelló, en el barrio de Salamanca, donde el colegio se ubica. Invierte en libros —clásicos españoles y novelas policíacas— lo que se ahorra del tranvía. En la Universidad de Madrid estudia Letras por propia inclinación e inicia la

³ Atento a la visión micrográfica y no sólo a la panorámica, José Antonio Calderón Quijano expresó al autor: «Estábamos recién salidos de la Guerra Civil y la Universidad de Sevilla vivía en precario en todos los sentidos. En primer lugar, faltaba profesorado. En cuanto al material, era tan insuficiente que en toda la Facultad de Filosofía y Letras había tan sólo cuatro mesas que compartían como podían los catedráticos y los profesores auxiliares.»

Una visión «sin excesiva carga analítica», pero muy completa y pormenorizada del acontecer sevillano de aquellos años puede verse en: Alfonso Braojos, María Parias, y Leandro Álvarez: *Sevilla en el siglo XX*, Sevilla 1990, T.II, pp. 213 ss.

carrera de Derecho por complacer a sus padres. De los primeros años de la universidad data un fugaz contacto con las juventudes carlistas que más tarde él gustará de airear ante sus amigos de esa Comunión. Tiene al estallar la Guerra Civil dieciocho años; investigador precoz, ya ha iniciado por entonces su tesis doctoral cuyos primeros apuntes verá destruidos en la batalla que por la Ciudad Universitaria librarían las tropas del General Asencio.

El 18 de julio el padre de Vicente, que ha alcanzado la graduación de Teniente Coronel de Ingenieros, es reducido a prisión por las autoridades republicanas, aunque no hay ningún cargo concreto contra él. Por esta circunstancia, unida a los buenos oficios de un sindicalista, obrero de la construcción que había sido subordinado suyo durante el servicio militar, el Teniente Coronel Rodríguez es puesto al poco tiempo en libertad, si bien, una vez en la calle, decide permanecer en la clandestinidad, pues, monárquico y liberal, no quiere tomar las armas a favor de la República. Después de un breve periodo de ocultamiento, aquel honrado militar, que no está de momento comprometido con el Alzamiento, busca refugio, junto con su hijo, en el Consulado de Noruega. Allí, ambos permanecerán asilados año y medio, tiempo durante el cual el joven Vicente se dedicará al estudio de idiomas y a la lectura de los libros que componen la biblioteca del cónsul. Padre e hijo saldrán de allí una vez provistos de documentación falsa y ya cuando la situación se había hecho insostenible por el abarrotamiento del local, la escasez de alimentos y la falta de garantías de que el recinto consular siguiese siendo respetado por las autoridades republicanas.

En el verano de año de 1938 el joven Rodríguez Casado se alista como voluntario en el Ejército de la República con la intención de pasarse a territorio nacional en la primera ocasión propicia. Ésta se le presenta en octubre, al poco tiempo de haber llegado a su destino en el frente de batalla de la provincia de Guadalajara. Acompañado de sus amigos Álvaro del Portillo y Eduardo Alastrué, sale Rodríguez Casado de Majalrayo, que estaba en poder de los republicanos, no sin antes inutilizar los fusiles de su unidad. Llega a Cantalojas, ya en manos de los franquistas, como anuncia el toque de campanas de la fiesta de la Virgen del Pilar, por la mañana del 12 de octubre, en momentos de relativa calma en aquella zona y cuando apenas se habían cumplido las 24 horas de haberse incorporado su unidad a la línea de combate.⁴

⁴ Otros pormenores de esta fuga y de la relación de Rodríguez Casado con el Opus

Le ha tocado, pues, vestir el uniforme militar en los dos bandos. Primero, en el ejército de la República española, con identidad falsa para rehuir las represalias a que estaba expuesto como «enemigo de clase» y, a partir de su paso a la zona azul, como Sargento Provisional de Zapadores en el Ejército Nacional en el frente de Cataluña.⁵ Aunque relativamente frecuente en la contienda española, y hasta cierto punto inevitable para muchos jóvenes de aquellos días, es ésta una experiencia por partida doble cuyo sentido político puede muy bien ser sometido a discusión; pero no cabe duda que pulió las aristas del temperamento del joven Rodríguez Casado, contribuyó a forjar en él una actitud de tolerancia a las ideas y comportamientos ajenos, y terminó dotándole de facilidad para comprender las actitudes de los demás y de capacidad para integrar en lo posible opiniones contrarias. Vicente se esforzaría toda su vida por hacer compatible esa actitud con la firmeza de sus convicciones y de su conducta personal; y si bien tal empeño no alteró en demasía los rasgos fundamentales de su carácter, al menos hizo que fuese menos dominante el talante de su fuerte personalidad.

Cuando llega la paz —provisto de permiso militar especial, ya que la desmovilización no era posible—, Vicente reanuda sus estudios interrumpidos por la Guerra Civil. En 1939 hace el examen de Licenciatura en la Facultad de Letras y en 1940 alcanza el grado de Doctor. Su tesis, «Primeros años de la dominación española en la Luisiana», fue galardonada, al publicarse en 1942, con el Premio Francisco Franco para investigaciones científicas. En junio de 1942 ganará la Cátedra de Historia Universal Moderna y Contemporánea de la Universidad hispalense, que el tribunal de oposiciones le otorgará por unanimidad.

Rasgos de la personalidad de Rodríguez Casado

Hijo, como se ha dicho, de un militar de carrera, que además sostenía con Franco una amistad personal que procedía de tiempos en que éste no era

Dei pueden verse en: Vázquez de Prada, Andrés, *El fundador del Opus Dei, Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer (1902-1975)*, 2.^a ed., Madrid 1984, p. 197; Gondrand, François, *Au pas de Dieu, Josemaría Escrivá de Balaguer fondateur de l'Opus Dei*, París 1985, pp. 114 y 119; Sastre, Ana, *Tiempo de caminar. Semblanza de Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer*, Madrid 1989, pp. 236.

Respecto al primer trato de Vicente Rodríguez Casado con el Opus Dei, su admisión en el mismo y su juvenil afición a la acampada, véase: Casciaro, Pedro, *Soñad y os quedaréis cortos. Testimonio sobre el Fundador de uno de los miembros más antiguos del Opus Dei*, Madrid 1994, pp. 68-70.

⁵ Estos datos son producto de información verbal.

todavía el poderoso personaje que después sería, Vicente Rodríguez Casado se inserta de manera que podría llamarse «natural» en el ambiente de la España de la década de los cuarenta. Curtido y escarmentado al mismo tiempo, había sabido vivir la guerra sin odios y con la consciencia clara de haber sobrevivido providencialmente a numerosos y graves peligros. Esto había contribuido a reforzar en su interior un sentido de gratitud que no le abandonará para el resto de su vida y que encontraba su base en la profundidad de sus convicciones cristianas que él se esforzaba en vivir a plenitud como un compromiso personal en calidad de miembro numerario del Opus Dei al que pertenecía casi desde la adolescencia.

Andando los años, los rasgos poco comunes de su carácter, unidos a su simpatía, su buen humor y su imponente presencia física, le valieron los apodosos de «El Virrey» y de «El Sátrapa» y, en el ámbito más restringido de la Escuela, el de «El Tecele gordo», que sus alumnos y amigos nunca supieron emplear sin un matiz de cariño y una ligera sombra de complicidad. Tenía Rodríguez Casado, cuando llegó a Sevilla, los veinticuatro años. Sus compañeros y discípulos de los primeros años sevillanos lo recuerdan alegre, fuerte, más un tanto adelgazado por la reciente vida cuartelera; conversador, optimista, incansable andarín, activo, sonriente, pujante y atrevido.⁶

La energía y la capacidad de Rodríguez Casado serán pronto sometidas a prueba en la realización de proyectos que estarían destinados a cuajar y cuyos resultados perduran hoy en día. El primero de esos proyectos será la Escuela de Estudios Hispano-Americanos que, nacida al socaire de cierta promesa de Pedro Sáinz Rodríguez, se convertirá en foco de vocaciones americanistas y centro de investigación de primer orden en el ámbito hispánico. De la Escuela va a nacer, a los pocos meses de la fundación de ésta, el Curso de Verano de 1943 en el Monasterio de La Rábida, que será a su vez el punto de arranque de la Universidad del mismo nombre. Tal empuje no puede pasar inadvertido. Mariano Mota Salado, por entonces Rector de la Universidad hispalense, llegaría a comentar con palabras que se sitúan entre el elogio y la censura: «Este Vicente es un hombre temible que empuja como un ciclón. Una vez que entra en posesión de algo, lo expande, lo transforma y hace lo que pretende sin consultar con nadie.»⁷

⁶ Véase el rico testimonio de Francisco Morales Padrón, que añade interesantísimos pormenores acerca de la personalidad de Rodríguez Casado.

⁷ Fernández Ortiz, Celestino, «Rodríguez Casado», artículo en el diario *ABC* del 6 de septiembre de 1988, edición de Sevilla.

CAPÍTULO III

SEVILLA Y LA ESCUELA DE ESTUDIOS HISPANO-AMERICANOS

Sin duda alguna, era Sevilla el lugar más adecuado para que las iniciativas americanistas de Rodríguez Casado arraigaran y prosperaran.¹ La ciudad había desempeñado un papel destacado y singular en las relaciones de España con sus posesiones de ultramar. Por ella había pasado, durante siglos, casi todo el tráfico marítimo autorizado con las Américas, y su bullicioso y concurrido puerto había sido —con la salvedad de Cádiz y de Sanlúcar de Barrameda— el forzoso punto de partida y de arribada en tierras peninsulares de las flotas que hacían la «carrera de Indias» hasta que, con la habilitación de nuevos puertos en 1765 y con el Reglamento de Comercio Libre de 1778, dejó de ser el único autorizado para el tráfico americano. Allí estuvo radicada la célebre Casa de Contratación, organismo que regía el monopolio comercial de la corona española y que, entre 1503, año de su fundación, y 1717, año de su traslado a Cádiz con la reforma borbónica, llegó a ser aduana, a la vez que escuela de navegación y de cartografía, además de poderoso órgano fiscal encargado de la administración de algunos impuestos recaudados en tierras americanas.

Centro de un próspero gremio de mareantes, numerosas expediciones partirían de Sevilla, todavía en la Edad Media, hacia las islas apenas conocidas del Atlántico durante la primera expansión ibérica que fuera el preludio del descubrimiento, exploración y conquista de las tierras del Nuevo Continente.² A partir del siglo XVI, el bello paisaje fluvial de su puerto so-

¹ Un excelente trabajo acerca del desarrollo de los estudios de Historia de América en la Universidad hispalense y en el entorno institucional sevillano es el libro de José Antonio Calderón Quijano *El americanismo sevillano, 1900-1980*, Sevilla 1988, del cual es en parte tributario este capítulo.

² Pérez-Embido, Florentino, *Los descubrimientos en el Atlántico y la rivalidad castellano-portuguesa hasta el tratado de Tordesillas*, Sevilla 1948.

bre el Guadalquivir, poblado de mástiles como lo muestran la pintura y los grabados de la época; la vista de los arsenales y astilleros donde se afanaban carpinteros de ribera y calafates; el airoso perfil de la Torre del Oro y de la Giralda, fueron la última impresión de la tierra natal que guardaron en su memoria los millares de españoles que partieron para establecerse en el Nuevo Mundo en la primera gran emigración europea de los tiempos modernos.

De aquella época esplendorosa perviven en la ciudad no solamente huellas ilustres conservadas para la admiración y solaz de la posteridad,³ sino también copiosísimos testimonios de valor documental inestimable para la investigación histórica. Tal sucede con las colecciones de la Biblioteca Colombina y del Archivo de Indias.

La Biblioteca, formada con los fondos legados al Cabildo Catedral de Sevilla por el erudito Fernando Colón, hijo de Cristóbal Colón y de Beatriz Enríquez, guarda algunos ejemplares únicos en el mundo, ya que fueron estudiados y anotados por el propio Descubridor.

En cuanto al Archivo de Indias, fundado en 1784, está constituido con los fondos de la Secretaría de Indias y de las Audiencias indianas, Casa de Contratación, Contaduría, Justicia, Patronato, etc., de modo que recoge la documentación original referente a los descubrimientos geográficos, la administración de los dominios de ultramar, el comercio, la política india y la organización eclesial de los países americanos hasta el mismo momento de la Independencia. En conjunto, se custodian allí más de cuarenta mil legajos y unos ocho mil mapas, dibujos y grabados cuyo estudio es imprescindible para avanzar en el conocimiento de la historia común de los países de habla española y para dilucidar la profundidad y el sentido de la proyección hispana en el mundo moderno.

Acontecimientos más recientes que los de los siglos dorados contribuyeron también a hacer de Sevilla una ciudad abierta a todo lo americano. El año de 1929, coincidiendo con la Exposición Universal de Barcelona, se celebró en Sevilla la Exposición Iberoamericana.⁴ La crisis económica mun-

³ Véanse Benjumea y Fernández de Angulo, José María; Moya Valgañón, José Gabriel, y otros: *Museos de Sevilla*, Sevilla 1977. Un excelente resumen del pasado sevillano como «aluvión de etnias y de culturas» es la obrita *Mínima Historia de Sevilla*, Sevilla 1991, de Francisco Morales Padrón, con prólogo de Antonio Burgos y presentación de Alejandro Rojas Marcos.

⁴ Véase Trillo de Leyva, M., *La Exposición Iberoamericana. La transformación urbana de Sevilla*, Sevilla 1980. Véase también el artículo de Vega Minaya, S., «Las Exposiciones de 1929 y 1992: su semblanza y alcance en Sevilla y su centro urbano», Fondos de la

dial que estalló aquel año restó brillantez al acontecimiento, pero éste sirvió de motivo para la reunión de un Congreso de Americanistas y para dotar a la ciudad de un ensanche con bellos edificios, conjuntos arquitectónicos, amplias avenidas y plazas que reviven en el plano moderno de Sevilla la toponimia de los países americanos.

Un punto de contraste en el americanismo sevillano

No faltó nunca en Sevilla el interés erudito por el mundo ultramarino e incluso llegó a existir, por iniciativa de un español transterrado a la isla de Cuba, una institución sabia dedicada al fomento de la amistad entre el país de acogida y la antigua Metrópoli mediante el estudio de la común Historia: el Instituto Hispano Cubano.

No obstante, un punto de contraste se descubre en el seno de la propia Universidad hispalense. En efecto, pese a las impresionantes facilidades que ofrecía la ciudad para los estudios americanos, hasta el final de la tercera década de nuestro siglo la casa de estudios superiores sevillana no contó con ninguna cátedra dedicada específicamente a la Historia Americana. Por fin, el año de 1927 se crea la de Historia del Arte Hispano Colonial, cuyo primer titular sería Diego Angulo Íñiguez.⁵ Hasta entonces, todas las materias que abarcaban los estudios de Historia Americana estaban incluidos en el conjunto disciplinar correspondiente a la Cátedra de Historia Moderna y Contemporánea.

Tal situación, antes que revelar falta de sensibilidad ante un filón valiosísimo que estaba inserto en la misma vida de Sevilla, era producto de una cierta burocratización de algunos aspectos de la vida universitaria española que había terminado por inducir a lo largo del siglo XIX y de las primeras décadas del XX, hábitos de dependencia e inercia en gran parte del profesorado y había convertido a los rectores y decanos en meros gestores de la administración aducativa y en ejecutores de los planes de enseñanza elaborados por el ministerio del ramo.

—————
 Hemeroteca Municipal de Sevilla, Sevilla 1987; obra que añade a lo ya sabido una interesante luz comparativa entre los dos grandes acontecimientos sevillanos. Desde el punto de vista de las múltiples implicaciones de la Exposición de la década de los 20, véase también Giménez Fernández, M., *Sevilla y la Exposición de 1929. Controversias y problemas*, Sevilla 1989, y Rodríguez Bernal, E., *Historia de la Exposición Ibero-americana de Sevilla*, Sevilla 1994.

⁵ Diego Angulo Íñiguez creó también el Centro de Historia de América.

Tradicionalmente era difícil, por no decir imposible, institucionalizar iniciativas que no procedieran directamente del Ministerio de Instrucción Pública, convertido después en Ministerio de Educación. El cuerpo de Catedráticos de Universidad, sobre el que recaía la responsabilidad directa de la investigación y de la docencia, tenía que acomodar sus programas al esquema de clasificación de las ciencias sugerido por el repertorio de asignaturas, cátedras y facultades de los documentos oficiales. Este repertorio parecía obedecer más a planteamientos exigidos por la organización administrativa o por necesidades de las rúbricas presupuestarias que a los intereses más vivaces del adelanto de los saberes. Hay que decir que la Universidad de Sevilla, sin ser propiamente una excepción a la regla general, no era un caso particularmente agudo de inercia burocrática. En toda España, durante años, tan sólo existió una cátedra dedicada específicamente a la Historia de América y pertenecía, por supuesto, a la Universidad Central, la de Madrid.

La Escuela de Estudios Hispano-Americanos y el C.S.I.C.

La fundación del Consejo Superior de Investigaciones Científicas,⁶ compuesto por diversos patronatos que regían un conjunto de institutos, uno de los cuales, el Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, fue dedicado a la Historia de América, supuso un cambio favorable dentro de la situación anteriormente descrita. La creación de la Sección Sevillana de dicho instituto en 1940,⁷ constituye un precedente inmediato de las iniciativas que harían surgir la Escuela de Estudios Hispano-Americanos y a la Universidad de La Rábida.

La Escuela fue creada el 10 de noviembre de 1942, con el mismo rango que la delegación del Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, apenas mes y medio después de la llegada de Rodríguez Casado a Sevilla. El tiempo empleado y el alto rango jurídico otorgado a la Escuela resulta toda una marca para esa época. La relación amistosa del joven catedrático con el Ministro José Ibáñez Martín y con José María Albareda, estrecho colabora-

⁶ Creado por Ley de la Jefatura de Estado de 24 de noviembre de 1939 y dotado de personalidad jurídica, funcionaba bajo el alto patronazgo del Jefe del Estado y poseía plena autonomía para elegir a sus miembros y decidir acerca de su particular organización.

⁷ Su fundador fue Juan Manzano y Manzano, Catedrático de Historia del Derecho de la Universidad de Sevilla.

dor de éste en la creación del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, y la buena disposición del Rector de la Universidad de Sevilla, con ser importantísimas, no explican por sí solas tamaño éxito inicial tratándose de una decisión proveniente de un organismo como el Ministerio de Educación que no se distinguía precisamente por la ligereza en tomar sus decisiones.

Las razones habrá que buscarlas: a) en las condiciones excepcionales de Sevilla y de su Universidad para desarrollar en ellas y a partir de ellas una labor americanista ambiciosa en un momento en que a través del Consejo se buscaba «no sólo profundizar en lo ya existente, sino cultivar al mismo tiempo las grandes extensiones desiertas de la ciencia española que las circunstancias históricas y el pesimismo del siglo XIX habían determinado»;⁸ b) en el certero planteamiento de Rodríguez Casado que influye decisivamente para vincular la Escuela precisamente al Consejo Superior de Investigaciones Científicas, que era el organismo destinado a fomentar, orientar y coordinar la investigación «sin aspirar a mediatizar los centros e instituciones que con vida propia la han de desarrollar»;⁹ c) en las orientaciones de la política cultural del momento que hacía hincapié en la vinculación histórica con Hispanoamérica superando la visión pesimista del «error americano» que consideraba el descubrimiento del Nuevo Continente como una mala ocasión que habría dispersado las fuerzas de España por lejanas tierras cerrándole así las puertas del dominio colonial sobre África al que parecía llamada como una continuación de la empresa histórica de la Reconquista, ideas caras al regeneracionismo de finales del siglo XIX y comienzos del XX que tienen repercusión hasta nuestros días;¹⁰ d) en la palabra dada en abril de 1938 por el entonces Ministro de Educación, Pedro Sáinz Rodríguez, de dotar a Sevilla de un centro de estudios de Historia Hispano-Americana; aunque tal promesa no se podía considerar vinculante, con todo no fue olvidada en el ambiente académico sevillano, que esperaba un decisivo gesto en esta materia por parte del nuevo régimen. De esto último se valió Rodríguez Casado para dar fuerza al proyecto de Escuela de Estudios Hispano-Americanos.¹¹

⁸ *Historia General de España y América*, t. XIX-1, p. 525.

⁹ En la susodicha Ley Fundacional del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

¹⁰ Cfr. Llera Esteban, Luis, «La idea de los españoles acerca de la realidad histórica de España», en *Historia general de España y América*, t. XIX-1, pp. 10 ss.

¹¹ La ocasión, ampliamente documentada, fueron las sesiones del Instituto de España en el salón Murillo del Museo Provincial presididas por el entonces Ministro Sáinz Rodríguez, quien sería relevado de su cargo en 1941.

La Escuela y la Universidad de Sevilla

Fue instalada la Escuela sin mayor trámite en un local cedido por el Rector en la propia Universidad. Ocupaba ésta el antiguo edificio de la Casa Profesora de la Compañía de Jesús, secularizado el año de 1771 a raíz de la expulsión de los jesuitas. Era aquel local una amplia habitación que había alojado a la Tesorería de la Universidad y anteriormente a las oficinas de la Federación Universitaria Escolar (FUE). De allí en adelante serviría de biblioteca, sala de juntas y despacho universal de la naciente Escuela.¹² La biblioteca incorporó los fondos bibliográficos provenientes del Centro de Historia de América.¹³ Allí permaneció la Escuela hasta el año de 1948 cuando, con motivo del VII Centenario de la Reconquista de Sevilla, fue trasladado al lugar que todavía ocupa, el conocido edificio de la calle Alfonso XII, cedido oportunamente por el Rector Mota Salado, y que, habiendo sido proyectado para biblioteca universitaria, estaba inconcluso por falta de presupuesto. Esta circunstancia adversa, que obligó a instalar una solería provisional para poder ocuparlo, se transformó en ventaja al admitir el edificio modificaciones arquitectónicas que terminarían por hacerlo apto para su nuevo cometido.

La Escuela fue concebida para cumplir el doble papel de impartir docencia y de formar investigadores. En ella tuvieron lugar las enseñanzas de las materias correspondientes a la Sección de Historia de América de la Facultad de Letras de la Universidad hispalense hasta su definitiva instalación en la antigua Fábrica de Tabacos. Fue también, desde el primer momento, centro para postgraduados y Residencia de Investigadores dirigida inicialmente por el propio Rodríguez Casado y posteriormente por Alfonso Polo, primero en «Casa Seras» en la avenida de la Borbolla y después en el local de Alfonso XII.

¹² Pronto aquel local abigarrado sería llamado «la Taberna de Curro», por alusión al nombre de su primer bibliotecario, el francés François Chevalier, diplomado de la École Supérieure de Chartres. La ocurrencia fue del peruano Guillermo Lohman Villena y casaba bien con un ambiente donde era habitual el empleo de motes para referirse a diversos recintos de la Universidad. Así, había un aula llamada «El Comedor», porque lo había sido de la enfermería de los jesuitas, y otra, «La Cueva», por carecer de ventanas, aprovechada como sala de proyecciones de la Facultad de Letras.

Posteriormente, y siempre refiriéndonos a los tiempos de Rodríguez Casado, actuarían de bibliotecarios José Antonio Calderón Quijano, Rosario Parra, Francisco Morales Padrón, Lourdes Díaz-Trechuelo y Spínola, y Bibiano Torres.

¹³ La gran mayoría de estos libros fueron adquiridos en 1934, en su viaje a México, por Diego Angulo Íñiguez, quien invirtió en esa compra el dinero de la bolsa de viaje que le había concedido el entonces Ministerio de Instrucción Pública español.

Como organismo dedicado a la investigación, la Escuela¹⁴ ha desplegado una actividad múltiple: formación de investigadores en Historia de América, siendo medio centenar los que hasta la fecha han alcanzado el grado de Doctor; adelanto de las investigaciones bibliográficas e incremento de su propia biblioteca, que ha llegado a ser, sin ningún género de dudas, la más completa de su especialidad en el continente europeo; orientación de las investigaciones documentales, sobre todo para la utilización de los fondos del Archivo de Indias; y, finalmente, difusión de los logros de la investigación a través de la publicación de libros y revistas.¹⁵ Al cabo de cincuenta años de labor se puede afirmar, con la seguridad de estar en lo cierto, que «Rodríguez Casado tuvo en todo momento una visión de futuro de la función de la Escuela, y es indudable que acertó por los frutos alcanzados hasta la fecha.»¹⁶

La localización de un centro de investigación y de enseñanza no es del todo ajena al desarrollo de las posibilidades en que se concreta el espíritu que anima a las instituciones. La Escuela de Estudios Hispano-Americanos quedó situada, desde sus comienzos, en pleno centro de Sevilla, integrada físicamente en la ciudad, puede decirse que inmersa en ella. Dada la relación filial de la Universidad de La Rábida con la Escuela de Estudios Hispano-Americanos, la centralidad urbana de la Escuela será decisiva en la proyección de aquélla en la vida sevillana a través del Club La Rábida con sus intensas y variadas actividades.¹⁷

¹⁴ Seguimos a José Antonio Calderón Quijano en su testimonio.

¹⁵ La Sección de Publicaciones, que pronto contó con su propia imprenta, editaba las colecciones siguientes: «Monografías», destinada a trabajos de gran entidad y amplitud de enfoque; «Dos colores», para tesis de licenciatura y temas concretos; «Mar adentro», para ensayos de diversa índole.

Las publicaciones periódicas eran el *Anuario de Estudios Americanos*, dirigido durante muchos años por Francisco Morales Padrón. Del *Anuario* se segregó la *Revista de Historiografía y Bibliografía americanista*, hoy llamada *Suplemento de Estudios Americanos*, fundada por el mismo Morales Padrón.

Rodríguez Casado creó en 1948 la revista *Estudios Americanos*, dedicada a temas americanos de actualidad y dirigida por Octavio Gil Munilla.

Durante el periodo que es objeto de este libro, la Sección de Publicaciones estuvo encomendada a Florentino Pérez-Embú, Antonio Muro Orejón y Guillermo Céspedes.

¹⁶ Véase el testimonio de José Antonio Calderón Quijano.

¹⁷ Acerca del Club La Rábida, véase cap. X de este mismo estudio.

CAPÍTULO IV

EL MONASTERIO, HUELVA, LA RIBERA DE LAS TRES CARABELAS

El Monasterio de La Rábida, como sucede con todos los antiguos establecimientos franciscanos, fue fundado en un sitio de belleza y recogimiento. Su sencilla fábrica se asienta sobre un altozano de la ribera izquierda del río Tinto, desde donde se domina la anchurosa confluencia con el Odiel. Si desde lo alto se mira al confín, buscando el mar, la vista se extiende a lo ancho de un horizonte de aguas y marismas que las horas de sol esmaltan de reflejos plateados. En los atardeceres estivales, cuando las luces se retiran perezosamente sobre las aguas, el ámbito se tiñe de una característica coloración malva, que contrasta con la presencia de bosquecillos de pinos y palmeras que ensombrecen de tintes verdinegros algunos rincones del paisaje.

La visita

En el mes de enero de 1943, un pequeño grupo de entusiastas de la idea de una universidad de verano, encabezado por Vicente Rodríguez Casado, y compuesto por Florentino Pérez-Embid, Enrique Marco Dorta y Ángel Bozal, visitaron el Monasterio con el fin de examinar de cerca las posibilidades de éste para albergar los cursos de verano que por primera vez iba a organizar la Escuela de Estudios Hispano-Americanos.

En aquel entonces, las condiciones de belleza y aislamiento del lugar eran todavía fácilmente apreciables a primera vista. Aún no se había creado el Polo de Desarrollo de Huelva que pobló de instalaciones industriales la Punta del Sebo,¹ ni había sido trazado todavía el puente que cruza el río

¹ Las primeras fábricas fueron inauguradas en abril de 1967. A éstas se unirían pronto seis grandes plantas industriales: las de aromáticos, de ácido sulfúrico, de áci-

Tinto. El paisaje podía lucir todo su sereno esplendor, y el acceso desde la vecina capital onubense sólo era posible por mar. Por carretera, era preciso dar un prolongado rodeo. Una lancha de vela y remo —que años después sería sustituida por una motora— comunicaba el pequeño embarcadero de La Rábida, llamado pomposamente Muelle de la Reina, con el de Punta del Sebo, situado precisamente en la ribera de enfrente. Desde allí, una línea férrea comunicaba con la vecina ciudad de Huelva. Durante algunos años, aquella lancha y este tren serían el cordón umbilical que uniría la naciente Universidad con sus alumnos que tenían que pernoctar en hoteles y pensiones de Huelva. El hecho de que el patrón de la barca se apellidase Bocanegra² sería un acicate más para la imaginación de los centenares de estudiantes que pasarían por allí, pues de él se valdrían para evocar al personaje de la ópera de Verdi, para rememorar héroes medievales de la Marina de Castilla o para fantasear, por razones imprecisas y, desde luego, carentes de todo fundamento, acerca de supuestas y arriesgadas travesías por mares ignotos.

Los participantes en aquella visita exploratoria la recordarían, pasados los años, como una placentera excursión de amigos que iban a confirmar una vez más lo que la mayoría de ellos ya conocía en cuanto a la belleza y lo recoleto de aquel lugar.³

El Monasterio y sus aledaños habían sido, con justificada razón, sede de las conmemoraciones del IV Centenario del Descubrimiento de América el año de 1892, cuando la Reina Regente, acompañada del Príncipe de Asturias don Alfonso, del Gobierno y de los notables del Reino, presenciaron la gran revista naval con representaciones de todas las escuadras de Europa. Sobre el mismo altozano y muy cerca del Monasterio, una imponente columna de jaspe erigida en aquella ocasión recordaba la hazaña de quie-

do fosfórico y la de polifosfatos. Estas instalaciones, juntamente con la construcción del puente sobre el río Tinto, transformaron el paisaje rabideño y terminaron con su aislamiento al tiempo que pusieron las bases del desarrollo en la Andalucía Occidental. Para valorar las profundas transformaciones en Huelva y su provincia, es interesante ver el número extra del diario *ABC*, edición de Sevilla, del viernes 2 de agosto de 1968. En ese número se da noticia de otra iniciativa de Rodríguez Casado, aunque sin citar el nombre de éste: «la creación de un Instituto Politécnico en Huelva, como base para, en su día, construir una Universidad».

² Luis Bocanegra, cuya esposa, Amalia, era la encargada de la oficina telefónica del lugar y cuyos hijos e hijas «crecieron junto con la Universidad», según expresión de Octavio Gil Munilla.

³ Era aquélla la primera vez que Rodríguez Casado visitaba el Monasterio de La Rábida.

nes ensancharon definitivamente los límites del mundo conocido, y al otro lado del río, en el extremo mismo de la Punta del Sebo, una ciclópea estatua representando la «Fe Descubridora» y levantada por iniciativa norteamericana,⁴ ponía sobre el paisaje de aguas, marjales y llanas riberas el contraste de su verticalidad. Había sido inaugurada esta última el 20 de abril de 1929, coincidiendo con la celebración de la Exposición Iberoamericana de Sevilla, en presencia de autoridades y con asistencia de tropas de los Estados Unidos, y era, en aquel aislado rincón de la España de los cuarenta, un recuerdo de que los destinos españoles estaban vinculados para siempre a la amistad con las naciones del Nuevo Continente.

Los franciscanos y el Monasterio

Fueron guiados los visitantes por el Padre Jenaro, Guardián del Monasterio. Salieron de allí, al par que agradecidos de la hospitalidad franciscana, convencidos de que, pese al destacado papel desempeñado en la Historia y a su amplia fama en un país donde los edificios grandiosos no son la excepción, aquel Monasterio respondía perfectamente a la descripción que se ha hecho de él como de un edificio pequeño de habitación, pobre de fábrica e irregular de planta. Adoratorio fenicio y templo de Proserpina en la Antigüedad, había sido después iglesia cristiana, morabito musulmán y atalaya de los templarios contra las incursiones de los piratas berberiscos antes de venir a parar, hacia el año de 1400, en monasterio franciscano. Abandonado durante un largo periodo del siglo XIX, había sido objeto de una primera restauración poco acertada en 1855, y de otra más cuidadosa en el año de 1882. Tales trabajos habían conseguido rescatar algunos aspectos estilísticos del edificio y habían salvado de una pérdida definitiva los restos de las pinturas murales que decoraban la iglesia y el claustro en el siglo XV. Un Real Decreto de 12 de octubre de 1892 reinstauró a la Orden Franciscana en la guarda del Monasterio, destinándolo a Colegio de Misioneros en América, encargo que no se cumpliría sino muy posteriormente por otro Real Decreto de 6 de noviembre de 1919.

Cuando lo visitó el grupo de la Universidad de Sevilla, el Monasterio estaba al cuidado de una pequeña comunidad de tres frailes: el Padre Jenaro,

⁴ La autora de este monumento es Miss Helen Hay Whitney, arquitecta, escultora y millonaria americana, quien lo construyó a sus expensas. Falleció en Nueva York en 1994.

Superior de la Comunidad Franciscana de La Rábida y Guardián del Convento;⁵ el Hermano Francisco,⁶ y un Donado, el Hermano Antonio, que vivían «con una pobreza que, si se advertía patentemente en la visible austeridad de las instalaciones del Monasterio, aún era mayor en la oculta frugalidad de su condumio».⁷ El hecho es que los visitantes pudieron comprobar que aquel edificio famoso estaba muy lejos de tener cabida suficiente para albergar ni siquiera a una cincuentena de alumnos, número en torno al cual se calculaba la asistencia máxima a los cursos de verano. Sería necesario, pues, buscar alojamiento para los estudiantes en la vecina ciudad de Huelva. No obstante, alguna estancia del Monasterio y —dado que los cursos se celebrarían durante el prolongado verano andaluz— el hermoso claustro, conocido con el nombre de Patio Mudéjar, podían servir respectivamente para las clases y los actos colectivos. A lo sumo, media docena de profesores podrían ser acogidos en las celdas que los frailes tenían disponibles para transeúntes, a condición, claro, de que se las dotase de algunas pequeñas comodidades que la austeridad de la Orden Franciscana no tenía previstas. Para los servicios de restaurante y cafetería cabía la posibilidad de emplear los servicios de la hostería próxima al Monasterio.⁸

Pese a los inconvenientes señalados, el Monasterio convenció a todos como futura sede de los cursos y primer asiento de la futura Universidad.

Las tierras andaluzas abundan en lugares que evocan, de un modo u otro, algún momento de pasados esplendores, mas ninguno como aquél estaba tan lleno de recuerdos bellos, nobles y específicamente indiscutidos de la común Historia de España y de los pueblos americanos; ninguno tenía un sentido tan universal; ninguno se ceñía a aspectos tan señeros del significado humano, científico y religioso del Descubrimiento. En el Monasterio se había gestado el contacto de Colón con la Corona de Castilla, que

⁵ El R. P. Fray Jenaro Prieto Leiva fue Guardián del Monasterio desde 1935 hasta 1944 y desde 1947 hasta 1953. Entre 1944 y 1947 fueron superiores y guardianes de La Rábida Fr. Benito Pérez Lapuente (1944) y Fr. Diego Inchaurre Aldape (1947). Después de Fr. Jenaro Prieto los siguientes guardianes fueron: Fr. Serafín R. de Castroviejo y León (1953), Fr. Germán Olmeda Poderoso (1959), Fr. Tomás Uriarte Torrónategui (1962), Fr. Gabriel Amez Rodríguez (1965), Fr. Leonardo Fuertes Pérez (1970), de nuevo Fr. Germán Olmeda Poderoso (1971) y Fr. Francisco de Asís Oterino.

⁶ Escogido por Vázquez Díaz como modelo para representar la efigie de uno de los frailes que acogieron a Colón.

⁷ De la información verbal que el autor recibió de Octavio Gil Munilla.

⁸ Construida en tiempos de Primo de Rivera, figuraba en 1943 como «Parador Nacional del Turismo». Su capacidad se limitaba sólo a los servicios de comedor y cafetería.

tan decisivo fuera para los destinos del mundo. Del cercano puerto de Palos habían zarpado las carabelas descubridoras el mes de agosto de 1492. De allí también provenían los principales compañeros de Colón, esos marinos cuyos apellidos se perpetuaban todavía entre los vecinos del pueblo. En Palos se veneraba la imagen de la Virgen titular, una talla en alabastro del siglo XIII que, en bella frase del peruano Jorge Rosales Hinojosa,⁹ «dice sí con la figura», y ante la cual habían orado Colón y sus compañeros el 2 de agosto de 1492, fiesta de Nuestra Señora de los Ángeles y víspera de la partida en el viaje del Descubrimiento. Ante aquella misma imagen habían comparecido los expedicionarios a dar gracias por su retorno de las tierras que más tarde serían llamadas americanas. ¿No eran títulos suficientes para que fuese también la patrona de la futura Universidad Hispano-Americana?

Antes de esa visita, que culminó con tan buenas como realistas impresiones, el grupo de amigos aglutinados en torno a Rodríguez Casado¹⁰ había discutido durante meses, un tanto informalmente, pero con empeño e ilusión, la forma de poner en marcha unos cursos que dieran continuidad veraniega a la labor —entonces en ciernes— de la recién nacida Escuela de Estudios Hispano-Americanos, al tiempo que sirvieran de plataforma para la divulgación de las investigaciones y de foro para los americanistas invitados procedentes del resto de España y del mundo entero.

De una manera imperceptible, casi como a través de un desarrollo natural, se fue pasando de hablar de simples cursos a pensar seriamente en la fundación de una verdadera Universidad de Verano. Por aquel entonces sólo funcionaba como tal la Universidad Menéndez Pelayo, en Santander, ciudad de la costa cantábrica. El abandono total de la actividad docente e intelectual durante el largo estío era un hábito indiscutido, y hasta cierto punto indiscutible, de los estamentos docentes españoles. Rodríguez Casado concibió la idea de una Universidad de Verano para el Sur de España. Aparte de la ubicación geográfica, su signo distintivo y original sería su dedicación al americanismo.¹¹

⁹ Jorge Rosales Hinojosa fue alumno del curso de 1956.

¹⁰ Además de Florentino Pérez-Embid, Ángel Bozal y Enrique Marco Dorta, citados como componentes del grupo que visitó La Rábida, y de Antonio Calderón Quijano y François Chevalier —citados con ocasión de la visita al Castillo de Santiago—, concurrían a aquellas discusiones «prefundacionales» Antonio Muro Orejón y Guillermo Lohmann Villena, historiador y diplomático peruano que ha estado vinculado a la Escuela de Estudios Hispano-Americanos y a La Rábida desde la fundación de ambas instituciones.

¹¹ Este dato fue aportado por el mismo Rodríguez Casado a quien, siguiendo la costumbre rabideña, llamaremos también, oportuna y ocasionalmente, Don Vicente.

El sedimento americanista de Sevilla, la insustituible proximidad de los sitios colombinos, el empuje ya presumible de la naciente Escuela de Estudios Hispano-Americanos, garantizaban un marco inicial muy favorable para la puesta en marcha de los cursos. Por otra parte, la cohesión y la solidaridad que reinaban en aquel momento entre los catedráticos y demás docentes de la Universidad de Sevilla, en especial de su Facultad de Letras, permitían vaticinar una buena acogida en el ambiente universitario local. A su vez, la comprensión del Rector, José Mariano Mota Salado, posibilitaba la pronta resolución de los problemas de organización que inevitablemente surgen en los comienzos de todo empeño planteado con grandes ambiciones y con pocos medios como fue el que daría origen a la que con el tiempo llegaría a ser la Universidad Hispanoamericana de Santa María de La Rábida.

El Castillo de Santiago

Para decidir cuál sería la sede de los cursos y de la futura Universidad fueron tomados en consideración diversos lugares y edificios de valor histórico. Al final sólo quedarían dos, que fueron estimados sobre los demás. Uno de ellos era el Monasterio de La Rábida, propuesto por Florentino Pérez-Embid, natural de Aracena, hombre que «comprendía, y se entusiasmaba, con las piedras y las palabras, con la luz, el aire, la entraña de nuestra patria»,¹² y dispuesto a impulsar toda iniciativa favorable a su tierra onubense; y por Antonio Muro Orejón, que estaba ya entonces «perdidamente enamorado de La Rábida», según su propio decir. El otro lugar con posibilidades de ser escogido era el Castillo de Santiago, situado en Sanlúcar de Barrameda, pequeño puerto vinculado a la Historia del Descubrimiento. La candidatura, por así decirlo, del Castillo, había sido propuesta por José Antonio Calderón Quijano.

A comienzos de enero del mismo año de 1943, antes de la visita al Monasterio de La Rábida, un grupo compuesto por el propio Calderón Quijano, Rodríguez Casado y François Chevalier fueron a Sanlúcar para exami-

La mención específica al americanismo, que él quiso recalcar, no excluía el tratamiento de otros temas necesarios o convenientes para la formación de los alumnos de acuerdo con las exigencias de cada momento.

¹² Rodríguez, Claudio, «Hacia una anécdota», en Florentino Pérez-Embid. *Homenaje a la amistad*, Barcelona 1977, p. 254.

nar de cerca las posibilidades del Castillo. «Encontramos la imponente fábrica de piedra en un estado de inadaptación muy grande para cualquier aprovechamiento docente, desechándose por este motivo para sede de los cursos. Este fue otro factor que movilizó todos los esfuerzos en torno a La Rábida», recordaría cuarenta y seis años después José Antonio Calderón Quijano.¹³

Decidida la elección en favor de La Rábida, y obtenidas las autorizaciones debidas, se iniciaron unas modestas obras de adaptación. La habitual paz del Monasterio fue interrumpida temporalmente por albañiles, fontaneros y pintores que eliminaron manchas y destrozos en el reboque e instalaron una ducha y un calentador de agua. Con esto y el ajuste de algunas puertas y ventanas, se dieron por terminadas las reformas. Era lo único que permitía el escuálido presupuesto y la condición de monumento nacional que tenía el Monasterio. Los fondos fueron aportados en su integridad por la Universidad de Sevilla y por la Diputación Provincial de Huelva.

El apoyo onubense

Aunque el monto de sus aportaciones fue más bien modesto, el apoyo de las autoridades provinciales de Huelva fue decisivo en aquellos momentos iniciales. Antonio García Ramos, Presidente de la Diputación onubense, se convertiría pronto en un entusiasta de aquellos cursos que venían a realzar la importancia de Huelva y a valorar, con un nuevo estilo, la significación histórica de La Rábida y de toda la orilla de las tres carabelas. Con el tiempo, aquel primer entusiasmo, nacido de las ventajas que tal iniciativa suponía, llegó a convertirse en sincera amistad con la Universidad rabideña y con su fundador.

Otro personaje onubense que estuvo presente en aquellos primeros pasos fue José Marchena Colombo, personaje a quien los viejos rabideños suelen describir como hombre rico en años y experiencia y que sostenía, casi en la soledad, la bandera de la Real Sociedad Colombina Onubense. Marchena Colombo, que había presenciado en días jóvenes los grandes festejos del IV Centenario del Descubrimiento de América y en 1910 había fundado la revista *La Rábida*, solía traer con frecuencia esos recuerdos a sus conversaciones. Con sus palabras y con su ejemplo sirvió de estímulo a los

¹³ Testimonio verbal de José Antonio Calderón Quijano.

promotores de La Rábida y contribuyó a abrir, en torno a ellos, un amplio campo de simpatía y comprensión entre los diversos sectores sociales de la ciudad y de la provincia de Huelva.

Entre los que apoyaron desde el comienzo y de forma decidida la iniciativa rabideña contribuyendo eficazmente a su arraigo en la vida provincial y local, es necesario mencionar a Pablo García Izquierdo, Alcalde de Moguer, quien al cesar en su cargo pasaría a ser Administrador de La Rábida, y a su oponente político, Juan Gorostidi. Lo mismo cabe decir de Manuel Rosado, Alcalde de Palos y hombre de gran sensibilidad americana. Y, al lado de las autoridades, los amigos moguerenses como Domingo Paniagua, Cosme Sáenz, dueño de la bodega del Diezmo Nuevo, Antonio Alfaro, Antonio López Morillo, y tantos otros sin cuya ayuda a lo largo de los años no hubiera sido posible que la identificación de la Universidad con los intereses y las ilusiones onubenses hubiera llegado al grado de cordialidad que la caracterizaría.

Mucho más que un nombre

Mucho más que el propio nombre terminaría debiendo la Universidad de La Rábida al lugar escogido para su sede. Cabe explicarse «por pura coherencia con su emplazamiento en el sencillo cenobio franciscano»¹⁴ la humildad del comienzo de aquellos cursos universitarios, donde los organizadores tenían que asumir tanto las funciones de dirección como las correspondientes a los gremios de mantenimiento; asimismo cabría atribuir a la sosegada influencia del recinto el ambiente de las misas matinales a las que concurrían algunos profesores y alumnos.

Los recuerdos de los que por allí pasaron están asociados, de una forma caleidoscópica, a las encaladas paredes y a la vida monástica que se ocultaba y callaba tras ellas, en contraste con el bullicio estudiantil que tomaba a veces un aire invasor. Así, hay quienes recuerdan los jazmineros de la Virgen, que los frailes cuidaban con esmero digno de una cantiga y quienes explayan su memoria en los disgustos del Padre Jenaro al oír a los estudiantes—animados por Rodríguez Casado, que parecía complacerse en las travesuras, fueran éstas propias o ajenas— cantar «La Marsellesa» o entonar la goliardesca canción llamada «Himno de La Rábida»¹⁵, que no dejaba bien parados a los sufridos frailes.

¹⁴ Testimonio verbal de Octavio Gil Munilla.

Habría que recordar, sobre todo en lo que se refiere a las dos primeras décadas, el fecundo recogimiento que hacía de La Rábida el lugar propicio para sentir hondo, pensar alto y tomar decisiones que acaso estarían destinadas a orientar toda una vida. Y rememorar la sensación de libertad que comunicaba a todos el paisaje de riberas y marismas donde el tiempo, que es historia, parecía haberse detenido y aun el mismo aire permanecía como «suspendido prodigiosamente a través de cinco siglos de giro cósmico» formando un aura que aprisionaba a todos en una inmensa campana vibrante.¹⁵

Pero este libro sólo trata de rememorar el quehacer sonoro y continuado, como de colmena en laboreo, que, a partir de 1943, tendría como centro La Rábida: el trabajo de los que hicieron posible el actual desarrollo universitario en aquel rincón al mismo tiempo privilegiado que olvidado y dieron lugar a una particular y fructífera forma de hacer una Universidad.

¹⁵ Su letra, debida a un autor desconocido, presumiblemente hispanoamericano de los primeros años, dice así en su versión más generalizada:

Navega muchacho,
navega muchacho
con rumbo a las Indias.

De sol a sol
navegando voy
como Cristóbal Colón.
Recuerdo a Las Casas,
Alonso de Ojeda
y Paco Pizarro.

¡Ay, pobre indio americano,
cuánto se ha hablado de ti!
Mayas, quichés, chichimecas,
quechuas, toltecas y guaraní.

Navega tolteca,
navega tolteca,
navega en piragua
que vienen a darte caza
y ya se ven por ahí
encomenderos indios
y franciscanos
de mal vivir.

¡Aprende muchacho,
aprende muchacho
qué fue de los indios!

¹⁶ José María Prieto Soler, cuya es la cita, ofrece en su testimonio un relato vivencial, inteligentemente lírico, de lo que fue La Rábida.

CAPÍTULO V

EL CURSO DE VERANO DE 1943. CÓMO EMPIEZA UNA UNIVERSIDAD

El año de 1943 estaba doblemente señalado, desde un punto de vista puramente americanista, por dos importantes conmemoraciones. Una de ellas era el Cuatrocientos Cincuenta Aniversario de la vuelta de Cristóbal Colón después del Descubrimiento; la otra, el Cuarto Centenario de la Promulgación de las Leyes Nuevas de Indias, hecho histórico que podía interpretarse como antecedente de los Derechos Humanos que tanta importancia política adquirirían en el planteamiento del nuevo orden mundial próximo a instalarse al amparo de la inminente victoria de los Aliados.

La perspectiva de ambas fechas proporcionaba una favorable coyuntura para poner a prueba las posibilidades de la recién nacida Escuela de Estudios Hispano-Americanos y para dar, al mismo tiempo, un punto de partida americanista al año inicial de la futura Universidad de La Rábida.

Un telegrama discutido

En efecto, la idea de comenzar por un curso estival la andadura hacia la creación de una Universidad de Verano para el Sur había sido ya comunicada por carta del propio Rodríguez Casado al Ministro de Educación Ibáñez Martín.¹ Recalcaba Rodríguez Casado la necesidad de que la Escuela de Estudios Hispano-Americanos contase con un proyecto estival estable, pero la contestación se hacía esperar.

El quince de julio, Rodríguez Casado tuvo que salir precipitadamente a Madrid por el fallecimiento de un entrañable amigo, el ingeniero argentino

¹ Los datos que se dan en este capítulo fueron comunicados al autor de viva voz por el propio Rodríguez Casado.

Isidoro Zorzano. A la vuelta de este viaje se encontraría con un telegrama, cuyo remitente era el propio Ministro de Educación. Guardó el papel Rodríguez Casado en un bolsillo de su americana y no volvió a acordarse de él hasta que—ya avanzado el curso, e inútil, por lo tanto, el contenido de aquel mensaje— Florentino Pérez-Embid lo descubrió casualmente, resultando que en él se desaconsejaba la celebración del mismo ese año. Este olvido es de difícil explicación y, en consecuencia, la existencia del telegrama es puesta en duda en los ambientes rabideños.² Sea como fuere, el hecho es que los

² Cuando Rodríguez Casado narra el hecho —en su despacho de su antigua casa familiar de la madrileña calle Pastor— recalcó que se había dejado el telegrama olvidado en un bolsillo de su americana. Según el mismo D. Vicente, Pérez-Embid descubrió el telegrama a mediados de septiembre, mientras rebuscaba en los bolsillos de esa prenda un paquete de cigarrillos a solicitud del propio Rodríguez Casado. No sería necesario insistir en esa minucia si no fuese por las posibles implicaciones que se pueden derivar de ella como signo de desacato o de temeridad por parte del fundador de La Rábida. Gil Munilla, que duda que un curso «desautorizado» (suponiendo que el propósito del telegrama fuese abortar el intento) por el Ministerio a finales de julio se pudiese celebrar sin impedimentos en septiembre, expresó personalmente que «ésta es una de las ocasiones en que más necesario sería disponer de los documentos, la carta de D. Vicente y el telegrama de D. José Ibáñez Martín, y en la que, a falta de ellos, con más cuidado hemos de valorar los testimonios orales». Pero a continuación añadió: «Algo hubo, evidentemente, pero, en mi opinión, en la interpretación que se hace de ello hay demasiadas cosas que no encajan, y demasiados supuestos difícilmente sostenibles. Yo también oí hablar de este tema a personas muy relacionadas con él; y vi, no en demasiadas ocasiones, cuando de ello se trataba en su presencia, vi, digo, a D. Vicente, reírse con sus grandes carcajadas... y callarse. Puede que haya hecho alguna declaración explícita que desconozco; pero, por cuanto yo he presenciado, mis dudas se mantienen. Dudo que si se trataba de pedir autorización oficial para celebrar el Curso de Verano escribiese D. Vicente al Ministro... Creo, en cambio, que muy posiblemente intentara D. Vicente conseguir un *status* oficial para estas primerizas actividades rabideñas que D. José Ibáñez Martín, como experimentado político que ya por entonces era, se negó a dar mientras aquello no ofreciera más garantías que el desbordante entusiasmo de un pequeño grupo de profesores estimulados por el empuje de Rodríguez Casado; el Ministro no estaba dispuesto a apostar su prestigio en favor de una «aventura» que D. Vicente, por el contrario, encaraba con plena esperanza, y, aunque salvaguardándose con un telegrama que no debía ser tanto la prohibición del curso como una negativa a ampararlo oficialmente, se limitaba a esperar cuál era su resultado.»

Gil Munilla está convencido de que antes del curso Rodríguez Casado había consultado con el Secretario General del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, José María Albareda, de quien la Escuela de Estudios Hispano-Americanos dependía, y piensa que, tuviera o no Rodríguez Casado algún atisbo de la entonces próxima promoción política de Cayetano Alcázar, desde luego tenía plena conciencia de que era éste un hombre bien situado, con vía muy accesible al Ministro Ibáñez Martín que tomaría muy en cuenta su opinión. Opina Gil Munilla que Alcázar era un baza fuerte y don Vicente la jugó a fondo: le rodeó de atenciones personales —otras no eran posibles dada la falta de medios—, le puso en contacto con sus inmediatos colaboradores

preparativos del curso no se interrumpieron y éste se inauguró en la fecha prevista sin el menor sobresalto por parte de nadie.

Criterios de admisión, programa y profesorado

Planeado el curso para un total aproximado de treinta plazas, se siguió la línea marcada por el sentido común para determinar el criterio de admisión: se aceptaría alumnos universitarios de cualquier Facultad o Escuela a condición de que tuviesen íntegramente aprobadas las asignaturas del año lectivo anterior. Entre estos alumnos, se escogería los de mejor expediente académico hasta llenar el reducido número de plazas, incluyendo, en lo posible, jóvenes provenientes de todas las regiones de España. Sería necesario que cada candidato contase con una carta de presentación firmada por un profesor o por otra persona de significación en la vida académica, como el director de un Colegio Mayor o de una institución equivalente.

En cuanto a los alumnos hispanoamericanos y extranjeros, se optó por someter su admisión a las mismas exigencias que se aplicarían a los españoles.

La financiación quedaría resuelta con las tasas pagadas por los alumnos —casi simbólicas—, con las aportaciones de la Diputación Provincial de Huelva, que dio quince mil pesetas, y del Ayuntamiento de la misma ciudad, que contribuyó con diez mil. Una ayuda semejante se consiguió del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. El material y las facilidades logísticas los proporcionaría la Universidad de Sevilla.

Rodríguez Casado, Florentino Pérez-Embid y José Antonio Calderón Quijano se ocuparon de elaborar el programa de aquel primer curso, organizando las materias en cinco grandes apartados: Geografía, Historia, Lengua y Literatura, y Derecho.³ Tal distribución, acaso demasiado ambiciosa, tenía no obstante la ventaja de movilizar todas las posibilidades de la Escuela de Estudios Hispano-Americanos y de la Facultad de Letras en un

y el resto lo hicieron el ambiente de cordialidad entre profesores y alumnos que pudo contemplar y el valorar *in situ* lo que ése representaba para las gentes de la olvidada provincia de Huelva.

³ La totalidad de los datos acerca del contenido del curso han sido extraídos del programa impreso de aquel año: un desplegable en cuatro, sin pie de imprenta, editado en cartulina blanca, a dos tintas y con siete fotografías del interior del Monasterio y sus aledaños. Una realización modesta, pero que era todo un alarde editorial si se atiende al momento y a los escasos recursos con que se contaba.

momento en que el espíritu de participación debía parecer tangible hasta en su menores rasgos.

El más breve de todos estos apartados, el de Geografía, estaría a cargo de Ángel Bozal Pérez, a la sazón vicedecano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Sevilla, quien impartiría las cinco lecciones dedicadas a la «Geografía de los Descubrimientos».

El apartado de Historia, el más extenso de todos, contaría con tres profesores no españoles: el alemán Hermann Trimborn, de la Universidad de Bonn, que impartiría cinco lecciones sobre «Los imperios indígenas»; el salvadoreño Rodolfo Barón Castro, que tendría a su cargo explicar, también en cinco lecciones, «La Conquista de América Central»; y el portugués José Manuel da Costa, de la Universidad de Lisboa, que dedicaría dos lecciones al «Descubrimiento y Conquista del Brasil».

Miembros de otras instituciones sevillanas o españolas harían acto de presencia en el curso a través de la extensa lista de profesores correspondientes al apartado de Historia. El Director del Archivo General de Indias, Cristóbal Bermúdez Plata, disertaría sobre «El Descubridor y el Descubrimiento». El Director del Museo Naval y del Instituto Histórico de la Marina, el capitán de fragata y miembro de la Real Academia de la Historia, Julio Guillén Tato, dedicaría su atención a «La náutica y las naves en la época de los descubrimientos». De la Universidad de Madrid asistirían los catedráticos Antonio de la Torre y del Cerro, Cayetano Alcázar⁴ y el Padre José López Ortiz, O.S.A., que tendrían a su cargo, respectivamente, el desarrollo de las lecciones sobre «El reinado de los Reyes Católicos y su repercusión en América», «Los virreyes en el siglo XVI» y «Las misiones en Indias en el siglo XVI». Todos los profesores anteriores actuarían siguiendo un módulo de cinco sesiones de clase.

⁴ Cayetano Alcázar, que en el mes de octubre siguiente sería nombrado Director General de Enseñanza Universitaria, jugaría, según expresión del propio Rodríguez Casado —en conversación sostenida con el autor— un papel decisivo en la creación de la Universidad de La Rábida. Según expresión de Gil Munilla, cuando Cayetano Alcázar abandonó La Rábida «marchaba convencido de las positivas expectativas que ofrecía la experiencia que acababa de presenciar». En la primera decena de septiembre —Cayetano Alcázar acababa de ser nombrado Director General de Enseñanza Universitaria— el Ministro Ibáñez Martín telefoneó a Rodríguez Casado encargándole que redactara el borrador de un decreto creando la Universidad de Verano de La Rábida. «Todo ocurre —opina el vicerrector Gil Munilla— como si el Ministro Ibáñez Martín, no decidido a comprometerse ante pareceres contrapuestos, hubiera querido esperar el informe de una persona de su plena confianza desvinculada directamente de los que se encontraban interesados de manera substancial en el asunto y muy capacitada para valorar las condiciones objetivas de la situación.»

Vicente Rodríguez Casado, catedrático de Historia Moderna y Contemporánea, que además de ser el vicedirector de la Escuela de Estudios Hispano-Americanos y secretario de la Delegación del Consejo Superior de Investigaciones Científicas en Sevilla, era fundador de los cursos y mentor de los mismos, no figuraría en el programa con cargo alguno. Esta vez tomaría bajo su responsabilidad, completando el apartado de Historia, dos lecciones sobre «La polémica lascasiana», tema preferido de Manuel Giménez Fernández, quien decidió concentrar su atención, dentro de su especialidad de Derecho, en otro objetivo de sus estudios, «El Regio Patronato indiano en el siglo XVI», al que dedicaría cinco lecciones.

Además del veterano catedrático Giménez Fernández, participarían en el desarrollo de las clases dedicadas al Derecho indiano dos renombrados estudiosos del campo jurídico: Alfonso García Gallo, entonces catedrático de Historia del Derecho de la Universidad de Valencia, y Juan Manzano y Manzano, catedrático de la Facultad de Derecho de la Universidad de Sevilla y Jefe de la Sección de Sevilla del Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Impartirían cada uno cinco lecciones sobre «Lo medieval en las instituciones indianas» y «Las Leyes Nuevas de Indias», respectivamente, incidiendo este último conjunto de lecciones en el motivo de una de las conmemoraciones previstas para el año de 1943, que junto con el Descubrimiento fueron los puntos que sirvieron para trazar el eje de este primer curso rabideño.

Un catedrático de las Universidades de Florencia y de Lima, Hipólito Galante, encabezaría, con dos lecciones acerca de «Las lenguas indígenas», el apartado de Lengua y literatura. Luis Morales Oliver, decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Sevilla y colaborador de la Escuela de Estudios Hispano-Americanos, que se haría cargo de cinco lecciones acerca de «La literatura heroica hispano-americana», cerraba esta parte del programa.

El arte, que había sido una disciplina adelantada del americanismo sevillano como ha sido señalado en páginas anteriores, fue incluido también en el programa. El curso acogería un total de siete lecciones acerca de esta materia. Dos de ellas, las dedicadas a «El estilo Isabel», estarían a cargo de Francisco Murillo Herrera, catedrático y director del Laboratorio de Arte, de señera actuación dentro de la Universidad hispalense. Murillo Herrera era también profesor de la Escuela de Estudios Hispano-Americanos y vicepresidente de la Delegación del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Las cinco lecciones restantes versarían sobre la «Arquitectura del siglo XVI en Méjico y las Antillas» y correrían por cuenta de Diego Angulo

Íñiguez, catedrático de la Universidad de Madrid y miembro de la Real Academia de la Historia. La presencia del arte en este primer curso vino a ser, pasado el tiempo, como una premonición o anuncio del papel que ocuparía en la vida de la Universidad rabideña, en calidad de disciplina ciertamente, pero también como realidad vital y expansiva que se manifestaría en la estrecha colaboración con la entonces Escuela y hoy Facultad de Bellas Artes y a través de las actuaciones del Club La Rábida.

Los preparativos materiales

Los preparativos del curso, en especial todo lo referente a la participación de profesores provenientes de otras universidades y países, la consecución de las subvenciones y autorizaciones, las obras de adaptación del Monasterio, que, aunque modestas, requerían su tiempo, y los contactos personales que permitirían crear sobre la marcha un ambiente más favorable al curso, consumieron los meses desde febrero hasta junio. No cabe duda de que es toda una marca si se tiene en cuenta que los organizadores tenían que hacer frente al mismo tiempo a sus propias labores de docencia y de investigación, y que el trabajo extra que la preparación del curso suponía no gozaba de ninguna compensación económica.

Quedaba un margen de tiempo muy escaso para la divulgación de la convocatoria y para la cumplimentación de las admisiones. Las posibilidades de éxito hubieran quedado hipotecadas si se hubiese querido sostener a ultranza la idea de un curso de pleno verano como se pensaba al principio. Además, la falta de capacidad del Monasterio obligaba a reservar alojamiento para los estudiantes en la vecina Huelva, que no abundaba precisamente en plazas hosteleras, sin contar con que el benigno clima de la región contribuía a mantenerlas colmadas durante los meses estivales.

Todo lo anterior contribuyó a que se tomase la decisión de celebrar el curso en el mes de septiembre. La promoción se realizó con toda premura antes de la terminación del curso lectivo 1942-1943, y se siguió la trayectoria lógica en estos casos, comenzando por la divulgación del desplegable a dos tintas, que con tal motivo se imprimió, entre las Universidades y los Colegios Mayores de toda España, reservándose, al parecer, cierta cantidad de impresos para su divulgación en ambientes universitarios de la vecina Portugal.

Los primeros alumnos

A pesar de lo apresurado de la siembra, los frutos de la primera cosecha no se hicieron esperar. Pronto comenzarían a llegar contestaciones provenientes de toda España. Florentino Pérez-Embid y José Antonio Calderón Quijano seleccionaron entre todas aquellas solicitudes las que presentaban mejores expedientes, resultando favorecidos un total de treinta y un estudiantes⁵ de las Universidades de Barcelona, Granada, Madrid, Oviedo, Salamanca, Santiago de Compostela, Valencia, Valladolid y de la propia Sevilla, que, como era lógico, proporcionó el contingente más numeroso.

La cosecha lusitana brilló por su ausencia, quizá por lo tardío del esfuerzo. En cuanto a los hispanoamericanos, las condiciones impuestas al tráfico marítimo por el desarrollo de la Segunda Guerra Mundial eran un obstáculo difícilmente superable para los viajes transatlánticos y, como resulta fácil suponer, las aulas españolas, a diferencia de lo que llegaría a ocurrir en la década de los años cincuenta, acogían a un número muy reducido de estudiantes de aquellos países. No obstante, el peruano Guillermo Lohmann Villena, entonces Secretario de la Embajada de su país en Madrid, concurrió voluntariamente en condición de «alumno».⁶

En cambio, entre los admitidos al curso estaba un joven japonés, Eikichi Hayashiya, estudiante a la sazón en la Universidad de Salamanca. Este alumno, que con el tiempo llegaría a ser notable hispanista y estudioso de la cultura maya además de embajador de su país en España, se las arregló para enseñar a sus compañeros, en japonés, el himno de la Marina Imperial nipona. Hubo en el curso también dos franceses, François Chevalier y su primo Albert Hurard.⁷

⁵ Los alumnos del curso de 1943 —incluidos los tres profesores que quisieron concurrir como alumnos— fueron los siguientes: Álvarez Hernández, Alfredo; Chevalier, François; Díaz Cortada, Rafael; Fernández de Villavicencio Arévalo, Francisco; Font Boix, Vicente; García Arias, Luis; García Pazo, José Pelayo; González Alegre Balgome, Ramón; González-Simancas, José Luis; Gutiérrez de Arce, Manuel; Hayashiya, Eikiti; Herrero Martínez de Azcoitia, Guillermo; Hurard Chevalier, Albert; Infante Galán, Juan; Jurado López, Javier; Lohmann Villena, Guillermo; Maycas Alvarado, Fernando; Mendoza Negrillo, Ramón; Mota Ferrero, Rafael Luis; Moya García, Juan; Muñoz Pérez, José; Muro Orejón, José Antonio; Navajas Tirado, Cristóbal; Pardo Canalis, Enrique; Pérez-Embid, Ismael; Rodríguez Arias Bustamante, Lino; Ruiz de Mier y Muñoz, Francisco; Santos Briz, Jaime; Segoviano Vicario, Federico; Silió Gómez Carcedo, Francisco; Sundheim Trechuelo, Carlos; Vázquez Rodríguez, Manuel; Vila Selma, José.

⁶ Lo mismo hicieron François Chevalier y Antonio Muro Orejón.

⁷ Respecto a este primer curso, véanse los testimonios de Guillermo Lohmann Villena, José Luis González Simancas, Eikiti Hayashiya y José Antonio Muro Orejón.

Tal como se tenía previsto, los asistentes fueron alojados en Huelva. El programa impreso aludía a que los alumnos y becarios tendrían reservadas habitaciones en los mejores hoteles de esa ciudad. En realidad, no había mucho donde escoger y los alumnos quedarían modestamente hospedados, aunque con suficiencia y decoro, en el hotel La Granadina y en las pensiones La Extremadura y La Rábida, reservándose para profesores el recién inaugurado hotel Victoria,⁸ al año siguiente, a esta lista se añadiría el hotel Colón. Las clases se impartían en la sala capitular y en el claustro mudéjar del Monasterio. Para los servicios de bar y cafetería, guardarropa y sala de estar, se empleó, como estaba previsto, la hostería cercana a La Rábida.

Excursiones y tertulias

El programa del primer curso incluía numerosas excursiones. Se inauguraba así una tradición rabideña nunca olvidada a través de los años. La excepcional riqueza de las tierras onubenses en poblaciones y parajes interesantes por su historia o por sus bellezas naturales facilitaron esa abundancia. Muchas de las visitas se hacían en un mismo día y, por emplear un símil taurino, «al paso», aprovechando la proximidad geográfica para recorrer varios lugares, con un sentido maratónico de la productividad excursionista. No se perdonaba ningún monumento, vestigio histórico o simplemente rincón digno de verse. Este turismo cultural, en el cual ni estudiantes ni profesores fueron nunca atacados de lo que se ha dado en llamar «síndrome de Stendhal», tenía siempre su debido acompañamiento en el extenso comentario hecho por un profesor o por algún erudito del lugar que gustoso se prestaba a ello.

Además de la visita «oficial» al propio Monasterio de La Rábida, en la que hizo de guía el propio Padre Guardián, hubo ese año excursiones a Moguer, Palos de la Frontera, La Palma del Condado, Niebla y a la ermita de la Virgen del Rocío, en las marismas de Almonte. En otras visitas, los estudiantes conocieron las minas de Río Tinto, la Gruta de las Maravillas, en Aracena, y la Peña de Arias Montano, en Alajar. La excursión a Sanlúcar de Barrameda introdujo la modalidad, muy bien acogida, del paseo por vía fluvial.

⁸ Su propietario, Antonio Ruiz, se convirtió en amigo incondicional de La Rábida.

Poco variará a lo largo de los años el cuadro de excursiones, pero al ensancharse y fortalecerse los vínculos de la Universidad con la provincia, junto a los lugares citados fueron apareciendo otros a tenor de las invitaciones cursadas por los ayuntamientos o por notables de cada lugar que se complacían en su papel de anfitriones.

Contemplada en la perspectiva de los años y teniendo en cuenta el tributo que el cuerpo tiene que pagar a la edad que pasa, aquellas excursiones se antojan ahora frenéticas a los alegres y juveniles participantes de ayer. Saben apreciar en ellas, no obstante, el valor perdurable de ocasión en la cual enlazaron amistades, vivieron momentos de verdadero compañerismo y conocieron por primera vez un tipo de enseñanza universitaria basado en el contacto asiduo y directo entre profesores y alumnos.

Además de las actividades docentes, de las excursiones y de las tertulias que llenaban las horas libres, hubo también algún concierto y representaciones teatrales patrocinadas por el Gobierno Civil de la Provincia. El último día se celebró, a las diez y media de la mañana, una misa solemne en la iglesia del Monasterio, oficiada por el Padre Jenaro, que acudía, además, en su condición de Consejero de la Hispanidad. La conferencia de clausura estuvo a cargo del Rector de la Universidad de Sevilla, José Mariano Mota Salado, que figuraba como director, nominal, de este primer curso. Intervino asimismo un representante de la Real Sociedad Colombina Onubense.⁹

El desarrollo de aquel curso constituyó una experiencia inapreciable para los jóvenes docentes que tuvieron la responsabilidad de su dirección y administración efectivas. Eso les animó aún más a continuar en la labor emprendida. En el transcurso de aquel mes de septiembre, en prolongadas tertulias en el Mirador de los Frailes, Vicente Rodríguez Casado, Florentino Pérez-Embid, José Antonio Calderón Quijano, a los que solían unirse Guillermo Lohmann Villena y François Chevalier, cambiaron con frecuencia impresiones acerca de lo que debía ser una Universidad de Verano. Con pequeñas modificaciones, en realidad inapreciables, el esquema del primer curso se mantendría de allí en adelante: una mezcla original de estudio y de esparcimiento activo, de deporte al aire libre y de discusión intelectual continua, propiciada ésta por la convivencia intensiva entre profesores y alumnos en un clima donde la amistad terminaría por ser la soberana.

⁹ Los actos de inauguración y clausura fueron reseñados cumplidamente por el diario local *Odiel*, entonces bajo la dirección del Sr. Segovia Azcárate.

LA UNIVERSIDAD DE VERANO

En los primeros diez días de octubre de 1943,¹ una llamada telefónica vino a dar por zanjado definitivamente el problema de la autorización oficial de los cursos. Sería el propio Ministro Ibáñez Martín quien terminaría por sugerir a Rodríguez Casado, por ese medio informal, la redacción de un texto que sirviera como borrador² para el instrumento legal destinado a crear la Universidad de Verano de La Rábida.

El Decreto fundacional

El texto definitivo del Decreto,³ con fecha de 16 de diciembre de 1943, aparece en el *Boletín Oficial del Estado* del 2 de enero del año siguiente. En su breve exposición de motivos el Decreto expresa la necesidad de crear una institución que, recogiendo la preocupación del Estado español respecto a los problemas del resurgimiento de la cultura hispanoamericana, viniera a cumplir «las finalidades asignadas a la extensión universitaria» respecto a la labor realizada por la Universidad de Sevilla, la Escuela de Estudios Hispano-Americanos y la Delegación sevillana del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. La nueva Universidad de Verano dependería de un Patronato que, presidido por el Rector de la Universidad de Sevilla, quedaría integrado por un representante del Consejo de la Hispanidad, el Director de la Escuela de Estudios Hispano-Americanos, el Padre Guar-

¹ Rodríguez Casado señalaba como fechas posibles las del 8, 9 ó 10 de dicho mes y año.

² Es éste uno de los puntos en que más sería de desear la presencia de documentos. Lo aquí expuesto se basa en las conversaciones de Rodríguez Casado con el autor.

³ Incluido como Anexo en este mismo volumen.

dián de los Franciscanos del Monasterio de La Rábida, el Jefe de la Sección Sevillana del Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, el Presidente de la Real Sociedad Colombina de Huelva y los representantes acreditados del Gobernador Civil, Presidente de la Diputación Provincial y Alcalde de Huelva. En previsión, sin duda, de futuras edificaciones, el Decreto determina que la Universidad quedaría «emplazada en las cercanías del histórico Monasterio».

El régimen jurídico que el Decreto fundacional establecía para el gobierno de la Universidad de Verano de La Rábida era un reflejo exacto de los cauces institucionales que habían hecho posible la existencia de ésta y de las instancias de autoridad que garantizaban su andadura. También reflejaba la particular preocupación de Rodríguez Casado por acercarse a las personas sin cuyo apoyo y simpatía no era concebible el arraigo local y provincial de la nueva Universidad.⁴ En cuanto al Consejo de la Hispanidad, era por entonces una instancia cuya presencia nominal era de rigor como símbolo obligado de acatamiento a unas directrices culturales emanadas del «espíritu nacional» y en armonía con la idea de una «comunidad de destino», pero cuyas implicaciones políticas más concretas eran soslayables por la propia ineficacia de dicho Consejo como órgano oficialmente rector de la cultura y por el sentido común de muchos de sus componentes que se conformaban por lo regular con una discreta presencia de respeto⁵

De acuerdo con el Decreto, pronto sería designado Rector de la Universidad de Verano quien lo era de la Universidad de Sevilla, José Mariano Mota Salado; Vicerrector, Vicente Rodríguez Casado, a la sazón Vicedirector de la Escuela de Estudios Hispano-Americanos; y Secretario, José Antonio

⁴ La composición del Patronato es, cuando menos, significativa. Para Gil Munilla, que comunicó verbalmente su opinión al autor, ésta es la constante que, meditada o no, seguiría D. Vicente en el futuro cuantas veces tuviera que contar con ajenas colaboraciones. En esta ocasión aparece ya un doble equilibrio: geográfico, en primer lugar, entre Sevilla y Huelva; e institucional, además, entre la Universidad hispalense, el Consejo Superior de Investigaciones Científicas y las autoridades onubenses. La existencia de tres centros de intereses —aun dando por hecho la coincidencia básica de todas las partes en lo fundamental— habría de permitir a Rodríguez Casado una amplísima libertad de movimientos, apoyándose en uno u otro sector, según las conveniencias y —salvo un improbable enfrentamiento con los tres a la vez— superar todo malentendido, diferencia e incluso oposición momentánea que pudiera producirse con uno y hasta con dos de ellos.

⁵ El Consejo de la Hispanidad había quedado establecido el 12 de octubre de 1940. Para una referencia más amplia acerca del significado de esta institución, véase más adelante el capítulo VIII dedicado a «La hispanidad sin mayúscula».

Calderón Quijano. Con esta estructura,⁶ se celebraron los cursos de 1944 y 1945, años en los que se va a iniciar en España un amplio movimiento de adaptación legislativa que repercutirá finalmente en la nueva Universidad.

Los primeros alumnos portugueses

Para el curso de 1944, el primero realizado según el nuevo *status*, fueron admitidas treinta y seis solicitudes, cinco más que en el precedente. Asistieron un total de 35 estudiantes, entre los que se encontraban siete universitarios portugueses procedentes de las Universidades de Coimbra y de Lisboa.⁷ Esta vez los impresos de solicitud dirigidos al país vecino habían seguido el cauce de las «Mocidades Portuguesas» facilitado por Marcelo Caetano, catedrático de Derecho Administrativo de la Facultad de Derecho de la Universidad de Lisboa⁸ y estrecho colaborador de Oliveira Salazar, a quien terminaría sucediendo en la Presidencia del Consejo.

El curso comenzó, como iba a ser regla general, el uno de septiembre y finalizó el día veintiséis del mismo mes. No se conserva ningún programa impreso de este curso, pero en cambio se cuenta con la descripción detallada del mismo debida a uno de los alumnos portugueses.⁹ La llegada de los estudiantes por la mañana del primero de septiembre fue seguida de una visita al Monasterio, donde se celebró una misa a la cual asistieron también las autoridades de la provincia y el cuerpo de profesores. A continuación, en el Patio Mudéjar, engalanado para la ocasión con tapices y banderas de los países americanos, de España y de Portugal, dio comienzo la ceremonia de apertura del segundo curso en La Rábida, que sería al mismo tiempo el primero de la recién fundada Universidad de Verano. La lección in-

⁶ Acerca del matiz que hay que apreciar en la palabra estructura al referirse a la administración rabideña, véase el capítulo XII, dedicado a «Hombres y mujeres de La Rábida».

⁷ Manuel Alambre Dos Santos, Antonio Manuel Baptista, José Antonio Braga da Cruz, Carlos Alberto Coartase Robaré, Luis Jorge Misión de Alburquerque, Manuel Joaquín Sampaio Tinoco de Faria y José María Teixeira.

⁸ Según Rodríguez Casado, a través de los buenos oficios del también administrativo Laureano López Rodó, que había conocido a Caetano a finales de marzo o comienzos de abril de 1944 durante una visita a las universidades de Lisboa y Coimbra formando parte de una misión de la Facultad de Derecho de Madrid.

⁹ José Antonio Braga da Cruz, becario de la Facultad de Derecho de la Universidad de Coimbra, fue quien elaboró una cuidadosa «Memoria do curso da Universidade de Verao de La Rábida», Coimbra, Setembro, 1944. Ejemplar mecanografiado.

augural la pronunció José Mariano Mota Salado, Rector de la Universidad de Sevilla, al que correspondía la Presidencia del Patronato de la Universidad de La Rábida de acuerdo con lo dispuesto en el Decreto fundacional. El cronista refiere que el Rector de la Universidad de Sevilla, amablemente, había saludado antes a los alumnos. Flanqueado en la mesa presidencial por las autoridades civiles y militares, el Rector Mota Salado habló en aquella ocasión acerca del sentido de los cursos proponiendo, en palabras muy de acuerdo con el pensamiento oficial, que fuesen dirigidos al «fomento de la continuidad histórica de España y a la afirmación de la Patria española como creadora de veinte repúblicas a las cuales comunicó su propia alma, con su idioma, con sus leyes y su sangre». Le siguió el señor Tejera como representante del Gobernador Civil de la Provincia y a continuación el Rector declaró inaugurado el Curso en nombre del Jefe del Estado. Una copa de vino español, que para la mayoría sirvió de desayuno, cerró la solemnidad de la apertura y una excursión por ría y mar a las playas de Punta Umbría fue, con el aplauso de los estudiantes, el placentero colofón de aquel primer día. «Volvíamos a Huelva, escribe el joven cronista, haciéndonos a la idea de que nuestra vida de participantes en el curso de la Universidad de Verano iba ser lo más agradable que cabe.»

Los profesores y el contenido del curso

En el curso de 1944 participaron un total de dieciocho profesores.¹⁰ El programa resultó muy variado en cuanto a su temática al punto de parecer un tanto disperso, ya que no se percibe en él otro eje orientador que no sea el genérico de su dedicación a la Historia de América. Antonio Muro Orejón, que asistía esta vez como profesor,¹¹ explicó cinco lecciones sobre «El Nuevo Código de las Leyes de Indias de 1792». Cristóbal Bermúdez Plata desarrolló dos lecciones acerca de los «Cronistas e Historiadores de Indias»; y José Hernández Díaz, cinco sobre «El arte del Renacimiento en Sevilla». El profesor Ramón Carande y de Thovar¹² volcó su saber en cinco sesiones en torno a «La economía española y las Indias bajo el reinado de Carlos V»,

¹⁰ Lo que arroja una proporción de 1,94 alumnos por cada profesor. Esta proporción se mantendría en un nivel parecido a lo largo de los años transcurridos hasta 1973.

¹¹ Recuérdese que figuraba voluntariamente como alumno en el curso de 1943.

¹² Ramón Carande y de Thovar fue autor de una obra clave sobre «Carlos V y sus banqueros», de cita obligada respecto a las finanzas del Imperio español. Famoso entre los estudiantes no sólo por su erudición sino por su carácter adusto, que contrastaba

mientras que el veterano y brioso Giménez Fernández¹³ volvió, también en cinco lecciones, sobre «El Regio Vicariato indiano, 1580-1730», continuación del tema iniciado el año anterior. Calderón Quijano dedicó dos sesiones a «La cuestión de Belice» y el holandés Van Horne cinco a «La Literatura del siglo XVI en la Nueva España». Tocó al profesor de la Torre y del Cerro explicar «Instituciones españolas en América» y a Alfonso García Gallo disertar acerca de «El servicio militar en las Indias», cada uno en cinco sesiones. Manuel Murias y el profesor Vilanueva tuvieron a su cargo dos conferencias cada uno, dedicadas respectivamente a «La administración del Brasil en los siglos XVI y XVII»¹⁴ y a «El monopolio español de las Indias en

con la proverbial facilidad de palabra de Giménez Fernández, había sido, antes de la Guerra Civil, Director del Instituto Escuela de Sevilla y Catedrático de Historia Antigua y Media de España. Republicano y opositor al régimen de Franco, se reincorporó a la docencia universitaria después de un breve periodo de obligado alejamiento por entredicho político. Fallecido en su cortijo de Capela, en campos de Almendral, Badajoz, el 1 de septiembre de 1986, fue «esposo fiel, padre solícito, científico insigne y cristiano sincero», según resumida expresión de José Ruiz Mantero en *ABC* de Sevilla, miércoles 1 de septiembre de 1993, p. 38.

¹³ Catedrático de Derecho Canónico e historiador notable, Manuel Giménez Fernández había ocupado, entre otros cargos, el de Ministro de Agricultura (1934) en cuyo desempeño había sacado adelante la Ley de Arrendamientos Rústicos, La Ley de protección a yunteros y a pequeños labradores (1934), el Decreto sobre asentamientos temporales (1935), el Decreto de áreas de pequeño cultivo (1935) y otros proyectos que, pese a estar inspirados en la Doctrina social de la Iglesia, le habían granjeado la oposición de algunos políticos de la CEDA y el mote malintencionado de «bolchevique blanco». La victoria de Franco, del que fue opositor, supuso para él la retirada de la vida pública, pero no el abandono de su labor de investigación histórica —llegaría a ser el primer especialista en Bartolomé de las Casas— ni su dedicación docente, a la que se reincorporó una vez terminada la contienda civil. Persona profunda y sincera, preconizaba un particular punto de vista demócratacristiano que sostenía casi en la soledad. Gozaba Giménez Fernández de merecida fama de independiente. Sus mordaces comentarios políticos y sus alusiones nada favorables a Franco, provocadas muchas veces por los mismos estudiantes que aprovechaban la facilidad del profesor para «entrar al trapo», forman parte de la leyenda de la Universidad, cuyos cursos animó durante 15 años.

De Manuel Giménez Fernández dice José Manuel Cuenca Toribio: «Del linaje de los discutidores, no creía en ningún dogma terrenal. De ahí su desbordado y contagioso entusiasmo por la controversia y el debate como únicos medios de alcanzar la luz en el lábil mundo de las realidades temporales. De ahí su admirable defensa de las libertades civiles como insustituible fundamento de la polis y preservativo de tiranías y despotismos.» Muerto Giménez Fernández en 1968 a la edad de 72 años en su torre de Chipiona, un libro relativamente reciente se ocupa con amplitud de su trayectoria política (Javier Tusell y José Calvo: *Giménez Fernández, precursor de la democracia española*, Sevilla 1990). José Calvo también ha abordado, en colaboraciones que sólo conocemos parcialmente, el magisterio de Giménez Fernández en la Universidad de La Rábida.

¹⁴ La Historia del Brasil ha estado presente desde los comienzos en los programas

el ambiente europeo de la Edad Moderna». Luis Morales Oliver dedicó también dos lecciones al tema «Profundidad y paisaje en la literatura hispanoamericana de los siglos XVI y XVII» y otro tanto hizo Rodríguez Casado respecto a las «Diferencias entre las colonizaciones inglesa y española en América». El Marqués de Lozoya habló en dos sesiones de «El barroco mexicano y el barroco peruano», mientras que el francés Paul Guinard dedicó su única lección a «Los cuadros del pintor Zurbarán en América».

El salvadoreño Rodolfo Barón Castro¹⁵ y el peruano Guillermo Lohmann Villena, unidos por su procedencia americana y su condición de diplomáticos de sus respectivos países, dedicaron dos y tres horas lectivas cada uno a «La demografía de la América Española» y a «El libro español en América».

Federico Castejón, Magistrado del Tribunal Supremo, dio dos clases acerca de «La unificación internacional de las estadística criminales con referencia a la posible unificación legislativa entre los países de habla española», tema un tanto sorprendente en un curso dedicado a la Historia de América, pero que inaugura en una fecha liminar para la Universidad, y justificándose en la concurrencia de numerosos estudiantes de abogacía, el tratamiento de temas actuales que más tarde tendrían presencia constante en los cursos rabideños. Cayetano Alcázar, que como Director General de Enseñanza Universitaria había jugado un papel señero en el reconocimiento oficial de la Universidad, abordó en dos conferencias el tema «El correo de las Indias».

La clausura del curso tuvo lugar el día veintiséis. Se realizó en el mismo Patio Mudéjar donde se habían impartido las clases. El bello recinto estaba ornamentado, como el día de la inauguración, con las banderas de España, Portugal y de los países americanos. El Gobernador Militar, que asistía personalmente al acto, aceptó la invitación que se le hizo de pronunciar unas

de la Universidad de La Rábida. La denominación de Hispano-Americana, que adoptó la Universidad desde el año de 1947, no implicó nunca un sentido corológico restrictivo que supusiese la exclusión de lo luso-brasileño. Carecen de relevancia, pues, en este sentido, los cambios introducidos en la programación de los Cursos de Verano durante los años 1974-1976 que habrían significado una supuesta «ampliación» a «Iberoamérica» de los estudios planteados en la Universidad de La Rábida. Cfr. Domingo Muñoz Bort, *La Universidad Hispanoamericana de Santa María de La Rábida. Medio siglo de historia*, Sevilla 1993, p.13.

¹⁵ Barón Castro estaría presente, hasta su fallecimiento, en todos los grandes acontecimientos de La Rábida y casi en la totalidad de los cursos de la Universidad, a los que acudía desplazándose a su costa a veces desde grandes distancias. José María Prieto Soler lo incluye en su conjunto de semblanzas sobre rabideños fallecidos.

palabras alusivas y a continuación habló el Rector de la Universidad de Sevilla dando por clausurado el curso. El acto se cerró con la distribución de diplomas a los asistentes.

Aquel último día el almuerzo en La Rábida fue una prolongación de la ceremonia de clausura, aunque sin el empaque y la solemnidad de ésta. Hubo brindis en abundancia y se cambiaron palabras de despedida que, «no por haber sido dichas con alegría, dejaron de expresar la profundidad de los sentimientos de camaradería».¹⁶

Balace y saldo

Uno de los hechos que más llama la atención al examinar lo acontecido en torno a la iniciativa rabideña durante los dos primeros años fundacionales es la ausencia de conflictos enconados. La verdad es que los problemas, incluso graves, hicieron acto de presencia; pero no alcanzaron ese punto en el cual ya no es posible resolverlos, soslayarlos o disimularlos sin agravio o humillación para alguna de las partes implicadas. Una mezcla de paciencia, silenciosa porfía en conseguir los resultados, amistosa predisposición y una buena dosis de tacto o, si se quiere, de eso que en España suelen llamar «mano izquierda» hicieron posible ese resultado. No obstante, aunque atenuadas por la alta calidad humana de todos los afectados, las tensiones se manifestaron en su momento.

Una de estas tensiones, más importante por lo que revela respecto a la sensibilidad de los hombres de la Universidad que por su repercusión sobre la historia de La Rábida, fue la reserva frente a la iniciativa rabideña que terminaría adoptando Francisco Murillo Herrera, Director del Laboratorio de Arte de la Universidad de Sevilla y Vicepresidente de la Delegación en Sevilla del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. La inhibición de Murillo Herrera en el momento de dar su apoyo final a la fundación de la Universidad de Verano ocasionó su ausencia del curso de 1944 y de los sucesivos.¹⁷ Rodríguez Casado lamentó esa ausencia y consideró la inhibición más como un acto destinado a definir una postura personal frente a una decisión del Ministerio que como una muestra de animadversión — que nunca existió en Murillo Herrera — hacia el fondo de la iniciativa rabideña.

¹⁶ Cfr. Braga da Cruz, José Antonio, ob.cit.

¹⁷ Murillo Herrera había participado en el curso de 1943. Véase cap. V.

Para los estudiantes en general, el segundo curso de La Rábida y primero de la Universidad de Verano fue lo que no había de dejar de ser: la oportunidad de convivir estrechamente con sus profesores y compañeros en un ambiente de confianza a la vez exigente, amable y carente de formalismos académicos; algo muy diferente de lo que ofrecían las universidades de entonces y que llegó a ser rasgo distintivo de La Rábida.¹⁸ Específicamente para los alumnos portugueses, provenientes del país que como España sufría el aislamiento causado por la guerra mundial, aquel curso representó una magnífica oportunidad para conocer una parcela de España, afianzar sus conocimientos de lengua española y asomarse a la historia y a la cultura americanas en unión de compañeros de su misma edad procedentes de todas las regiones hispanas.

Para los organizadores fue el definitivo espaldarazo que venía a premiar su esfuerzo y a enriquecer su experiencia. La Rábida quedó establecida oficialmente como Universidad de Verano, cubriendo en el Sur de España y en el seno de la olvidada provincia de Huelva un papel parecido al de la Universidad Menéndez Pelayo en Santander, y se constituyó desde entonces en el único centro español dedicado fundamentalmente a la divulgación de la Historia de América, sumándose en el momento justo y pese al aislamiento que imponían las circunstancias internacionales, a la gran corriente cultural americanista y a la eclosión de los estudios hispanoamericanos que por entonces experimentaban las universidades de Norteamérica;¹⁹ no otra cosa denotan las palabras alusivas al «sólido resurgimiento

¹⁸ Véanse al respecto los testimonios del ya citado José Luis González Simancas, y los de Ismael Sánchez Bella y José Luis Villar Palasí. Respecto al ambiente específico de la Universidad hispalense y de sus connotaciones favorables en comparación con el conjunto de las universidades españolas de entonces, véase el testimonio de Antonio Fontán.

¹⁹ El auge de los estudios hispanoamericanos en las universidades norteamericanas surgió, para no decrecer, durante el prolongado mandato de Franklin Delano Roosevelt y al calor de la Política de Buena Vecindad. Estructurados en departamentos con diversidad de nombres según la universidad de que se trate —estudios hispánicos, estudios latinoamericanos, estudios españoles y portugueses, etc.—, en ellos se unen las enseñanzas históricas y literarias a las específicamente lingüísticas e, incluso, antropológicas. Cfr. Meads, Jr., Robert G., *Perspectivas interamericanas: literatura y libertad*, Nueva York 1967, pp. 246 ss.

Sólo ocasionalmente mencionó Rodríguez Casado tal tema, y eso en charlas informales; pero lo conocía, y el hecho de que su primera obra publicada fuera precisamente un estudio acerca de la Luisiana española demuestra que ya en la fecha inicial de sus trabajos como historiador prestó rigurosa atención a la Historia de los Estados Unidos en su confluencia con la de España y los pueblos hispánicos.

de la cultura hispano-americana» en la exposición de motivos del Decreto fundacional.

Pese a la originalidad de sus planteamientos, la Universidad de La Rábida respondía en cierto modo a un viejo sueño. Ya en el año de 1929, al calor del entusiasmo originado por la Exposición Iberoamericana de Sevilla, se había planteado la posibilidad de crear una Universidad Hispano-americana que, de hacerse realidad, hubiera venido a salvar de su infrutilización el rico acervo americanista de Sevilla. Como las necesidades permanentes afloran de forma recurrente cuando no quedan satisfechas, con la fundación de la Universidad de Verano de La Rábida Rodríguez Casado también quería sentar las bases para conseguir una Universidad concurrida por estudiantes de todas las naciones americanas con planes de estudios y titulaciones homologadas. En los años sesenta, entre sus más allegados, Rodríguez Casado hablaba con entusiasmo de ese proyecto²⁰ que voluntades contrarias, más que circunstancias adversas, le impedirían realizar.

²⁰ José María Prieto Soler, en su testimonio. Después de aludir a los obstáculos que harían imposible a Rodríguez Casado el cumplimiento de ese proyecto en la década de los sesenta, Prieto Soler añade: «Incansable y práctico, fue transformando ese proyecto más general en el plan de una Universidad para Huelva, como adelantada de América.»

CAPÍTULO VII

LA DÉCADA CRUCIAL (1945-1954)

Grandes transformaciones se operan en la Universidad de La Rábida durante los diez años que siguen. Su prestigio como casa de estudios se consolida, toma cuerpo su original forma de hacer y su situación jurídica se transforma de acuerdo con la situación política que el país vive. Vicente Rodríguez Casado comienza a figurar como Rector en los programas impresos y su persona está íntimamente ligada a la suerte de la Universidad de tal manera que los momentos difíciles por los que el Rector pasa se reflejan en la misma Universidad, que experimentará al final de este periodo su primera y más grave crisis de la cual saldrá, paradójicamente, fortalecida.

Al curso de 1945 concurren 36 alumnos, de los cuales 16 son portugueses. La Universidad de La Rábida continúa bajo la misma Junta rectora de los cursos del año anterior. Los estudios se centran en torno al tema «Las Indias en el siglo XVIII». Asiste como profesor Joaquín Ruiz-Jiménez, quien al año siguiente será nombrado Director del Instituto de Cultura Hispánica y más tarde Ministro de Educación. Joaquín Pérez Villanueva, que será Director General de Enseñanza Universitaria, participa también como profesor en este curso y en los siguientes hasta el VIII inclusive.

Homenaje a Juan Ramón en Fuentepiña

La visita a Fuentepiña, que desde 1943¹ no falta en el programa de actividades rabideñas, adquiere a partir de 1944 el carácter de un homenaje co-

¹ Por iniciativa de Pablo García Izquierdo, Alcalde de Moguer, que era también Director del Grupo Escolar, la primera visita a Fuentepiña data del primer curso de verano —el de 1943— catorce años antes de que el poeta de Moguer recibiera el Premio Nobel de Literatura. No obstante, la primera crónica que se conserva de tal homenaje corresponde al verano de 1944. Uno de los alumnos asistentes a la segunda visita a

lectivo al poeta Juan Ramón Jiménez, entonces exiliado en Puerto Rico. Pronto ese homenaje se convertirá en la ocasión para la entrega de los premios otorgados a los ganadores en los concursos literarios —ensayo, poesía, oratoria— que se organizan entre los estudiantes, y Juan Ramón Jiménez aludirá a él en carta reproducida parcialmente en el programa rabideño del curso de 1958.² En pleno crecimiento, las actividades docentes de la

Fuentepiña, que ese año se configura ya como un homenaje, describe así su experiencia, no sin cierta ingenuidad juvenil: «El día 25 de septiembre de 1944, por la tarde, profesores y alumnos fueron de visita a la vecina población de Moguer con el fin de rendir homenaje al poeta Juan Ramón Jiménez en el propio lugar donde nació y donde fueron escritas muchas de sus poesías.

»Bajo el pino que se tornó célebre por referirse a él el propio Juan Ramón y a cuyo lado está sepultado Platero, escuchamos al profesor Morales Oliver que nos describió toda la obra del poeta y nos mostró y explicó la evolución de la poesía en general hasta nuestros días. Esta conferencia, muy amena, fue escuchada con toda atención.

»Siguió un recital de poesía a cargo de jóvenes portugueses y españoles entre los cuales estaba Juan Infante Galán, quien leyó también poesías suyas.

»Un joven de Moguer, como coterráneo del poeta homenajeado, leyó a continuación unas palabras. En el mismo lugar fue servida una merienda que ofreció el Ayuntamiento de Moguer, cuyo alcalde pronunció también algunas palabras en homenaje al autor de *Platero y yo*. Entretanto había anochecido y volvimos a La Rábida.» (Véase Braga da Cruz, Antonio, «Memoria do Curso da Universidade de Verano de La Rábida», ejemplar mecanografiado, Coimbra, setembro, 1944.)

Con el tiempo, la visita-homenaje fue consolidando su propio ritual. En esa fecha se entregaban los premios —entre ellos el «Francisco Gavidia», de poesía, instituido en honor del patriarca de las letras de Centroamérica por Rodolfo Barón Castro—, que estimulaban la creatividad intelectual de los estudiantes rabideños. Los premios consistían en una cantidad en metálico a la que se unían lotes de libros. Como en el breve relato que ha quedado transcrito líneas atrás, un catedrático tomaba a su cargo la exposición de un tema relacionado con la ocasión. Con el transcurso de los años, esta intervención fue adquiriendo un tono menos docente para convertirse en un amplio comentario que realizaba la figura del poeta de Moguer y el significado del homenaje. Entre los mantenedores entusiastas de este acto durante varios años se cuenta el poeta José Hierro. Posteriormente, sería el también poeta y antiguo rabideño, Miguel Álvarez Morales, quien se encargaría de año en año de esta labor.

Para los antiguos alumnos, el recuerdo de aquella tarde en que, congregados en torno al pino de la corona, empleaban su tiempo en escuchar poesía mientras la tarde iba cayendo y se preparaba el alegre convite en que terminaría el homenaje, es todavía una escena con gran poder de evocación.

² La carta de Juan Ramón Jiménez, fechada en Washington el 19 de junio de 1948, es contestación a otra dirigida desde Moguer por el Alcalde Presidente y otros firmantes. Por lo que a nuestro asunto interesa, la carta dice así, respetando la peculiar ortografía del poeta:

En setiembre último, recibí la jenerosa carta que ustedes, acompañando la de Aurelio Viñas y otros amigos míos viajeros de La Rábida, tuvieron la bondad de dirigirme. Todos los días, desde entonces, he pensado en todos ustedes y en contes-

Universidad se dan la mano con anécdotas no precisamente académicas. Durante la visita a una ganadería de reses bravas, en Niebla, uno de los profesores, Walter Starkie, Director del Instituto Británico, recibe una cerrada ovación por su inesperado valor ante los novillos en la placita de tientas; y uno de los alumnos, el portugués Fernão Vaz Pinto, se lesiona un brazo cuando trata de hacer la suerte de Don Tancredo.

Origen de la tradición trasnochadora. «Los murciélagos»

A los tres años de su inicio, la Universidad sigue imponiendo la trashumancia a todos sus alumnos y a parte de sus profesores. Cada mañana, hacia las nueve, los alumnos se trasladan en tren —locomotora y dos vagones— hasta el apeadero de Punta del Sebo. En el cercano embarcadero, toman la barca de Bocanegra que los conduce a través del río al embarcadero de La

tarles. ¿Por qué no lo he hecho hasta ahora? Cuantos me conocen bien, me comprenderán fácilmente. Yo nunca he sido partidario de homenajes de ningún jénero, y siempre que me ha sido posible, he evitado los que se me han pensado dedicar. Hace poco tiempo, por ejemplo, y la tercera vez en veinticinco años, he resignado una noble invitación de la Real Academia Española para un sillón. Y hará unos treinta y cinco años, huí de Moguer, cuando un grupo de amigos de nuestra provincia me anunciaron que iban a festejarme en ese querido pueblo mío. ¿Qué contestar, pues, a la carta de ustedes?

La verdad es que yo me avergüenzo de los homenajes y honores semejantes, y me avergüenzo, más que nada, porque creo que no los merezco. Yo no soy nadie ni nada más que un trabajador enamorado de mi trabajo, y en él encuentro mi recompensa. Por eso escojí desde joven, como símbolo de recompensa, la ramita de perejil de los espartanos. Siempre he deseado una vida apartada, silenciosa, sencilla. Estoy arrepentido de la mayor parte de los libros que he publicado, y mi obsesión actual es no haber esperado a estos últimos años de mi vida para haber impreso mis escritos, digo, cuando ya no pudiese mejorarlos más, cuando les hubiese dado lo mayor de mí, cuando hubiese cambiado mi obra por mí mismo y ya no pudiera yo ser mucho tiempo testigo ni crítico de ella. Y darlos como justificación de una vida de trabajo vocativo.

Mucho honor significa para mí, en lo más íntimo de mi ser completo, que Moguer, mi hermoso pueblo blanco y alto, siempre presente en mi vida y en mi obra, me recuerde con tanta constancia. Esas reuniones en Fuentepiña, cada setiembre de estos últimos años, me renuevan cada vez más no sé qué mezcla de alegría y de pena; porque ¿cómo puedo yo corresponder a tanta consideración, que evidencia más —por la perseverancia de ustedes— mi poco merecimiento? Y lo que digo de ustedes lo digo de los buenos amigos forasteros, escritores, artistas, profesores y estudiantes, que vienen de la Universidad de La Rábida a darle significación jeneral a mi vieja casita de campo.

Rábida. Una vez en tierra, después de adelantar un trecho sobre la carretera que conduce a Palos de la Frontera, tienen que emprender a pie el ascenso por el camino de grava que, desviándose hacia la izquierda, subía por un prolongado repecho hasta el Monasterio, sin más sombra en la cálida mañana que la raquíta de pinos y eucaliptos recién plantados entonces. Desde Huelva al Monasterio empleaban los estudiantes media hora, y tenían otra media para desayunar en la cercana Hostería. A las diez comenzaba la sesión de clase de la mañana. Después de ella quedaba tiempo libre que la mayoría dedicaba a los baños en la ría, empleando para eso el pequeño embarcadero de La Rábida; y al fútbol, deporte omnipresente en España. Para los menos activos, estaba el pimpón o el croquet y no faltaba quien gustara del mus y del dominó. El esparcimiento se prolongaba hasta las dos de la tarde, hora del almuerzo según la costumbre española.

Tras el postre se servía café. Era el prólogo a la tertulia informal en la que participaban profesores y alumnos; aquella taza tenía perfiles, todo hay que decirlo, de obligada precaución ante el sueño postprandial casi inevitable por la elevada temperatura y por el cansancio acumulado si se había practicado algún deporte. Finalizada la tertulia, quedaba tiempo suficiente para echar la siesta, reposar bajo los pinos, estudiar o simplemente continuar la discusión, pues la tertulia principal tenía la virtud de dividirse, como por un proceso de mitosis celular, en otras pequeñas tertulias que hacían la conversación interminable. De cinco a seis, se impartían las clases de la tarde. Terminadas éstas, a eso de las siete y media, comenzaba el tiempo libre destinado oficialmente «para paseo y actos extraordinarios». A las nueve, se servía la cena en la Hostería.

Acabada la cena, nunca antes de las diez, los alumnos emprendían el retorno a Huelva por los mismos medios de la mañana, llegando a la ciudad al filo de las doce y dispuestos a animar las tertulias de la noche estival. Estas costumbres nocturnas, impuestas por la necesidad de pernoctar en localidad diferente de aquella en la cual se desarrollaba el curso, dieron ocasión a que los rabideños recibiesen el mote de «los murciélagos» con que la juventud femenina de Huelva los obsequió.

Tal fue el inicio de la inquebrantable costumbre rabideña de pasar las noches de claro en claro. La construcción de la Residencia de la Universidad haría pronto innecesarios los desplazamientos. No obstante, como se verá, la sesión de cine después de la cena y, finalizada la proyección, la tertulia bajo los pinos, permitirían continuar la tradición trasnochadora.

Cambios y omisiones

El doce de septiembre de ese mismo año, el Ministerio de Educación creaba las Secciones de Historia de América de las Facultades de Filosofía y Letras de las Universidades de Madrid y Sevilla. Este acontecimiento, ferientemente deseado por los especialistas de esa rama del saber, venía a remediar una omisión poco menos que inexplicable en el país que poseía y posee los fondos más ricos del mundo en historia americana. No obstante, en la Facultad de Letras de Sevilla se planteaba con esto una incómoda situación al no quedar debidamente delimitadas las funciones de la recién creada Sección de las que correspondían a la Escuela de Estudios Hispano-Americanos.

A comienzos del año de 1946, un nuevo Decreto³ viene a poner remedio a la antedicha situación. Tal Decreto suponía la independencia legal de la Universidad de Verano de La Rábida respecto a la Escuela de Estudios Hispano-Americanos, si bien ésta sigue informando las directrices de La Rábida por coincidir de hecho en la persona de Rodríguez Casado los cargos directivos de ambas instituciones. Aunque el Decreto hubiera podido ser aprovechado por el legislador para ocuparse también de concordar la composición del Patronato de La Rábida con los cambios jurídicos que se habían producido desde 1943, es lo cierto que en aquél no se menciona dicha cuestión. En cambio, se da la curiosa circunstancia de que se introduce como de soslayo un nuevo concepto del cometido de la Universidad que contrasta, por su ambición y amplitud, con el señalado por el Decreto fundacional.⁴ En efecto, mientras éste determinaba que la Universidad de Verano cumpliría funciones de «extensión universitaria» respecto a la Universidad de Sevilla, la Escuela de Estudios Hispano-Americanos y la Delegación sevillana del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, el nuevo Decreto aludía a «cursos de ampliación», cuyo significado es, obviamente, muy distinto y de mucho mayor alcance que el que le había sido acotado primeramente.

³ Decreto de once de enero de 1946 (publicado en el *Boletín Oficial del Estado* de 28 de enero de 1946) por el que se deslindan los fines específicos de la Sección de Historia de América y la Escuela de Estudios Hispano-Americanos de Sevilla. El texto completo figura como anexo 2 de este mismo escrito.

⁴ Véase anexo 1.

La Universidad estrena sede

Ese año, un tanto precipitadamente, pues no han sido concluidas las obras,⁵ la Universidad de La Rábida estrena la sede en que ha permanecido desde entonces. Se utiliza sólo la planta alta del hermoso edificio de estilo colonial para alojar a los alumnos y profesores. A partir de entonces los estudiantes abandonan su obligada y diaria trashumancia desde Huelva al Monasterio y viceversa. Con esto, los viajes en la barca de Bocanegra, que se motorizará al final de la década, dejarán de ser necesidad inevitable para convertirse en motivo de solaz en las frecuentes escapadas a Punta del Sebo o a la vecina capital onubense.

La presencia continua de profesores y de alumnos en La Rábida, con lo que eso supone en el aislamiento de aquellos tiempos, obliga a todos, a partir de este año, a cambiar los hábitos y exige a don Vicente comportarse como un capitán de barco o como el alcalde de una pequeña aldea que tiene que ocuparse desde el aprovisionamiento de víveres hasta el suministro de agua, la asistencia médica y los servicios farmacéuticos, además de procurar entretenimientos adecuados a los estudiantes.⁶ La llamada Galería de Profesores, con espléndida vista sobre la confluencia del Tinto y del Odiel, sustituye al Mirador de los Frailes como lugar de reunión de los profesores en los escasos momentos en que éstos no están en compañía de los estudiantes.

La convivencia entre unos y otros se hace más estrecha; surge la apetencia de prolongar, al aire libre, las conversaciones de sobremesa después de la cena. Comienza así a formarse la tertulia nocturna como mero resultado de la efervescencia intelectual en que se vive. Completamente irregular al principio, terminará institucionalizándose, aunque nunca perderá la libertad de su planteamiento ni la informalidad de su desarrollo. Nació esta tertulia, pues, de un modo espontáneo, pero no por casualidad. «El de La Rábida era precisamente el ambiente en que podía surgir. Pronto se convirtió en uno de los pilares de la convivencia. Eran dos, tres o más horas de conversación libre, muchas veces chispeante, con frecuencia profunda y siempre grata, que resultaba, como hoy se dice un poco románticamente,

⁵ Los trabajos habían comenzado el año anterior bajo la dirección del arquitecto Francisco Sedano Arce. Aprobado el proyecto por la Dirección General de Enseñanza Universitaria el 24 de marzo de 1944, las obras comenzaron en noviembre de ese mismo año.

⁶ Testimonio verbal facilitado por Octavio Gil Munilla.

como en la antigua Grecia.»⁷ Las clases siguen impartándose en el vecino Monasterio. Se almuerza y se cena, como antes, en la vecina Hostería. El ciclo que se desarrolla durante el curso de 1946 se titula «América durante la Independencia y la Edad Moderna».

La denominación de Hispano-Americana

La reforma del *status* jurídico se completa en 1947. El Decreto de treinta y uno de enero de ese año,⁸ además de dar a la hasta entonces Universidad de Verano de La Rábida la nueva denominación de Universidad Hispano-Americana de Santa María de La Rábida, se ocupa del tema pendiente: la reorganización del Patronato. Éste queda constituido por un Presidente —debía serlo como hasta ahora el propio Rector de la Universidad de Sevilla—; un Vicepresidente, cargo que se reservaba al Presidente de la Delegación sevillana del Consejo Superior de Investigaciones Científicas; y diez vocales, tres de los cuales pertenecían a la órbita de dicho Consejo: el Secretario de la Delegación sevillana antedicha y el Director y el Vicerrector de la Escuela de Estudios Hispano-Americanos. La novedad estaba representada por dos vocales que procedían de las instituciones que tenían encomendada la acción cultural española en el exterior: el Instituto de Cultura Hispánica⁹ y la Dirección General de Relaciones Culturales. Ese año se terminan las obras de la Residencia prematuramente inauguradas el año anterior y el curso alcanza la concurrencia más numerosa, con más de cien personas entre profesores y alumnos. En el comedor se reserva una mesa para los profesores y se establece la costumbre de que con ellos coman siempre, en turnos rotativos, algunos estudiantes. El ciclo desarrollado durante el curso se titula «Hernán Cortés, conquistador de México».

Al año siguiente, 1948, a sugerencias de Daniel Vázquez Díaz, Catedrático de pintura mural de la Academia de San Fernando y huésped habitual de La Rábida como amigo de Rodríguez Casado, empiezan a acudir a los

⁷ Testimonio verbal facilitado por Jesús Arellano Catalán.

⁸ Decreto de 31 de enero de 1947 (publicado en el *Boletín Oficial del Estado* de 6 de febrero de 1947) por el que se modifican la denominación y el Patronato de la Universidad de Verano de La Rábida. Véase texto completo en el anexo 3.

⁹ El Instituto de Cultura Hispánica, que sustituyó al Consejo de la Hispanidad, fue dirigido —desde su creación en 1946 hasta 1948— por Joaquín Ruiz-Jiménez, quien este último año pasa a desempeñar el cargo de Embajador ante la Santa Sede, del que saldrá para ser Ministro de Educación Nacional.

cursos como artistas pensionados, un grupo de alumnos de la Escuela Superior de Bellas Artes Santa Isabel de Hungría, de Sevilla, y de la Escuela de San Carlos, de Valencia.

El cine y la «tertulia de los grillos»

El ambiente convivencial va cuajando en nuevas modalidades: con la adquisición de un proyector, las noches, después de cenar, se ven animadas por las sesiones de cine que surten el efecto de «empujar» la tertulia nocturna hasta la madrugada, viva prueba de que, cuando hay interés por la palabra y el diálogo, la imagen meramente distractiva no puede suplantarlos. En la tertulia nocturna se hablaba de todo, incluso de cine, por supuesto. El ambiente de aquella reunión era lo más informal que puede darse; bajo los pinos, sin otro contratiempo que las picaduras de los mosquitos, profesores y alumnos, sentados o tendidos sobre la hierba —en sillas de tijera los de más edad o los menos ágiles entre los docentes—, prolongaban la conversación por horas que se hacían cortas, formando la que vino a llamarse «tertulia de los grillos» por los innumerables que en la pineda cantaban desde la hora de poniente hasta el amanecer. «La accesibilidad de los profesores daba pie a un diálogo que proseguía mientras estaban entre nosotros, y era frecuente que se quedasen un par de días o que volviesen mientras duraba el curso», dice un alumno de aquel año.¹⁰

En 1948 acudieron al curso alumnos extranjeros que ganaron fama de originales o atrevidos: el francés Pierre Daubergne y el alemán Hans Oster, aplaudidos por sus temerarias hazañas en el agua y ante las vaquillas, y Ernesto Lunardi, el italiano que deslumbra a los españoles por su diluvial erudición sobre Cadalso. Este año, que coincide con la conmemoración del VII centenario de la Reconquista de Sevilla por el Rey Santo, el curso de verano versa sobre «Sevilla y América».

Línea ascendente

El año de 1949, el tema central del curso es el de «Instituciones políticas en Indias». La parte sustancial de este ciclo la ocupan las cinco conferencias de Calderón Quijano, antiguo Secretario de La Rábida, que ese mismo año ha ganado la cátedra.

¹⁰ Testimonio de Luis Ignacio Seco.

Marcando una línea ascendente desde el año de 1947, son admitidos este año 57 estudiantes. Uno de éstos, Manuel Olivencia, encuentra que hay una decidida voluntad de «hacer coincidir plurales procedencias y mentalidades»: enseñan en La Rábida Ramón Carande, Manuel Giménez Fernández, Florentino Pérez-Embid, Juan Manzano y Manzano, Guillermo Lohmann Villena, Richard Konetzke, José Antonio Calderón Quijano, Miguel Royo, Enrique Marco Dorta, Mariano Aguilar Navarro, Antonio Muro Orejón... «Las controversias doctrinales avivan el calor de aquel curso de verano; pero, sobre todo, encienden el interés de los jóvenes.»¹¹

El curso de 1950, estructurado en torno al título genérico de «El mundo Hispano-Americano», coincide con el último de Rectorado de Mota Salado. En el programa se plantean ya «conferencias de tema libre». La necesidad de procurar entretenimiento a los estudiantes y de diversificar la práctica de los deportes, han llevado a encargar a una empresa del País Vasco la fabricación de traineras, chinchorros y piraguas que este año hacen su primera aparición en la Universidad. Desde entonces, la preparación de las regatas va a captar el esfuerzo de muchos de los rabideños. Comienza también a tomar cuerpo la especie, bien fundada, de que don Vicente, que hace de patrón en la trainera negra, favorece descaradamente a sus remeros proporcionándoles una alimentación extraordinaria.

En 1951 se renueva la Junta Rectora o Comisión de Gobierno de la Universidad de La Rábida, apareciendo por primera vez Rodríguez Casado como Rector de dicha Junta, siendo Vicerrector Octavio Gil Munilla, Ángel Martín Moreno Jefe de Estudios, y Carlos Corona Baratech, Secretario. La duración del curso estival alcanza los cuarenta y cinco días y su inauguración se adelanta al mes de agosto. Cuajan iniciativas que se han de mantener en años sucesivos. Así, comienza a darse más importancia a los temas de historia americana contemporánea. Se introducen también los Seminarios de Actualidad, que ya no versarán necesariamente sobre temas de Historia de América y que alcanzarán su plenitud cuatro años después bajo la forma de coloquios culturales.

También en 1951, Carlos García Oviedo sustituye al fallecido Mota Salado en el Rectorado de la Universidad hispalense y en la Presidencia del Patronato de la Universidad de La Rábida. Otros cambios vienen a alterar las relaciones de La Rábida con las instituciones que le han ayudado. Fernández Cánepa es relevado por Francisco Summers e Isern como Gobernador Civil de Huelva. José Ibáñez Martín es sustituido por Joaquín Ruiz

¹¹ Testimonio de Manuel Olivencia.

Jiménez en el Ministerio de Educación. Acuden ese año al curso sesenta y dos alumnos. Entre ellos, uno, que más tarde llegaría a ser Catedrático de Filosofía, hijo de un republicano muerto en el exilio, encuentra en La Rábida «algo parecido a lo que Hegel llamaba la reconciliación con la realidad entorno. La Rábida contribuyó a liberarme de la experiencia de estar inmerso en un ambiente asfixiante.»¹² Una presencia se ha hecho constante en La Rábida desde 1948: la de los jóvenes pintores de la Escuela Superior de Bellas Artes Santa Isabel de Hungría, de Sevilla; ese otoño, sus obras serán expuestas, con gran afluencia de público, en el Club La Rábida de Sevilla.

Crecimiento y dificultades

El curso de 1952, el décimo desde 1943, es inaugurado por Cristóbal Bermúdez Plata, nuevo Rector de la Universidad de Sevilla y Presidente del Patronato de la Universidad Hispano-Americana de La Rábida. Ese año, el número de profesores supera al de alumnos: sesenta profesores frente a cincuenta y tres alumnos, incluidos los tres pintores pensionados. Esta eclosión esconde, sin embargo, el nacimiento de algunas dificultades que han surgido con ocasión de los cambios ministeriales del año anterior. En previsión de mayores dificultades, Rodríguez Casado toma sus precauciones: delega prácticamente todas sus funciones en sus más estrechos colaboradores y se dedica a establecer contactos y a activar influencias en Madrid para tratar de salvar a La Rábida. En las regatas, como es casi usual, gana la trainera de don Vicente, pero esta vez con veinte minutos de ventaja. Obsequiada la tripulación con un aperitivo en la Galería de Profesores, entra Lola, la jefa de servicio, con un telegrama. don Vicente lo lee en voz alta: «Ministro de Educación Nacional felicita tripulación trainera vencedora.» Pese a los apuros ocasionados por el Ministerio, aún queda tiempo y ocasión para una broma a su costa.¹³

Los cursos siguientes, 53 y 54, son años de crisis. No obstante las crecientes dificultades, nacidas de la estrechez presupuestaria, el número de alumnos y profesores se mantiene a nivel parecido al de los cursos anterior-

¹² Testimonio de Leonardo Polo. Añade Polo: «La Rábida era el diálogo a cualquier hora y, sin falta, después de la cena en el despacho de D. Vicente, donde se convertiría en un debate con bastante carga crítica, como corresponde a los que tocan las ideas sin aferrarlas todavía y quieren desprenderse de fórmulas muertas.»

¹³ Testimonio de Eduardo López Pérez, donde también relata otras anécdotas de aquel año.

res. El de 1954 es inaugurado por Mons. Cantero Cuadrado, primer Obispo de Huelva, quien diserta en esa ocasión sobre el tema «La Iglesia en Hispanoamérica». Ese año se suprimen las conferencias aisladas y se busca una mayor consistencia de los cursos con la ampliación de los seminarios hasta un total de 24, cuatro para cada una de las seis semanas del curso. Este año acuden 59 alumnos.

Por estas fechas La Rábida es ya una institución de consolidado prestigio. Rodríguez Casado la conduce con su peculiar estilo en el cual se mezclan su sentido de la responsabilidad personal «sin límites en el tiempo ni en la entrega»,¹⁴ con su habilidad poco común para manejar las circunstancias y adelantarse a los acontecimientos. Cualidades reconocidas en el Rector rabideño son su buen criterio para elegir a sus colaboradores, así como su capacidad de mantener cordiales relaciones con el alumnado.¹⁵

Al concluir estos primeros diez años, el éxito de La Rábida es notable. No obstante, los relevos en los puestos políticos determinarán una disminución de las influencias personales de Rodríguez Casado y conducirán a la Universidad Hispano-Americana a una situación de crisis respecto al Ministerio de Educación.

¹⁴ Testimonio verbal facilitado por Octavio Gil Munilla.

¹⁵ Para esta década, véanse también los testimonios de Jaime Altozano Moraleda, Miguel Álvarez Morales —especialmente interesante en lo que se refiere al homenaje de Fuentepiña—, Francisco Andrés Orizo, Alberto Ballarín Marcial, Aquilino Duque, Juan Gómez Arjona, Alberto de la Hera, Gonzalo Herrera, John Philip Hunt, José Jiménez Blanco, Jerónimo Martel Dávila, José Antonio Martínez Doral, José Martínez Fons, José Martínez López, Carlos Molina Argüello, José Luis Murga Gener, Manuel Navarro Palacios, José Julio Perlado, Pedro Rodríguez, Francisco Sánchez-Apellániz, Juan Luis Gutiérrez Rubio y Andrés Vázquez de Prada.

CAPÍTULO VIII

LA HISPANIDAD SIN MAYÚSCULA

Cuando nace la Universidad de La Rábida, un enfoque muy distinto al de hoy presidía las relaciones entre los pueblos. Enzarzado el mundo en una Guerra Mundial que pronto sería sustituida por una Guerra Fría, carecía de momento de los instrumentos que a partir de la Carta de San Francisco y de los acuerdos de Bretton Woods decidirían la estructura de las relaciones políticas y la configuración de mercados y finanzas. El Fondo Monetario Internacional y el Banco Internacional para la Reconstrucción y el Desarrollo, instituciones nacidas de aquellos acuerdos, no habían visto la luz todavía. La mentalidad desarrollística, que cuatro lustros más tarde iniciaría la transformación material de la sociedad española,¹ no había hecho su aparición en el escenario mundial. África, con la única excepción de Liberia, y buena parte de Asia y de Oceanía permanecían bajo una forma u otra de control colonial que incluía una forma específica de configurar el mercado y de considerar la cultura. Los países que, décadas después, serían llamados el «Tercer Mundo» constituían, pues, responsabilidad de sus respectivas metrópolis mientras no llegase el momento de que soltasen amarras bajo el principio de autodeterminación que implantaría la Organización de las Naciones Unidas. En consecuencia, a nadie se le hubiere ocurrido pensar siquiera que los países de lengua española del continente americano pudiesen un día ser contados en la misma categoría respecto a su desarrollo social y económico que los países que pronto iban a ser descolonizados. América, como parte más joven del «mundo civilizado», como entonces se decía, conservaba todavía un prestigio de tierra prometida que pronto iba a ser reafirmado por la generosa acogida a la emigración europea posterior a la II Guerra Mundial.

¹ El I Plan de Desarrollo data de 27 de diciembre de 1963.

Hay que añadir también que, a diferencia de lo que acontece ahora, los problemas económicos y financieros no representaban una espada de Damocles que pendía sobre la existencia de los países iberoamericanos, fuesen cuales fuesen las dificultades con que éstos se enfrentasen. De hecho, todavía estarían envueltos durante algún tiempo en la ola de prosperidad que les proporcionaba la gran demanda de materia prima provocada por la II Guerra Mundial y se veían rodeados del halo de respeto internacional que propiciaron de consuno la política de «Buena Vecindad» del Presidente Franklin Delano Roosevelt y la doctrina panamericanista que habían sustituido a la del «Big Stick».

La consideración de cada uno de aquellos países en particular daba, por lo regular, una impresión halagüeña. Esto era especialmente cierto para los países más grandes. La Argentina, tras décadas de progreso y de acumulación de riqueza, era, a ojos de todos, una promesa para el mundo. Su trigo y su carne habían contribuido a paliar en España la escasez de alimentos de la postguerra civil.² México, al que su régimen político alejaba de toda posibilidad de relaciones oficiales con la España surgida del triunfo de la causa nacional en la Guerra Civil, había acogido a numerosos intelectuales y universitarios españoles del exilio y esta circunstancia, por encima y a pesar muchas veces de los condicionamientos ideológicos, iba a significar mucho en orden a la unidad de la invertebrada comunidad hispanoamericana, en un momento en que la república mexicana afirmaba su estabilidad política y económica con reformas importantes y bregaba por levantar la bandera de su liderazgo cultural en la América, más al Sur del Río Grande, a través del Colegio de México.

En cuanto a los demás países, el referido cambio de orientación de la política norteamericana ayudó a la implantación de una época de relativa estabilidad y de coherencia internacional que contribuyó no poco a dar prestigio al conjunto. La cuantiosa demanda de materias primas para el sostenimiento del esfuerzo bélico de los Aliados generó, en la franja intertropical del continente, una prosperidad material que facilitaba los planteamientos optimistas.

Un conjunto de afectos y valores históricos

Partiendo de estas premisas, se entiende perfectamente que la cooperación económica o puramente técnica no monopolizara la atención de las perso-

² Un convenio hispano-argentino sobre cereales fue firmado el 13 de mayo de 1942.

nas e instituciones interesadas en estudiar o en fomentar las relaciones entre los pueblos, y menos aún en una España empeñada todavía en superar las heridas de la guerra civil y que no tenía nada material que ofrecer. Todo coincidía, pues, para que, desde las instancias de la política o de la cultura tanto de España como de los países iberoamericanos, se hiciese hincapié, con toda naturalidad, en los vínculos nacidos de la historia y de la comunidad de idioma y de religión, factores considerados como configuradores de la realidad sustantiva de esos países, y no como meras superestructuras sujetas a lo económico, tal como querría el planteamiento marxista que más tarde sería objeto de extendida aceptación.³

La hispanidad fue en sus comienzos, paulatinos y muy anteriores a la Guerra Civil, un conjunto de afectos y valores históricos afirmadores de la trascendencia del quehacer humano de los españoles en la historia que no ideología encaminada a la consecución del poder o de la hegemonía de un grupo nacional, étnico o social. A la formación del cuerpo de pensamiento de la hispanidad habían contribuido españoles e hispanoamericanos de diversa ubicación política, anímica, cultural y hasta racial. Aunque su propia dinámica intelectual la impulsaba a planteamientos humanistas de signo universal, la hispanidad sería convertida en baza política por el nacionalismo español e hispanizante inducido a oponer una barrera ideológica ante los avances del «internacionalismo» marxista-leninista que había adquirido gran pujanza a partir de 1917 y que en la década de los treinta accedería al poder, en España y en Chile, por medio del Frente Popular. Falange Española incluyó a la hispanidad en sus puntos programáticos (1934) y, de una forma u otra, lo hicieron todos sus epígonos americanos, cuya historia aún está por hacer.

En lo que a España se refiere, el concepto cultural y humanista de la hispanidad fue sometido a un troquelado político afín al totalitarismo que llevó a la creación del Consejo de la Hispanidad como centro rector de una política cultural proyectada desde los centros de Gobierno. Este planteamiento, que había comenzado por sacralizar lo que era —con todos los aspectos trascendentes que se quiera— meramente cultural y humanístico, había terminado por estatalizar lo que se estimaba como sacro. La comprobación de los recelos que por diferentes motivos este hecho suscitaba tanto en los foros internacionales como entre los mismos católicos supuestamente

³ Cfr. Leonardo Polo Barrena, «La teología de la liberación y el futuro de América», en *Estudios en homenaje a su (sic) primer Rector y Fundador de la Universidad Hispano-Americana Dr. Vicente Rodríguez Casado*, Madrid 1988, pp. 235-281.

favorecidos con esa tendencia ocasionó en 1946 la sustitución del primitivo Consejo de la Hispanidad por el Instituto de Cultura Hispánica. No obstante, la mentalidad de regiduría autoritaria de la cultura pervivió, bien que bajo formas ilustradas, en algunos sectores católicos donde se mostraba muy viva la atracción del corporativismo como freno de la lucha de clases e instrumento eficaz para cristianizar la vida pública.

Un punto de vista cultural y humanístico

Ésta era la compleja realidad de aquel momento, la única en que podía desarrollarse toda teorización y toda actuación tocante a los países de habla española y donde también se insertaba, desapercibido, el punto de vista cultural y humanístico de Rodríguez Casado compartido por los profesores que conseguiría aglutinar en torno suyo.

«La Universidad Hispanoamericana de La Rábida nació con el pensamiento puesto en el estudio y, en su caso, explicación de los valores que significa la hispanidad. Con minúscula y no con mayúscula, porque se pretendía desde el comienzo huir de esa tendencia, tan contemporánea, de la «política cultural». Una de las primeras cosas que se debatieron fue el término que debía utilizarse: Hispanoamérica, Iberoamérica o Latinoamérica. La decisión fue, simplemente América, porque lo sustantivo, en España y en el Nuevo Mundo, no debía ser recortado por calificativos que parecen introducir segundas intenciones. De La Rábida partió la idea de Colón, no sus carabelas, y a ella había que regresar para otro género de descubrimientos.

»América es, en la conciencia europea, un proceso histórico de ida y vuelta, de curso y recurso, como diría Vico: es cierto que al principio se trató de un descubrimiento europeo, entre otras cosas, porque sólo Europa y, en ella, la Península Ibérica, había alcanzado el grado de avance técnico necesario para cruzar el mar. Se descubre lo que está oculto y, por consiguiente, lo desconocido. Colón no encontró lo que buscaba, desveló algo ignoto. La reacción inicial de los europeos, pasados apenas unos primeros años decepcionantes, no consiste en explotar un comercio, sino en construir al lado de allá un mundo nuevo. Así lo llaman. Pero en el correr del tiempo, ese mundo nuevo, que es como una planta que surge de una semilla depositada en la tierra, acaba construyendo su propia identidad. Y entonces el proceso se invierte: España empieza a recibir de América hasta un punto tal que todo lo que culturalmente es se torna incomprensible si no se tiene en cuenta el legado americano.

»La empresa que, en los ya lejanos años cuarenta, imaginaron los hombres que crearon La Rábida era precisamente analizar, comprender y ordenar esos aportes. En un mundo sacudido por los materialismos de diverso signo que, precisamente por aquellos años, desembocaban en una tragedia de grandes proporciones precisó reencontrar las líneas esenciales de una herencia espiritual, la nuestra, que constituye un patrimonio. Para ello, lo importante era dejar que discurrieran libres las opiniones, que se encontrasen personas de distinta formación y línea de pensamiento, que nadie tratara de imponer a nadie lo suyo, pero que todos se pusiesen en talante de escuchar.»⁴

Este punto de vista cultural y humanístico estaba abocado a entrar en conflicto con otra corriente que, desde instancias de gobierno, aspiraba a regir la cultura —en nuestro caso, los medios culturales relacionados con el mundo americano—, de acuerdo con una interpretación unidireccional de la Hispanidad, con mayúscula, sustentada por otros cristianos que por entonces trataban de modular en un sentido intelectual e ilustrado al Movimiento Nacional.⁵ Esta corriente llegó a aglutinarse en torno a Joaquín Ruiz-Jiménez, que ocuparía la cartera de Educación Nacional desde el 18 de julio de 1951 al 16 de febrero de 1957.

Problemas con el equipo ministerial

Aparte de esta proclividad al dirigismo de la cultura en el nuevo equipo ministerial, postura que de alguna forma se daba por supuesto en el régi-

⁴ Este resumen, que recoge la posición de La Rábida respecto a la hispanidad, es de Luis Suárez Fernández, en *Papeles de La Rábida*, N.º 1, Madrid, diciembre de 1992. Valga la extensión de la cita por la claridad de la exposición.

⁵ El paso de Ruiz Giménez por el Ministerio de Educación no se vio reflejado en una liberalización de la Universidad como lo demuestra en el campo legislativo el reglamento de disciplina académica de 1954, que no es precisamente un modelo de apertura. La evolución de Ruiz Giménez comenzó al ser depuesto de su cargo de Ministro, al menos en lo que a su exteriorización se refiere. En la década de los cincuenta, hasta 1956, era un hombre del Régimen, bien que observador de la situación europea donde la democracia cristiana era principal factor de estabilización; y un católico practicante y docto que creyó honradamente que debía contribuir a mejorar al Régimen franquista en el punto concreto de la Universidad donde la poderosa presencia del SEU teñía de fuertes matices de totalitarismo al régimen autoritario de Franco. Uno de los participantes en la crisis de 1956 se expresa así al respecto: «No planteaba esto como un enfrentamiento, y es más, es bien sabido que entendió que no se podía hacer esto humillando o desplazando a la Falange, sino por una entente con ella.» Manuel Fraga Iribarne, en Manuel Milian Mestre, *Fraga Iribarne, retrato en tres tiempos*, Barcelona 1975, p. 65.

men de Franco, ningún hecho concreto hacía presagiar el mal momento que se avecinaban para La Rábida. El nuevo Ministro, durante el brevísimo tiempo que ejerció como catedrático de Derecho en la Universidad hispanolusa, se había alojado en la Residencia de la Escuela de Estudios Hispano-Americanos y había asistido como profesor al tercer curso de La Rábida en 1945. A su vez, Joaquín Pérez Villanueva, nuevo Director de Enseñanza Universitaria, había impartido clases allí durante seis cursos consecutivos, los que van del III al VIII, o sea desde 1945 al 1950, y volvería a hacerlo en el X (1952). Por otra parte, los objetivos y el planteamiento de la Universidad de La Rábida seguían siendo los mismos desde su fundación y Rodríguez Casado actuaba de la misma manera que siempre lo había hecho.⁶

Sea como fuere, las relaciones con el Ministerio entrarían pronto en dificultades y, por reacción explicable, tal deterioro se vería reflejado en una menor cordialidad de las autoridades académicas y civiles de Sevilla y Huelva respecto a La Rábida.⁷ Intentando evitar que la situación empeorara, hubo de acudir Rodríguez Casado a todos sus contactos en Madrid, delegando en Octavio Gil Munilla lo concerniente a la gestión inmediata y al trato directo con las autoridades locales. No obstante los esfuerzos desplegados por ambos para evitarlo, el rompimiento con el Ministerio de Educación Nacional se produciría definitivamente con ocasión de preparar el curso de 1955, cuando la Dirección General de Universidades negó su apoyo económico a la Universidad Hispano-Americana. La gravedad de la situación sólo puede valorarse si se piensa que los recursos de La Rábida provenían en gran parte de dicho Ministerio.

La medida, que de haber tenido éxito completo hubiera supuesto la muerte de la actividad universitaria en La Rábida y el cese de su equipo de gobierno, convirtió la organización de ese curso en un verdadero plebiscito. Las invitaciones a los profesores que habían de participar fueron enviadas por Gil Munilla con la advertencia de que no había seguridad de poderles abonar retribución alguna. La respuesta fue unánime, sin que ni uno solo de los invitados, fuese cual fuese su ideología (desde José de la Peña, Giménez Fernández, Aguilar Navarro, Moreno Báez o Alfonso de Cossío hasta Hernández Díaz, Miguel Royo, José María Pemán, Gutiérrez-Alviz o

⁶ Los datos fueron facilitados verbalmente por Octavio Gil Munilla, a quien citaremos repetidamente a lo largo de esta exposición. El relato de los acontecimientos de Pedralbes proviene del propio Rodríguez Casado.

⁷ Gil Munilla recalcó siempre la corrección formal que en todo momento tuvieron las autoridades en su trato personal.

Sánchez Agesta), rehusaran acudir a la convocatoria.⁸ Estudiar más detenidamente el sentido de esta pugna que, para comenzar, se da entre elementos básicamente homogéneos y definibles objetivamente como cristianos y franquistas excede las aspiraciones de este trabajo. No obstante, es inevitable aludir a ella en un intento de hacer inteligible la situación.

Hispanismo oficial

A este respecto, no cabe la menor duda de que una intención apostólica, paladinamente demostrada, presidía entonces las intenciones de lo que podríamos llamar el Hispanismo oficial. En la inauguración en Madrid de la I Asamblea de Universidades Hispánicas (5 de octubre de 1953), convocada con ocasión del VII Centenario de la Universidad de Salamanca, Pedro Laín Entralgo, Rector de la Universidad Central y Presidente de dicha Asamblea, «tras proponer como fórmula de la vida universitaria la identificación del sentido religioso y del amor a la ciencia —que fuera en Santo Tomás, Norte—, propone la creación de una Universidad Hispánica, capaz de canonizar cuantas actividades universitarias nazcan de esta gran comunidad de países.»⁹

La sesión plenaria de la Asamblea, que se reúne el 10 de octubre en Salamanca —de cuya Universidad era Rector Tovar—, trató del proyecto «acordando la designación de una comisión que se encargara de redactar la estructuración de dicha Universidad Hispánica».¹⁰

Planteamiento tan ambicioso no llegaría a convertirse en realidad, pero a finales de 1955 parecían estar preparadas una serie de medidas encaminadas a conseguir el control oficial de las actividades americanistas a través del Instituto de Cultura Hispánica, entonces bajo la dirección de Alfredo Sánchez Bella, y que comprometía la futura labor de la Escuela de Estudios Hispano-Americanos y de la Universidad de Santa María de La Rábida.

Enterado Rodríguez Casado¹¹ dos o tres días antes, por confidencia del ex-ministro Ibáñez Martín, de que el proyecto sería presentado en el Consejo de Ministros que el día 3 de octubre iba a celebrarse en Barcelona, hizo

⁸ De acuerdo con el testimonio verbal suministrado por Gil Munilla.

⁹ Según comunicado difundido por la Agencia EFE.

¹⁰ Según comunicado de la Agencia EFE.

¹¹ Todo el relato posterior ha sido escuchado por el autor de boca del propio Vicente Rodríguez Casado.

encuadernar a toda prisa ejemplares de los cien primeros libros editados por la Escuela de Estudios Hispano-Americanos de Sevilla, con la intención de hacérselos llegar a Franco antes de aquella fecha. Conocía Rodríguez Casado la nula inclinación del Caudillo a apoyar utopías frente a realidades tangibles, y confiaba en que los libros atestiguaran por sí mismos la solidez intelectual de la institución que los había publicado.

No obstante, la premura vino a disponer los acontecimientos de otra manera. No siendo posible hacer llegar los libros por correo ordinario, fue el propio Rodríguez Casado quien se encargaría de llevarlos personalmente a Barcelona, adonde llegó la tarde del día dos. Careciendo de tiempo para afinar en los contactos que le facilitasen el acceso a Franco, optó Rodríguez Casado por hablar con el Jefe de la Guardia encargada de la custodia del Palacio. Sólo esgrimió como argumento que deseaba hacer al Generalísimo regalo de unos valiosos libros y alegó como «salvoconducto» el ser hijo del General de Ingenieros Vicente Rodríguez, amigo personal de Franco. En una sucesión de decisiones que pueden asombrar a cualquiera que no esté avisado respecto al valor que en las sociedades hispánicas se suele dar a la confianza personal, a la amistad y a lo que en un sentido amplio podríamos llamar relaciones de clientela, el capitán accedió a la petición; él mismo introdujo a Rodríguez Casado al interior del Palacio y le ayudó a colocar los libros, acompañados de una carta explicatoria, en el despacho vacío.

El Consejo de Ministros se celebró, como estaba previsto, por la mañana del día 3, con la asistencia, según el comunicado oficial,¹² del Secretario de la Presidencia, y de los Ministros de Asuntos Exteriores, Justicia, Ejército, Marina, Hacienda, Gobernación, Obras Públicas, Educación Nacional, Industria, Agricultura, Secretaría General del Movimiento, Aire y Comercio. La proposición del Ministro de Educación no prosperó. Al parecer, las palabras desalentadoras de Franco impidieron incluso la discusión.

Años de estabilización

Los años posteriores fueron para La Rábida años de estabilización. El número de alumnos se fijará en torno a los sesenta. La actualidad está plenamente inserta en los cursos. El entorno rabideño ha comenzado a modificarse. España planifica su futuro y las transformaciones alterarán incluso

¹² Tal comunicado fue dado a la prensa por la Delegación Provincial del Ministerio de Información y Turismo.

el pórtico mismo de las tierras del Descubrimiento. En 1957, don Vicente es captado por la política.¹³ Esto determinará otras proyecciones de La Rábida.¹⁴ La actividad y las inquietudes de los antiguos alumnos abrirán nuevos cauces en la sociedad que va adquiriendo singular dinamismo. Surgirá la Asociación, y con ella los Ateneos. Pronto vendrán los cursos para maestros y maestras nacionales. El avance femenino en las aulas universitarias comienza a adquirir un peso decisivo. Vino nuevo para odres nuevos. Se piensa en el porvenir y para él se trabaja.

¹³ Lo impulsó la convicción de que La Rábida estaría mejor defendida así desde el flanco donde más peligros parecían amenazarla. Quien lo convenció de esto no fue, como se cree, Florentino Pérez-Embido, sino José Luis Villar Palasí. Véase el testimonio de este último.

¹⁴ Miguel Rodríguez-Piñero y Bravo-Ferrer las califica de «las otras Rábidas de don Vicente». Véase su testimonio en este volumen.

CAPÍTULO IX

NUEVAS PROYECCIONES

El tiempo que va desde la crisis de 1954-1955 hasta el año de 1967, en que cumple sus primeros veinticinco años de existencia, supone para La Rábida un constante diálogo con las exigencias de cada momento y un esfuerzo sin desmayos por dar respuesta a los nuevos retos con que se enfrenta. En España, a la época de forzada autarquía va a seguir la de estabilización y de planificación del desarrollo económico-social; en consecuencia, el nivel de vida, la distribución geográfica de la población y la enseñanza van a experimentar un vuelco. El recogimiento casi idílico que convertía a la Universidad de verano y su entorno en una verdadera ínsula en el sentido de pequeño «virreinato» o «satrapía», lugar de retiro temporal casi ajeno a influencias externas, va a desaparecer prontamente con la vecindad del polígono industrial y con la construcción del puente sobre el río Tinto.

Son años en que Huelva crece, y la Universidad se adapta a las nuevas necesidades.¹ Los rabideños inician con la Asociación de antiguos alumnos un nuevo empeño muy de acuerdo con las demandas sociales. Pronto, tal esfuerzo desembocará en la creación de los Ateneos de Obreros y Uni-

¹ Para este periodo, véanse los testimonios de Miguel Ángel Albadalejo, Miguel Álvarez Morales, Carlos Arenas Núñez, Antonio Argandoña, José Barco Ortega, Karol Bèlak, Antonio Burgos, Pablo Casado Burbano, Pedro Cía Gómez, José Luis Comellas, José Manuel Cuenca Toribio, Jacinto Choza, José Carlos García Fajardo, Rafael Gómez López-Egea, Luis Gordon Beguer, John Philip Hunt, Juan Kindelán, Alberto Laverón, José López Pérez, José María Lora, Antonio Lucas Marín, Alejandro Llano Cifuentes, Miguel Alfonso Martínez-Echeverría, José Luis Martínez López-Muñiz, Antonio Martínón Armas, Juan Miró, Miguel Ángel Monge, Andrés Ollero Tassara, Rafael Orbe Cano, Domingo E. Paniagua, Alfonso Pérez Moreno, Juan del Pino Artacho, Francisco Puy, Carlos Quintas, Luis Rodríguez Ramos, Alejandro Rojas Marcos, Manuel Sánchez Mantero, Emilio Sánchez Pintado, Armando Segura Naya, Eduardo Soler Fierrez y Saturnino de la Torre.

versitarios.² El crecimiento también es físico: en 1960 se inaugura un nuevo pabellón destinado a habitaciones para el profesorado. Ese año se celebra, además, el II Curso para Maestros Nacionales,³ el primero después de los años de crisis y primero de los patrocinados por el Gobierno Civil y Jefatura Provincial del Movimiento de Huelva.⁴ Es el preludio del espectacular incremento de actividades que tendrá lugar el año siguiente.

En efecto, a más de tres lustros de haber iniciado sus actividades, La Rábida se encuentra como situada en el punto de partida para iniciar nuevos derroteros. En el año de 1961 se organiza el I Curso para Maestras Nacionales y comienzan también los Cursos dirigidos específicamente a universitarias. Se continúa con los cursos para maestros, y los dirigidos a universitarios —base indiscutible de la tradición rabideña— celebran su XIX cumpleaños. La Universidad mantiene sus puertas abiertas desde el primero de junio hasta el catorce de septiembre. A partir de este año, con alguna pequeña variación, ésa será la tónica de actividades propiamente docentes que siga la Universidad.

Los cursos para maestros y maestras nacionales

Un propósito de modernización y «puesta al día» preside los cursos para maestros y maestras. La enseñanza se organiza en dos ciclos: uno que comprende los temas estrictamente pedagógicos, acompañados de prácticas y seminarios; y otro de extensión cultural, cuyo contenido, muy variado, hace hincapié en ocasiones sobre temas relacionados con el trabajo pedagógico, sin olvidar la tradicional temática americanista. Un planteamiento semejante tienen los cursos para maestras, salvo algunos temas cuya presencia delata la intención de remediar carencias sociales y cívicas en la educación

² Nos remitimos al capítulo XIII, dedicado a «Los Ateneos populares», y al capítulo XV, dedicado a «La Asociación de La Rábida. Permanencia y futuro».

³ El primero de los cursos para Maestros Nacionales, fruto de la colaboración entre la Universidad de La Rábida y la Inspección Provincial de Enseñanza Primaria de Huelva, que subvencionó los gastos, se celebró del 7 al 13 de julio de 1952. La buena disposición hacia La Rábida del Inspector Jefe, Juvenal de Vega y Relea, seguiría manifestándose en años sucesivos.

⁴ A este curso acudieron un total de cuarenta maestros de la provincia de Huelva. Un número semejante acudiría a los cursos sucesivos. En su organización colaboraron, sin exigir sumisiones políticas, los Gobernadores Civiles y Jefes Provinciales del Movimiento que sucesivamente ocuparon ese cargo en la provincia de Huelva: Hernán Pérez Cubillas, Julio Gutiérrez Rubio y Juan Alfaro y Alfaro.

de la mujer trabajadora: orientación profesional, derechos políticos, profesionales y laborales de la mujer, instituciones sociales complementarias para la formación de la mujer, sin que falte tampoco la línea específica de la familia y de la renovación social cristiana.

Los cursos para universitarias

Los cursos para universitarias, viejo anhelo de un grupo de rabideños, aparecen mencionados por primera vez a finales del año 1960 en un informe que Francisco Morales Padrón⁵ dirige a Rodríguez Casado exponiéndole el plan para organizarlos durante el verano siguiente. El plan es bastante detallado y parte de una realidad ya suficientemente madura; en él queda pergeñado lo que de hecho serán estos cursos en los doce años de existencia que van desde 1961 a 1973. Son concebidos como una «hijuela» de los cursos para universitarios; deben participar también del estilo propio de la Universidad de La Rábida, consistente no sólo en impartir contenidos americanistas, sino en saber incubar en los estudiantes un modo de vida. Alicientes para el establecimiento del curso son la posibilidad de «inyectar la curiosidad americana en las alumnas que están en vísperas de escoger especialidad» y la de atraer hacia la Escuela de Estudios Hispano-Americanos a las que ya cursan aquélla.

Un planteamiento distingue estos cursos: para contribuir a la disminución de los costes, y siguiendo la costumbre establecida en los albergues estudiantiles de la época, se establece el autoservicio en el comedor y en el arreglo de las habitaciones. Otros aspectos de los cursos están ya definidos en este documento inicial: la necesidad de proyectar la tarea sobre el inmediato entorno rabideño: la ciudad de Huelva, Moguer y Palos. Se propone, con este objeto, desarrollar algunas de las actividades del curso —conferencias, charlas y otras intervenciones culturales— en locales públicos de dichas ciudades.

La coyuntura universitaria era tan favorable a la implantación de estos cursos que el único verdadero problema que Morales Padrón plantea es el económico; para solucionarlo se incluye en el informe susodicho una lista

⁵ La fecha atribuida es sólo probable, pues el documento no está datado, como ocurre con frecuencia en los papeles de La Rábida. El informe de Morales Padrón carece de firma, pero una copia remitida por él a Gil Munilla va firmada a lápiz con las iniciales FMP.

de instituciones a las cuales se podía solicitar una ayuda monetaria. Las gestiones en este sentido comienzan a realizarse en febrero de 1961. El incremento que han tenido las actividades rabideñas obliga, sin embargo, a plantearlas en conjunto.⁶ Desde sus comienzos hasta el bienio 1952-1953, la Universidad había tenido una ayuda fija del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y otra especial del Ministerio. Anulada esta última en 1954,⁷ no volvería a reponerse. Por eso la única subvención estable que percibía la Universidad de La Rábida era la antedicha del Consejo, que suponía la suma invariable de 100.000 pesetas anuales. De hecho, esa cantidad apenas si alcanzaba para cubrir los jornales de conserje, limpieza y mantenimiento mínimos del edificio, quedando en números rojos todas las cantidades precisas para la organización y desarrollo de los cursos, que dependían de subvenciones o ayudas cuyo carácter aleatorio obligaba a un replanteamiento anual de los ingresos y gastos. Ahora se propone la ampliación de la ayuda del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, de modo que venga a satisfacer de un modo congruente las necesidades universitarias. Otras peticiones no parecen haber tenido todo el éxito deseado; a finales de mayo, en entrevista publicada en el diario *Pueblo*,⁸ con fines evidentemente promocionales, Francisco Morales Padrón manifiesta la utilidad y el provecho que pueden derivarse de que se consigan becas de las Diputaciones de Sevilla, Huelva, Córdoba y Cádiz para alumnas originarias de esas provincias.

En contraste con las dificultades financieras, y tal como estaba previsto, la respuesta de las estudiantes a la convocatoria de estos cursos fue excelente. El 29 de mayo hay inscritas 23 participantes,⁹ que pronto aumentarán hasta rebasar las previsiones que cifraban el número de admisiones en torno a treinta. Por la misma fecha, se han conseguido tan sólo 57.000 pese-

⁶ Se conserva el borrador de la instancia remitida al Subsecretario del Ministerio de Educación Nacional el 2 de febrero de 1961. En dicho documento se solicita el aumento hasta un millón de pesetas anuales de la subvención consignada en el Cap. 400, Art. 410, número 412.341-17/J del Presupuesto General del Estado para el bienio económico 1960-1961.

⁷ Como una secuela de la tirantez de relaciones con el Ministerio de Educación y Ciencia que comenzó en 1951.

⁸ Diario *Pueblo*, de Madrid, 25 de mayo de 1961. La entrevista, firmada por Vicedo y «Salustio», va titulada: «Del 18 de junio al 6 de julio, el primer curso de verano femenino en la Universidad de La Rábida. Don Francisco Morales Padrón, Catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras, nos informa».

⁹ Documento titulado: «Relación de alumnas inscritas hasta hoy, día 29 de mayo» aportado por Lourdes Díaz-Trechuelo y Spínola.

tas sobre un presupuesto calculado de 72.000, como costo específico del curso para universitarias. No obstante, cuando llega la fecha anunciada, el curso se inaugura con cuarenta y cinco alumnas¹⁰ y quince profesores. En el primer curso no intervino directamente Rodríguez Casado. «La experiencia, positiva, hizo que se proyectara el segundo curso con carácter más 'oficial', siendo el Vicerrector Octavio Gil Munilla el encargado de la alta dirección y la supervisión de todas las actividades. Para ello vivía en una de las casitas situadas cerca del Monasterio, y también a corta distancia de la Universidad.»¹¹

Concebidos pedagógicamente a semejanza de los cursos de universitarios, los destinados a las alumnas lo fueron también en lo referente a las excursiones, el poco dormir y el mucho hablar,¹² las proyecciones de cine,

¹⁰ Las alumnas asistentes a este primer curso fueron las siguientes: Álvarez Pantoja, María José; Baena Tellechea, María del Carmen; Baena Tellechea, María Isabel; Barrón Montes, María del Carmen; Cabrera Martín, Lourdes; Calvento Martínez, María del Carmen; Capote Benot, María Luisa; Caracuel Tubío, Emilia; Castilla Vergara, Francisca; Castillo Utrilla, María José, del; Díaz Martínez, Valvanera; Díaz Suárez, María Teresa; Elbo, Ángeles; Estévez Barbolla, María Antonia; Escobar Gallego, Concepción; Florencio Sivianes, Amparo; Galván Bernal, María Isabel; García Fernández de Araya, María Ángeles; García Izquierdo Saucí, María Teresa; Garrido Arilla, María Isabel; Gimeno, Isabel; González Ruiz, María Teresa; León Lara, María Encarnación; Lucena Leiva, María Teresa; Madrigal Campos, Carmen Gloria; Miranda García, Soledad; Morell Peguero, María del Carmen; Martínez Aparicio, Trinidad; Muela, Mercedes; Olmo Vázquez, Maruja; Prado Soltero, Rosa Isabel; Persson, Susana; Quesada Montoro, Enriqueta; Repetto Jiménez, María del Rosario; Padura Perpiñá, Adelina; Rey Sánchez, Marcelina; Rodríguez, María Cristina; Ruiz de Francisco, María Brígida; Sanz Serrano, María Jesús; Seco Caro, Salud; Seco Caro, Aurora; Troncoso y Hermoso de Mendoza, María Isabel; Ulecia Carrillo, Margarita; Vila Vilar, María Luisa.

Las listas de alumnas de todos los cursos de universitarias aparecen en los anexos de este volumen.

¹¹ Véase el testimonio de Lourdes Díaz-Trechuelo y Spínola. Para el ambiente general de los cursos para universitarias, consúltense los testimonios de María Teresa Hunt Ortiz, Valentina Manrique Moreno y María Ángeles Navarro López.

¹² «Allí se forjaron amistades que el paso del tiempo no ha roto, porque había hueco para hablar, para comunicarse, para pensar en los demás y en una misma. Recuerdo que un año estuvo Josephine (Kunnacherry), una india que estudiaba Medicina. Al atardecer solía ir con ella a pasear entre los pinos: hablábamos mucho, especialmente yo, según se deduce de lo que voy a referir. Un día me dijo entre bromas y veras: 'Me parece que eres muy poco profunda'.

— '¿Por qué?', le pregunté un tanto sorprendida.

— 'Pues porque hablas mucho, y en consecuencia, no te queda tiempo para pensar'.

»Realmente, el ambiente, los pinos y la quietud invitaban a pensar. Y yo pensé y me fue muy provechoso.» (Testimonio de Antonia Heredia Moreno.)

y hasta los deportes que se practicaban, incluso los más duros, como las regatas de traineras.¹³

Cursos para la gente de mar

En el año de 1965 se inicia otra nueva línea de actividades: los cursos dirigidos a los sectores laborales del mar. El primero de ellos, organizado, como todos los demás, por el Instituto Social de la Marina, va destinado a Maestras de Orientación Marítima y Pesquera¹⁴ y está compuesto por 10 lecciones y 12 conferencias, todas ellas relacionadas con temas pedagógicos y con cuestiones sociales o económicas vinculadas a los intereses de la formación profesional en las zonas costeras. El año de 1966 se organiza el Curso de Formación Social y Extensión Cultural, que se ofrece a antiguos patrones de embarcaciones pesqueras —sector laboral en proceso de reordenación en aquel entonces— y a jóvenes aspirantes a esa profesión. Este curso se estructura sobre la misma línea de clases y conferencias, añadiendo grupos de trabajo que permiten puntualizar, concretar y afinar en el orden práctico la «puntería» pedagógica para unos alumnos alejados normalmente de los ambientes de estudios. El año de 1967 se organizan las Jornadas Culturales, dirigidas a funcionarios del mismo ámbito marítimo-pesquero. El curso de Formación Humana y Extensión Cultural de 1968 tiene un contenido y una intención semejantes a los del curso de 1966. Esta modalidad se continuará en el año 1969, pero ya con una acentuación de los temas administrativos que atañen a los hombre de la mar: formación profesional, accidentes de trabajo, cooperativismo pesquero, montepío marítimo y seguridad social de los trabajadores del mar, mutua de riesgo marítimo y las perspectivas del seguro de buques pesqueros.

¹³ La obvia ausencia de Rodríguez Casado en el batel negro marcaba una diferencia con los cursos masculinos. Las bateleras de La Rábida, tan duras y sacrificadas como los remeros, sólo admitirían parangón con las célebres y profesionales bateleras de Pasajes, en Guipúzcoa, que ya eran sólo un recuerdo del pasado cuando las chicas rabideñas se hicieron a la mar. Algunas de las usuales visitas a bodegas fueron sustituidas por excursiones; con todo, las alumnas no se vieron privadas de la visita a las bodegas de Moguer ni al kiosco de los pinos, cercano a la Universidad, donde era posible siempre tomarse una copa en alegre compañía.

¹⁴ Don Vicente era a la sazón director del Instituto Social de la Marina.

Adaptación a las nuevas realidades

En los cursos generales, tanto para universitarias como para universitarios, se ha llegado a una fórmula en la cual, junto a temas específicamente americanos sobre los que versa la parte principal de cada curso, existen otros que vienen sugeridos por las tendencias del momento en el ámbito cultural, filosófico y científico; o que provienen de las ideas, proyectos y perspectivas que plantea el desarrollo económico, la aproximación a la Europa comunitaria, el cambio social y la situación de la enseñanza universitaria. La amplitud del esquema hace pensar en la preocupación de los directores de La Rábida en adoptar los programas de cada curso —sin abandonar la tónica americanista— a una creciente demanda de discusión y de información que ya en los años sesenta era mucho más rica y variada que en los tiempos iniciales de la Universidad. Esta adaptación señala también, *a fortiori*, una tendencia que iría en continuo crecimiento hasta los primeros años de la década del 70: la conciencia de identidad de la juventud española se desplaza paulatinamente desde el mundo iberoamericano hacia la Comunidad Económica Europea como destino proyectado y deseado.

Durante toda esta época, la amplitud del esquema de estudios rabideños revela también el giro que experimentan los intereses fundamentales del mundo universitario, solicitado cada vez más por la inminencia de las transformaciones políticas que España parecía necesitar. En este sentido La Rábida era un punto de observación privilegiado, y sus directivos lo sabían.¹⁵ No se debe olvidar que los cursos rabideños acogieron siempre a estudiantes procedentes de todas las Facultades y Escuelas, que exhibían todo el variado espectro de las peculiaridades sociales y culturales de las distintas regiones españolas.

Era aquella población veraniega un *sensorium* privilegiado de la situación estudiantil, precisamente porque constituía un ámbito juvenil que se

¹⁵ A partir de la segunda mitad de los sesenta se llevaron a cabo encuestas entre los alumnos. Los fragmentos que de dos de ellas se conservan —y que José Luis Murga tuvo la amabilidad de facilitar al autor— no son suficientes para extraer ninguna conclusión sobre el método, la temática ni la fiabilidad del conjunto. También en esta materia hay que pagar tributo a la verbalidad de La Rábida. No obstante, a título de curiosidad, y con las reservas del caso, puede señalarse la aparición de cierta disconformidad con algunos festejos, pese a que los mismos —al menos las visitas a las bodegas— siguen siendo una continuación de la década de los cuarenta y de los cincuenta. También aparece cierto sentimiento de agravio frente al favoritismo de Rodríguez Casado hacia los tripulantes del batel negro, hecho que en la primera época se consideraba sencillamente como parte jocosa del juego.

caracterizaba por la capacidad de reflexión. Mucho tenían que ver con esta circunstancia el sistema de admisión, y el hecho de que, no obstante haber pasado limpiamente sus cursos ordinarios, los candidatos hubieran preferido dedicar parte de sus vacaciones estivales al estudio en vez de entregarse al ocio playero o a los viajes, que entonces comenzaban a generalizarse entre la juventud. Este doble tamiz contribuía a configurar un «universo» grupal poco dado a las manifestaciones extremadas que tanto impresionan a los observadores superficiales, pero al mismo tiempo garantizaba un repertorio de actitudes y opiniones que ya no eran meramente reactivas o viscerales, sino derivadas de una percepción de la realidad más consciente de lo que podía esperarse del término medio de los estudiantes. Era un mensaje, si se quiere, más difícil de captar, pero de contenido más aquilatado si se sabía mirarlo y valorarlo como los dirigentes de La Rábida hacían desde la observación comprometida, desde la convivencia y la participación. Algo, pues, muy ligado a lo que en términos generales se ha llamado el estilo de La Rábida.

La fórmula dominante a que se llegó en la programación de los cursos es muy parecida, en la variedad de su temática aleatoria —no en el núcleo americanista que distingue a La Rábida y que determina su especialización— a la que ofrecen hoy en día los numerosos cursos de verano que algunas universidades imparten felizmente en diversos lugares del país. En qué grado afectó este sistema a la dedicación americanista de La Rábida es un asunto que no puede plantearse a la ligera. En realidad, la Historia de América estuvo siempre presente en el núcleo principal de los cursos rabideños para universitarios y universitarias, como puede comprobarse con el examen de los programas impartidos cada año,¹⁶ si bien ese núcleo concluyó por compartir el tiempo lectivo con temáticas de actualidad que llegaron a conformar el contenido de la mayor parte de las conferencias y seminarios que servían de complemento a los cursos principales.

¹⁶ Bajo una denominación genérica variable y con temática que se desplaza desde la América precolombina hasta la Historia de la América Independiente, todos los programas de los cursos para universitarias y universitarios tienen un núcleo fundamentalmente americanista. Véase también Domingo Muñoz Bort, *La Universidad Hispanoamericana de Santa María de La Rábida. Medio siglo de Historia*, Sevilla 1993, Cap. IV, dedicado a «Actividades académicas».

El curso de la bodas de plata: 1967

Un ejemplo sumamente ilustrativo al respecto es el curso correspondiente al año de 1967 —que hace el número veinticinco desde la fundación de la Universidad de La Rábida—, no sólo porque representa la culminación de la tendencia descrita, sino también porque a él fueron invitados todos los profesores que habían estado algún año en La Rábida¹⁷ y porque fue desarrollado en la víspera del Mayo francés, cuyas secuelas, como es de acuerdo general, se hicieron sentir tardíamente en España, por mucho que sus pródromos no pasaran ajenos a la previsión temática de los directivos de La Rábida.

El año de 1967, el curso se desenvuelve en 27 días lectivos. El ciclo principal, versa sobre «Historia Moderna de España y de América». Las conferencias, cincuenta y cuatro, permiten apreciar el sentido previsor y a la vez la intención educativa que las guía: dedicadas a temas americanistas, diecisiete; a las instituciones y principios configuradores del Estado y de la Sociedad, diez; al desarrollo económico y social, nueve. Otras áreas presentes, son arte y literatura, con seis conferencias; ciencias, con tres; Universidad, con tres; Comunidad internacional, con dos; revolución demográfica, con dos y marxismo, con dos.

En cuanto a los seminarios, de un total de treinta y cuatro, que se ofrecen para que el alumno escoja cinco, ocho estarán dedicados a temas americanos. Los veintiséis restantes se distribuyen como sigue: Filosofía, seis; Arte y Literatura, cinco; Universidad, cuatro; Instituciones y Principios configuradores del Estado y de la Sociedad, cuatro; Desarrollo Económico y Social, tres. A cada una de las áreas Comunidad Mundial, Ciencia, Derecho e Historia, se dedica el resto.

En resumen, de un número total de ciento quince unidades (entre sesiones de clase dedicadas al curso principal, conferencias y seminarios), cincuenta y dos estuvieron íntegramente dedicadas a la historia americana o a temas conexos con ella. No hay, pues, desmayo en la alta divulgación americanista, que es la especialización seguida institucionalmente por La Rábida desde el mismo momento de su fundación. Sí hubo, en todo caso, una constante sintonía con los problemas del momento, pero no quedándose en el relumbro sino tratando de penetrar en las ideas de donde proce-

¹⁷ El ya citado libro de Domingo Muñoz Bort *La Universidad Hispanoamericana de Santa María de La Rábida. Medio siglo de Historia* contiene relaciones estadísticas de profesores y de alumnos, tanto españoles como internacionales. Véanse pp. 91 a 120.

de el impulso decisivo y contemplando —no pocas veces con una mirada anticipatoria— los problemas que planteaba entonces el futuro de España y de un continente europeo inmerso en los giros de una época de rápidas y comprometidas transformaciones.

Otro aspecto digno de examen en el curso de 1967 es el que se refiere al factor humano. Aquel año, el número de profesores que asistieron al curso fue de ciento diecinueve. De éstos, treinta y uno procedían de la Universidad de Sevilla, otros dos del Archivo de Indias de dicha ciudad. Dieciocho provenían de la Universidad de Madrid, catorce de la Universidad de Navarra, dos de la Universidad de Salamanca, dos de la Universidad de Compostela, dos de la Universidad de Valladolid y otros dos de la de Zaragoza. Dos profesores más son mencionados como provenientes de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo y otro de la Universidad de Oviedo. Fue notable ese año la asistencia de altos cargos de la Administración del Estado, diez en total, entre ellos, dos Ministros, el Fiscal del Tribunal Supremo y el Presidente de la Junta de Energía Nuclear.¹⁸ El número de los docentes se completa con veintitrés personas, entre las cuales se encuentra el Secretario de La Rábida, cinco Catedráticos de Instituto y cinco conocidos hombres de letras —uno de ellos Académico—, que concurren por su específica condición de poetas.¹⁹

Un breve repaso de las cifras anteriores nos sirve para señalar que la Universidad de Sevilla proporciona el núcleo más importante de docentes: treinta y uno sobre ciento veinte. Si a éstos añadimos los procedentes del Archivo de Indias, son treinta y tres los profesores pertenecientes al ámbito sevillano de la investigación y de la docencia. El número asciende a treinta y seis si se cuenta a los catedráticos que, contados como provenientes de

¹⁸ Son Laureano López Rodó, Ministro Comisario del Plan de Desarrollo Económico Social; Jesús Romeo Gorría, Ministro de Trabajo; Fernando Herrero Tejedor, Fiscal del Tribunal Supremo, y José María Otero Navascués, Presidente de la Junta de Energía Nuclear.

El fenómeno de la presencia de políticos-intelectuales no es nueva en la Universidad de La Rábida. En las décadas de los cuarenta, cincuenta y sesenta acuden a La Rábida para impartir clases o pronunciar conferencias (aparte de los citados) hombres como Manuel Giménez Fernández, Joaquín Ruiz-Jiménez, Pedro Laín Entralgo, Rafael Calvo Serer, José María Pemán, Jesús Fueyo, Torcuato Fernández Miranda, Federico Silva Muñoz, Gonzalo Fernández de la Mora, Mariano Navarro Rubio, Manuel Fraga Iribarne, Manuel Olivencia, Manuel Clavero y Miguel Rodríguez-Piñero, entre otros.

¹⁹ Los poetas Ginés de Albareda, José Hierro, Rafael Montesinos, José María Pemán y Miguel Álvarez Morales.

otras universidades, estaban vinculados a la hispalense por su formación o por sus años de ejercicio en las aulas sevillanas.²⁰ Ciertamente, la identificación corográfica del personal docente no es vía que conduzca necesariamente al mérito. No obstante, es un aspecto a destacar cuando una determinada institución —es el caso de la Universidad de La Rábida— permanece fiel al sentido que especifican sus fines institucionales y que la vinculan de forma necesaria a ese gran «yacimiento» americanista que es Sevilla. Esto sí tiene importancia para no confundir con «endogamia» lo que es sólo correlato de la especialización de la Universidad de La Rábida.²¹

En este sentido La Rábida fue conscientemente precursora de ese tipo de Universidad de verano que, desde un punto de partida especializado al que permanece fiel, busca y logra la repercusión en su entorno social y geográfico desarrollando actuaciones extramuros de los tradicionales cauces universitarios. Éste es un logro que hay que añadir a los que, en el orden de la formación individual, sus antiguos alumnos, amigos y muchas personas ajenas a esos ámbitos saben apreciar en la labor de la Universidad de La Rábida.²²

Americanismo y otros valores

Como ya hemos comentado, los temas principales en torno a los que se estructuran los cursos rabideños se centraron indefectiblemente en cues-

²⁰ Tal es el caso de los catedráticos Enrique Marco Dorta, Patricio Peñalver Simó y Florentino Pérez-Embid.

²¹ La especialización en una materia o grupo de materias es buscada hoy en día por algunas Universidades de Verano como alternativa a la excesiva dispersión temática que amenaza con trivializar su contenido. Véanse en este sentido las expresiones de Ernest Lluch, Rector de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, de Santander, tal como aparecen en «Las universidades de verano se especializan», sección «Cultura», diario *El País*, de Madrid, sábado 26 de junio de 1993.

²² En el año al que nos venimos refiriendo, el número de alumnos asciende a sesenta y dos, lo cual hace casi dos profesores por alumno si nos atenemos al escueto dato estadístico. Sin embargo, es preciso tener en cuenta que cifras semejantes son frecuentes en las universidades de verano o en los cursos estivales y obedece a que se han contado como simultáneas presencias que en realidad son sucesivas. Así, en el curso de 1967 nunca estuvieron presentes al mismo tiempo —fuera de los componentes de la Junta o Comisión de Gobierno— otros profesores que los que tenían a su cargo el desarrollo de seminarios en fechas coincidentes y los encargados de las conferencias del día. Con frecuencia estos profesores prolongaban su estancia; pero, en general, su número quedaba compensado por el de los que iban y volvían el mismo día. Por estas razones, era difícil encontrar en los cursos, un día cualquiera, más de una docena de profesores.

tiones americanistas.²³ Sólo a partir de 1961, la mención a la Historia de España se hace explícita en el título de numerosos temas que comparten la primera fila al lado de los dedicados a la Historia del Nuevo Mundo.

A partir del año de 1966, al núcleo principal de Historia de España y de América se añade un curso completo, ajeno ya a la temática institucional de La Rábida. El del año de 1966 lleva el título de «Curso de humanismo social», al cual se dedican treinta sesiones lectivas frente a las cuarenta y cuatro que se invierten en el curso principal. La preocupación por dar respuesta a la juventud que interroga vuelve a aflorar en los años siguientes. En 1968, el curso que para entendernos podríamos llamar supererogatorio llevará el título de «Humanismo en la sociedad contemporánea». En 1969 versará sobre «Técnica y nuevo humanismo». En 1970 tomará la forma de «Curso de Economía» y en 1971 se llamará «Persona y comunidad política». En 1972 el curso supererogatorio desaparece. En cuanto al sector de conferencias y seminarios, el número de sus unidades así como su variedad temática aumentan a partir de 1967, quedando los temas específicamente americanos en proporción ligeramente inferior a los años inmediatamente anteriores.

A los viejos y asiduos profesores rabideños del primer momento vienen a incorporarse como docentes muchos antiguos alumnos de La Rábida. La mayor parte de ellos ya han aparecido en uno u otro de los capítulos de este trabajo o han podido contribuir con sus colaboraciones a la documentación del mismo. Alguno, como el catedrático sevillano Luis Navarro, alumno del curso XIV (1956) y profesor desde 1965 hasta 1972, da continuidad a su labor docente hispanoamericanista en la etapa «postvicensolana» que a partir de 1974, superadas las dificultades iniciales, emprende la Universidad de La Rábida.

Nuevos valores se añaden a la docencia rabideña en la última etapa del periodo (1970-1973) al que se circunscribe este trabajo.²⁴ Los historiadores Javier Tusell, alumno del curso XXI (1963), y Agustín González Enciso concurren como profesores en 1971, 1972 y 1973. En un ámbito académico y temático más alejado de las fundamentales preocupaciones rabideñas por

²³ A lo largo del periodo que va desde 1943 hasta 1973 se celebran cuatro cursos americanistas conmemorativos. En 1947, el dedicado a «Hernán Cortés y su época»; en 1948, el que tiene por tema «Sevilla y América»; en 1958, el dedicado al «IV Centenario del Emperador Carlos V»; en 1960, el que se organiza con ocasión del «V Centenario de D. Enrique el Navegante», que incluye una visita al promontorio de Sagres y conferencias de personalidades universitarias de la vecina Portugal.

²⁴ Véase en Anexo la lista completa de profesores de La Rábida.

la Historia de América, otros catedráticos contribuyen a redondear el perfil docente de La Rábida en los últimos años estudiados. No se podría dejar de mencionar al académico Fernando Lázaro Carreter y al sociólogo Amancio de Miguel.

Los años que van desde los últimos del cincuenta hasta los primeros del setenta son pródigos en planteamientos ambiciosos. Alguno de éstos, como la soñada Universidad Hispanoamericana de categoría internacional, se quedaría en proyecto. Otros, como el Instituto Politécnico de La Rábida y el Colegio Universitario, llegarían a cuajar formando el embrión de la Universidad de Huelva.

CAPÍTULO X

LA RÁBIDA DE LOS PINTORES

Uno de los aspectos que mejor ayuda a conocer el espíritu rabideño es el permanente interés por el arte como presencia vital, expansiva e innovadora. Tal interés alcanzaría su expresión más notable con la Escuela de Paisajistas creada en el seno de la Universidad. De ésta vendría a surgir — en íntima conexión con el Club La Rábida— una brillante agrupación de jóvenes pintores que, aglutinados en la Joven Escuela Sevillana, desbrozarían, en un medio más incomprensivo que hostil, el camino para la renovación de las artes plásticas en Sevilla.

El pintor Vázquez Díaz en la Universidad

La idea de atraer a la Universidad de La Rábida a algunos alumnos aventajados de las Escuelas de Bellas Artes provino de Daniel Vázquez Díaz. Pasó el pintor algunas temporadas en La Rábida, alojándose en la Residencia de la Universidad. Sus estancias allí, rodeado de la admiración de los estudiantes —compañía que el maestro nunca desdeñó en torno a su persona y a su trabajo—, ponía de relieve su vocacional predisposición al magisterio, que en aquellas circunstancias se veía reforzada por la buena voluntad de Antonio Adelardo, médico de la Universidad y pintor de asiduos pinceles.¹

¹ Antonio Adelardo, médico, pintor y amigo de La Rábida, siempre incluido entre los «alumnos», era fuente de numerosas anécdotas. Una de ellas es la siguiente, narrada al autor por Antonio Muro Orejón, y de la cual circulan otras variantes:

La Universidad tenía por aquellos años un viejísimo automóvil *Delage* al que los alumnos apodaban «La Canoa». Solían rodear a Vázquez Díaz los alumnos pintores que concurrían al curso y otros estudiantes más o menos aficionados al arte de los pinceles. Cierta día en que Don Daniel se encontraba ante su caballete y «La Canoa»

El paisaje rabideño era para el autor del *Poema del Descubrimiento* una realidad conocida y sentida a la que se unía otro aliciente: el testimonio vivo de humildes habitantes de La Rábida que le habían servido de modelos para sus magníficos murales.² Se corría la voz entre los estudiantes —que en eso no hacían sino repetir en voz alta los deseos de Rodríguez Casado— que Vázquez Díaz habría de pintar en la Universidad otra serie de murales que vendrían a completar con un nuevo poema pictórico, esta vez puramente americano, su visión del Descubrimiento ya plasmada en el Monasterio.

No dejaría don Daniel obra pictórica alguna en la Universidad, pero fue el generoso autor del medallón que, acuñado por otro gran amigo de La Rábida, el orfebre Fernando Marmolejo, fue reproducido en estampa en las portadas de varios programas y aún puede verse en la cubierta de algunas de las publicaciones de la actual Asociación de La Rábida.³ El pintor Vázquez Díaz era, en el momento que nos ocupa, Catedrático de Pintura Mural en la Escuela de Bellas Artes de San Fernando y gozaba de merecida y grande influencia en los medios artísticos.

Relaciones con la Escuela Superior de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría

Con tan buen patrocinio se iniciaron, a principios del año lectivo 1947-1948, los contactos de la Universidad de La Rábida con la Escuela Superior de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría, actual Facultad de Bellas Artes

apareció por allí, traqueteante y ostensiblemente necesitada de una mano de pintura, se acercó el pintor y médico Antonio Adelardo y ofreciéndole una brocha empapada en pintura amarilla le dijo: «Don Daniel, ya es hora de que Vd. haga algo por 'La Canoá'.»

² El Hermano Francisco, ayudante del Padre Jenaro, escogido por Vázquez Díaz para representar a uno de los frailes que recibieron a Colón. Paco, apodado «El Señor», jefe de jardineros, que sirvió de modelo para uno de los marineros palermos que acompañaron al Almirante.

³ En la cara del medallón están representados Colón y Martín Alonso Pinzón, vistos de perfil y dominados por un brazo desnudo cuya mano apunta imperativamente al horizonte. En el envés figura el Monasterio circundado por la leyenda: DEDIT LUCEM ORBI NOVO y al pie la fecha de MCMXLIII.

El logotipo de la Universidad de La Rábida que se usó durante muchos años es un sencillo dibujo lineal del Monasterio, hecho hacia estos años por José Guerrero Lovillo, Catedrático de Historia del Arte de la Universidad de Sevilla. Nos facilita este dato José Antonio Calderón Quijano, quien encomendó su realización a Guerrero Lovillo por encargo del propio Rodríguez Casado.

de la Universidad de Sevilla. En el mes de mayo de 1948 ya se había llegado a un principio de acuerdo entre ambas instituciones.⁴ Las conversaciones entre José Hernández Díaz, entonces Director de la Escuela Superior de Bellas Artes, y Vicente Rodríguez Casado cuajaron definitivamente en junio de 1948. En el acuerdo —paralelo a otro que se formalizaría con la Escuela de Bellas Artes de San Carlos, de la ciudad de Valencia⁵— se determinaba que cada año serían seleccionados tres alumnos que, acompañados de un profesor de la Escuela,⁶ podían asistir en calidad de becarios a los cursos de la Universidad.

Las becas, parcialmente cubiertas por la Caja de Ahorros de la Diputación Provincial de Sevilla, eran una forma de sufragar los gastos que ya había sido aplicada a otros convenios suscritos por la Escuela Superior de Bellas Artes Santa Isabel de Hungría para enviar alumnos pintores al Monasterio de El Paular y a Granada, lugares que ofrecían peculiaridades paisajísticas de las cuales podían sacar provecho los estudiantes más avanzados. En La Rábida, cuya Residencia estaba entonces recién terminada, al aliciente del paisaje se unía la posibilidad de poner en práctica las técnicas de la pintura mural en el ornato del nuevo edificio. Por otra parte, con la asignatura de Paisaje finalizaba el programa de aprendizaje de la carrera; este hecho garantizaba plenamente que los becarios hubiesen adquirido ya la formación artística suficiente como para realizar una obra de mérito.

La Escuela de paisajistas de La Rábida

Para el curso de 1948, primer año de la colaboración entre la Escuela de Bellas Artes y la Universidad de La Rábida, fueron seleccionados los alumnos Ricardo Comas Fagundo,⁷ Joaquín Ojeda Osuna y Antonio Rodríguez

⁴ De acuerdo con el Libro de Actas de la Escuela Superior de Bellas Artes Santa Isabel de Hungría, acta correspondiente a la reunión del día 19 de mayo de 1948. El acuerdo definitivo consta en acta del 17 de junio de 1948.

⁵ Por razones que el autor desconoce, no hay constancia de los nombres de los alumnos valencianos que concurrieron a la Escuela de Paisajistas de La Rábida. Una excepción es Eduardo Sales Encarnación, que concurre en 1949.

⁶ Acompañantes de los becarios serían los profesores Rafael Cantarero y Ramón Monsalves.

⁷ Ricardo Comas Fagundo había recibido en 1947 el Premio Extraordinario de la Escuela Superior de Bellas Artes y recibiría en 1949 el Premio de la Exposición de Artesanía. Terminados sus estudios de pintura, continuó en la Escuela de Bellas Artes para seguir la especialidad de Grabado. Doctor en Bellas Artes, y Titular de la Facultad de Bellas Artes de la Universidad hispalense, ocupa, cuando esto se escribe, el cargo de Secretario de dicha Facultad. A su amable disposición se deben buena parte de los

de Trujillo. Como en las habitaciones de la Residencia no había sitio suficiente para alojar a los pintores de modo que estuviesen cómodamente instalados con los instrumentos de su arte, fueron aposentados en las celdas individuales que en los comienzos de la Universidad habían sido habilitadas en el Monasterio como habitaciones destinadas al profesorado. En años sucesivos vivirían en aquellas celdas algunos de los más notables representantes de las promociones surgidas de la Escuela Superior de Bellas Artes de Sevilla.⁸ Comas y Ojeda volverían el año de 1949, esta vez acompañados por Eduardo Sales Encarnación, estudiante de pintura en la Escuela de Bellas Artes de Valencia.

Los murales de la Residencia rabideña

Desde el curso anterior, Rodríguez Casado había propuesto a los jóvenes pintores que realizaran unos murales en la Sala de Estudiantes del edificio

datos contenidos en este capítulo, sin que esto suponga que el autor eluda la responsabilidad directa del empleo de dichos datos.

⁸ La lista de los becarios, con la salvedad expresada en la nota 5, es la siguiente:

1948: Ricardo Comas Fagundo, Joaquín Olmeda Osuna y Antonio Rodríguez de Trujillo.

1949: Ricardo Comas Fagundo, Joaquín Ojeda Osuna y el valenciano Eduardo Sales Encarnación.

1950: José Palomar, Juan Carlos Barroso y Armando del Río Llabona.

1951: Federico Delgado Montiel, José Gutiérrez Ravé y Antonio Rodríguez de Trujillo.

1952: Francisco Domenech, José Gutiérrez Ravé y Antonio Rodríguez de Trujillo.

1953: Aníbal García Aristi, Moya y Trinidad Cortijo Mérida. Este año concurrió también Curro Maireles.

1954: Santiago del Campo, Diego Ruiz Cortés, Aníbal García Aristi y Trinidad Cortijo Mérida.

1955: Jaime Burguillo, Santiago del Campo y Antonio Rodríguez de Trujillo.

1956: Antonio Arnao O'Donnell, Jesús Manuel González Rodríguez y Rafael Almagro Giménez.

1957: Antonio Rojas Hidalgo, Cristóbal Martín Fernández y Rafael Almagro Giménez.

1958: Francisco Peláez del Pino, Manuel Álvarez Fijo y José Perriáñez García.

1959: Walter Master, Abdel Mohamed Fajar y Meki Mohamed Megara.

En 1960 la entidad patrocinadora corta su aportación.

Aunque la enorme mayoría de los pintores que concurrían a La Rábida lo hacían en calidad de becarios, otros, no incluidos en la lista anterior, fueron allí como invitados a pasar unos días sin que haya sido posible determinar el año de su presencia. Por la imprecisión de los datos al respecto, es imposible determinar sus nombres, aunque es fácil colegir que se encuentran entre los que participaron con sus obras en las diversas exposiciones del Club La Rábida.

recién construido y, como era consciente de la dificultad que entrañaba este trabajo estando esa estancia ocupada por los alumnos, se decidió que los artistas se instalaran en La Rábida un mes antes de que comenzase el curso de verano.

Durante aquel primer mes, recordado cincuenta años más tarde como una larga fiesta en la que el duro trabajo no extinguió la ilusión, los alumnos pintores convivieron con Rodríguez Casado, Ángel Martín Moreno, Octavio Gil Munilla, Francisco Morales Padrón y José Hernández Díaz. Trabajaron los jóvenes artistas con tal ahínco y eficacia que pronto nuevos encargos vinieron a añadirse a los iniciales.

Enfrentados a una labor que se les multiplicaba, y queriendo dejar constancia inequívoca de su autoría, Ojeda y Comas se autorretrataron en las pinturas de la Sala de Proyecciones donde tuvieron, además, el ingenio de disimular en la portañola de una carabela la abertura destinada a dejar pasar el haz de luz del proyector.

Los pintores, que también habían recibido el encargo de preparar una serie de estudios sobre los hombres del Descubrimiento y de la exploración de América, acudían a las clases de Historia con la idea de poder captar a través de ellas la inspiración y la fuerza que habían sostenido a sus personajes en el cumplimiento de sus hazañas.

Al final del curso, los jóvenes artistas Ojeda y Comas habían concluido una obra importante que enriquece al edificio de la Universidad de La Rábida con motivos de índole americanista como corresponde al destino del lugar: sendos paneles apaisados simbolizando los Dos Mundos, y seis pinturas verticales⁹ inspiradas en el hombre y la flora del Nuevo Continente.

Con todo, no paró allí la tarea de aquellos artistas que recogieron en su obra de caballete paisajes del Monasterio y de sus alrededores, apuntes de las excursiones de La Rábida y retratos de sus compañeros y profesores.¹⁰

⁹ Los murales fueron realizados con óleo desengrasado. Los dos paneles apaisados y las cuatro primeras pinturas verticales no llevan firma y son obra conjunta de Comas y de Ojeda. De las dos pinturas verticales restantes, la titulada «Riña de Gallos», es debida al pincel de Comas, y la que representa una «Escena de mercado», al de Ojeda. Ambas llevan la firma de sus autores.

¹⁰ Joaquín Ojeda retrata a Fernando de Armas. En otros cursos, Manuel Caballero retrataría a John Philip Hunt, a quien emplearía también como modelo para una Cabeza de San Pablo; Juan Carlos Barroso, a Carlos Corona Baratech, al médico y pintor Antonio Adelardo, a Fernando de Armas, a Manuel Luengo y a la señora de Luengo; Antonio Adelardo, a Francisco Morales Padrón, a quien hizo vestirse como los hombres de la zona, con el pañuelo a la cabeza.

Comas aún encontraría el tiempo y el entusiasmo suficientes para hacer un pequeño aguafuerte de la imagen de la Virgen de los Milagros, la Virgen de La Rábida, que reproducido convenientemente fue puesto a presidir las habitaciones de la Residencia. Tuvo tal éxito esta pequeña obra de arte, que don Vicente pronto se serviría de él para obsequiar con un ejemplar a cuantos profesores mostraran algún interés por la estampa¹¹ uniéndolo su predilección por esta imagen de María¹² al gesto de cortesía con los visitantes y al punto de homenaje al joven artista capaz de tal realización.

El Club La Rábida

Muy unido a este grupo de pintores está el Club La Rábida, cuyos antecedentes se encuentran en las tertulias informales que algunos rabideños de Sevilla, deseosos de cultivar las amistades anudadas durante los cursos de verano, organizaban en un semisótano del propio edificio de la Escuela de Estudios Hispano-Americanos en la calle Alfonso XII. El Club fue un hito en la vida cultural de la Sevilla de aquella época, y puede considerarse otra de las creaciones de Rodríguez Casado cuya crónica está por hacer. Las actividades del Club comenzaron en los últimos años de la década de los 40 con algunas audiciones musicales, sesiones de teatro hablado tan de moda en aquella época, a las que paulatinamente fueron sumándose charlas, lecturas poéticas y seminarios diversos que encontraron buena acogida entre la juventud hispalense. Las exposiciones, conciertos y visitas de grandes personajes comenzaron en los primeros años de la década de los 50 y tuvieron el efecto de actuar como un poderoso revulsivo de la vida

¹¹ «Trabajamos mucho aquel curso. Yo hice también un dibujo que grabé al aguafuerte. Era un grabado pequeñito que representaba a la Virgen de los Milagros, la Virgen de La Rábida. Saqué una primera tirada de cuarenta ejemplares, algunos de los cuales se colocaron en la sala y en las habitaciones; por cierto, estos grabados iban desapareciendo porque a los profesores que venían del extranjero les gustaban tanto que Don Vicente se los dejaba como regalo. Yo hice posteriormente otra serie, de cuarenta también, hasta que la plancha no dio más de sí.» Información verbal facilitada al autor por el pintor Ricardo Comas Fagundo.

El aguafuerte de la Virgen de La Rábida sirvió, desde 1968 a 1972, ambos inclusive, de motivo gráfico de la portada de los folletos descriptivos de los cursos de la Universidad Hispanoamericana de La Rábida. El pintor Comas, autor del dibujo y del grabado, conserva una de las láminas originales junto con la plancha del grabado.

¹² Expresa José María Prieto Soler en su testimonio: «...secreto —a voces— suyo, era la Virgen de los Milagros. Entraba en el Monasterio y se dirigía inmediatamente a la pequeña capilla abovedada donde la delicada figura de María miraba y sonreía».

cultural sevillana,¹³ convirtiendo aquella sala juvenil en un foro por el cual pasaron intelectuales como Arnold Toynbee, Whitaker, Christopher Dawson, Gerardo Diego, José María Pemán, Jorge Guillén¹⁴ y Vicente Aleixandre, además de figuras de la política americana como Belaúnde Terry o grandes toreros como Juan Belmonte.

La exposición que a la vuelta del curso rabideño decidieron organizar los pintores que en 1949 habían participado en él por segundo año consecutivo¹⁵ fue en realidad el primer acto público de mayor empeño que realizó el Club. Dicha exposición supuso para éste el espaldarazo como centro social y cultural de gran empuje.

En efecto, de allí partiría el primer amago innovador que en el terreno de las artes plásticas abriría paso a la vanguardia sevillana. La misma que

¹³ Según información verbal suministrada por Francisco Morales Padrón: «La vida social de la juventud sevillana giraba entonces en torno a la barra del Hotel Madrid. Al ser creado el Club La Rábida, y sobre todo después de ser elegido Presidente del mismo Adolfo Cuéllar —quien andando los años se convertiría en famoso abogado y portavoz de Izquierda Unida en el Ayuntamiento sevillano—, se produjo como un impacto en el ambiente un tanto pacato de la ciudad, donde el Cardenal Segura imponía ciertas normas disuasorias como el veto al baile social. No es que el Club organizase bailes, sino que se practicaba allí una activa vida de relación en la que participaban gente joven de ambos sexos y con significación desde el punto de vista social y artístico.»

El Club llegó a contar con 276 socios de cuota, que hacia finales de la década de los cincuenta quedarían en 211. El repaso de los nombres de estas listas es suficiente para convencernos de la importancia que llegó a tener el Club en la vida sevillana. (En los Anexos de este volumen se reproducen los Estatutos del Club de La Rábida.)

Discutida por algunos rabideños del estamento profesoral, pero eficaz y de gran repercusión social, fue la estrecha colaboración del Club con la Delegación sevillana de la organización Juventudes Musicales Españolas, debida más a contactos personales y coincidencia de socios que a una vinculación institucionalizada. Juventudes Musicales fue, aparte de la Escuela de Estudios Hispano-Americanos, la única institución sevillana que organizó un homenaje a Rodríguez Casado con ocasión de su óbito. En el homenaje de la Escuela intervinieron, entre otros, José Antonio Calderón Quijano, Octavio Gil Munilla y Francisco Morales Padrón. El que organizó Juventudes Musicales estuvo a cargo de Julio García Casas, Presidente de la antedicha Sociedad musical, y de Antonio de la Banda y Vargas, Catedrático de Historia del Arte de la Universidad hispalense. La intervención de este último, facilitada por Julio García Casas, está incluida en este volumen.

¹⁴ El poeta Jorge Guillén, que había tenido que vencer ciertos temores para acudir al Club La Rábida —le habían dicho que podía tratarse de una trampa de la policía—, quedó gratamente impresionado por el ambiente cordial y libre que allí se respiraba. Rodríguez Casado conservaba una carta en la cual Guillén le exponía sus impresiones al respecto.

¹⁵ Esta exposición se lleva a cabo en otoño de 1950.

en años posteriores se centraría, con otros derroteros, en la tertulia del Bar Giralda, en la galería de arte La Pasarela y en la sala del Ateneo y que, en los años 70, sería continuada en la Galería Juana de Aizpuru.

La Joven Escuela Sevillana

La Joven Escuela Sevillana se originó en un gesto de rebeldía de aquel núcleo de jóvenes pintores, ex-alumnos de La Rábida, que decidieron organizar en el Club homónimo una exposición con las obras rechazadas por el jurado oficial de la Exposición de Otoño.¹⁶ Con la intención declarada de promover una nueva estética, este brioso grupo quiso romper con la tradición pictórica sevillana, muy anclada, al decir de los críticos, en los cánones del clasicismo. Consecuente con sus propósitos, la Joven Escuela desempeñará en la Sevilla de los años cincuenta un papel comparable al que jugaron en otros puntos de España el grupo «Dau al Set» o la escuela de Altamira, anticipándose en varios años al pujante grupo cordobés que encabezaría la gran rebelión vanguardista de la pintura andaluza.

¹⁶ En el mes de diciembre de 1952, un grupo de diez pintores cuyos cuadros habían sido rechazados en el sevillano Salón de Otoño, constituyen la Joven Escuela Sevillana, agrupación destinada a influir decisivamente en la renovación del arte pictórico hispalense, notable por su calidad, pero necesitado de nuevos aires. Estos pintores son, por orden alfabético: Ricardo Comas, Federico Delgado Montiel, Emilio García Ortiz, María del Carmen Laffón, Juan Laffita, José Luis Mauri, Antonio Martín Cartaya, Antonio Milla, José Morales, Armando del Río, Diego Ruiz Cortés, María Josefa Sánchez Díaz y María Dolores Sánchez Díaz.

Además de los citados, expusieron sus obras en distintas ocasiones en la sala del Club La Rábida los pintores siguientes: Juan Abascal, Robert W. Ades, Antonio Adelaar, J. Álvarez Gómez, Gustavo Bacaristas, Alfonso Bernal, Manuel Caballero, Rafael Cantarero, José Luis Campuzano, Higinio Capote, Francisco Díaz, Eufemiano, Jesús Fernández Barrios, Manuel Flores Pérez, Francisco Maireles, Santiago Martínez, Antonio Martín Cartaya, José Morón Ruiz, Joaquín Ojeda, Teodoro Palomar, Pablo Picasso, Mateos, Miguel Pérez Aguilera, José Rey Vila, José Rico Cejudo, José Romero, Javier Sánchez-Dalp, quien expuso también como escultor; José Talegón y José Venegas.

Expusieron sus obras en el Club La Rábida los escultores Manuel Echegoyen y Antonio Illanes. La orfebrería contó con la representación de Fernando Marmolejo, quien fundió y labró el medallón de La Rábida diseñado por Vázquez Díaz.

Terreno abonado para la investigación posterior es el papel desempeñado por los integrantes del grupo y del mismo Club La Rábida con referencia a la Bienal Hispano-Americana de Arte, donde es notable el potencial innovador que desplegaron los artistas participantes.

Continuada a partir de 1960 en el Grupo Itálico,¹⁷ tendrá éste una presencia que se prolonga casi hasta nuestros días,¹⁸ dando lugar al «testimonio colectivo de un arte honesto y profundo, destilado en horas de estudio y vigilia»,¹⁹ donde cada cual sostiene la total independencia de su propia obra y donde se puede «contemplar, en interesante conjunto, un importante despliegue de modos de expresión y de técnicas con acentos muy personales en el que comprobamos y discernimos valores fundamentales de la creación artística, en disposición de apertura hacia el avance y con la cualidad común de una relevante maestría en su realización».²⁰

Nuevas rutas para la expresión artística

Para determinar la influencia que las estancias en La Rábida ejercieron sobre aquellos jóvenes pintores de entonces, habremos de acudir directamente a su testimonio.²¹ Bástenos, por nuestra parte, recalcar que abrieron nuevas rutas a la expresión plástica, rompieron barreras de incomprensiones y supieron, de un manera muy rabideña, conservar la unidad de intenciones dentro de la personalísima y singular expresión individual de su arte.

De hecho, aquellos pintores que ambicionaban entonces completar el perfil de un estilo propio, que maduraría poco después en frutos copiosísimos, hicieron en aquel momento, aunque con alguna representación abs-

¹⁷ Son José Álvarez Gómez, Ricardo Comas Fagundo, Jesús Gavira Álvarez, Antonio González-Alba, Gonzalo Martínez Andrade, Antonio Milla Jiménez, Armando del Río Llabona, Rafael Spínola, Juan Valdés y Antonio Zambrana Lara.

¹⁸ La última exposición de que tenemos noticia fue la que tuvo lugar en la ciudad de Granada en diciembre de 1980.

¹⁹ Juan Cordero Ruiz, Decano de la Facultad de Bellas Artes de Sevilla, en *Ideal*, de Granada, del día 10 de diciembre de 1980.

²⁰ Manuel Olmeda, crítico de arte, en *Ideal*, de Granada, del día 10 de diciembre de 1980.

²¹ Según información verbal proporcionada al autor por Comas Fagundo: «Abriados por la Escuela de Paisajistas y la Universidad de La Rábida, los pintores que habíamos asistido a los cursos de verano decidimos organizar una exposición. Fruto de nuestras estancias era un conjunto de paisajes pintados allí. El apoyo de la Universidad de La Rábida fue para nosotros definitivo, porque queríamos hacer la pintura más actual que se pudiera hacer en aquel momento y el hecho de asistir a los cursos de alguna manera había unificado nuestros propósitos. Teníamos la ilusión, la esperanza, de que podíamos hacer otro tipo de pintura que ya no fuera la académica, buena para el aprendizaje, pero que considerábamos ya agotada en sus posibilidades. Poco más tarde nos agrupamos en lo que se llamó la Joven Escuela Sevillana; no queríamos señalarlos particularmente de uno en uno.»

tracta y mucha influencia formal de Picasso y de los «fauves», una pintura que en conjunto estaba todavía dentro del figurativismo. No obstante, en cuanto suponía de innovación y atrevimiento, se encontró con la oposición no sólo de algunos profesores de la Escuela Superior de Bellas Artes, sino de los medios publicísticos. Entre estos últimos se destacaría el *Correo de Andalucía*, que contribuyó a divulgar la especie de que aquel grupo de pintores tenían inclinaciones comunistas.²² Otros, como el periodista Enrique Hernández Muñoz,²³ «Luike», se constituyeron en defensores y simpatizantes del grupo rabideño.

Otros pintores rabideños

Otros artistas pasaron por La Rábida recibiendo su influencia y dejando en ella su propia huella. La estancia del pintor Manuel Álvarez Fijo en el Curso XVI (1958) permitió que hiciera el diseño del escudo de la Universidad que luce en la parte superior ó jefe un libro abierto cargado sobre áncora divisoria con figura estilizada de la Virgen de los Milagros adosada a la diestra sobre campo más rosa que púrpura y nao, también estilizada, a la siniestra sobre campo azul.

Con la colaboración de Francisco Peláez del Pino y de José Periañez, también pintores en ese curso, hizo Álvarez Fijo una pieza grande con teselas representando el escudo, que fue instalado en un rincón de la pared exterior del edificio que da a la terraza frente al río Tinto. Con ese mismo diseño se hicieron los banderines de la Universidad añadiendo alrededor la leyenda «Universidad Hispano-Americana de Santa María de La Rábida».

Como colofón a esta referencia de pintores de La Rábida, cabe mencionar la presencia como alumno del Curso XIV (1956) de Luis Rodríguez Gordillo. Luis Gordillo en aquellos años era un estudiante de la Facultad

²² Las sospechas las levantó *Requiebro*, de Picasso, incluido en una de las exposiciones del grupo.

²³ En su entrevista conjunta con «Luike», los componentes del grupo Joven Escuela Sevillana destacan más su afán didáctico —«pues Sevilla no comprende la pintura moderna»— que su rebeldía ante la exclusión de que habían sido objeto. Cfr. «Hoy se habla en Sevilla de... la Joven Escuela Sevillana», revista *Sevilla*, 23 de diciembre de 1952. Enrique Hernández Muñoz, que conserva su afición al arte, es, cuando esto se escribe, presidente de la Agencia Motor Press y del grupo editorial Luike Motor Press, fundados por él.

de Derecho de Sevilla, no suficientemente atraído por los estudios jurídicos. Introverso, profundo y serio, posiblemente aquellas semanas en La Rábida junto a pintores y escritores, en un ambiente natural y poético, le ayudaron a madurar la decisión de ir dejando el Derecho y marchar a París a iniciar la aventura artística que le ha conducido a su actual renombre internacional como pintor.

CAPÍTULO XI

EL POLITÉCNICO Y EL COLEGIO UNIVERSITARIO

Los Planes de Desarrollo Económico y Social darán ocasión en la década de los 60 a que nazca el Instituto Politécnico de La Rábida. Con él se introduce una nueva modalidad de enseñanza profesional basada firmemente en las humanidades y estructurada en un marco de solidaridad social.

La gestación de una idea

¿Cómo pudo nacer la idea de tal Instituto en la mente de un historiador como era Rodríguez Casado? Aparte de la poderosa virtualidad que hay que reconocer en las humanidades cuando, superando el límite de lo libresco, se encarnan en la vida, hay que tomar muy en cuenta las características personales de Rodríguez Casado, un hombre extraordinariamente dotado para la comunicación con los demás, jovial, extrovertido y de profundos y humanos sentimientos.¹ Sabe observar y posee en alto grado el don de la oportunidad. Domina como pocos el arte de escuchar y de asimilar lo que escucha. Parece estar siempre en trance de aprendizaje, tal es la poderosa expresión de atención que muestra en la mirada. De hecho, Rodríguez Casado aprende constantemente tanto de las personas que le rodean como de los acontecimientos. No sería atrevido decir que aprende también del mismo paisaje rabideño con el cual se identifica y en el que le complace ver la expresión del equilibrio entre la acción humana a través de la Historia que avanza y de la Naturaleza que permanece por encima de los años.

Hombre de estudio, así como de amplias lecturas,² Rodríguez Casado

¹ Como diría en cierta ocasión José Utrera Molina, Vicente Rodríguez Casado tenía «un cuerpo de roble con alma de niño».

² Ni siquiera desdeñaba las novelas policíacas.

está interesado por las implicaciones del desarrollo económico, cuyo avance puede apreciar personalmente con sólo asomarse al paisaje rabideño poseedor antaño de un recogimiento que en los años 60 comienza a pasar al capítulo de los recuerdos. Sus lecturas y la amistad con López Rodó le han permitido darse cuenta muy a fondo de las amplísimas perspectivas que abre el desarrollo para el desenvolvimiento humano en las concretas expectativas que se prevén para España.

No es ocioso examinar aquí la forma en que Rodríguez Casado procede para deliberar con sus colaboradores acerca de las cuestiones sobre las que tiene que tomar una decisión. Es fácil y apropiado describirlo inmerso en la compañía de los demás y como ávido de ella; activo, provocando el diálogo; concentrándose sólidamente en los temas al punto de ser reputado por hombre que pone toda la atención en la tarea; ciñéndose a lo que hace, a lo que inquiere, a lo que escucha o a lo que estudia en cada momento; sin inquietarse en esos instantes por lo que va a venir después. Suele guardar en la conversación largos silencios encaminados a dejar hablar a los demás. Es ducho en conducir el diálogo a buen término de una manera decidida y eficaz, pero al mismo tiempo curiosamente imperceptible, porque sus recursos no son los de un «jefe» en el sentido corriente de esta palabra, sino los propios de un contertulio cualquiera, acaso con más ingenio de lo corriente, con mayor vivacidad de respuestas que los demás cuando eso es necesario. Sabe reconducir a su cauce las discusiones extraviadas en meandros que a nada conducirían. En estas ocasiones lo hace de un modo informal, desenfadado, nada impositivo; bastándole muchas veces con una simple ocurrencia, con una pregunta, una carcajada o un quiebro que a nadie dejan en evidencia o, incluso, con aquella exclamación tan suya de «¡qué bobada!» que empleada por él adquiría un aire juguetón. No obstante, su voz y su aspecto físico impresionaban fácilmente. «Imponía por el físico y si estaba serio. No era recomendable enojarle. La seriedad y el volumen de su humanidad desaparecían al tratarlo y comprobar que eran más llamativas en su caracterología la simpatía y el dinamismo.»³

De ordinario, Rodríguez Casado renuncia a colocar los puntos sobre las íes en aras de poder llegar hasta el final. En este momento, puestas todas las ideas en común, emprende la confección de la gran síntesis en la cual de ordinario consigue aunar todos los aspectos parciales, todas las verdades a medias, todos los enfoques limitados y procura superar la subjetividad, fundiendo las ideas de los otros con las suyas propias en un solo bloque del

³ Ver el testimonio de Francisco Morales Padrón.

que ya no es posible separarlas en su individualidad, ni señalar su origen, ni distinguir qué ambiciones particulares latían en cada una, ni qué análisis parciales habían precedido a su gestación; ideas perfectamente ensambladas en conjuntos inexpugnables que Rodríguez Casado asumía totalmente como suyas y que al mismo tiempo parecían tan compartidas por todos, que cada uno se sentía en el deber de defenderlas, de plantarlas en la realidad para que fructificasen y, en definitiva, de luchar personalmente por sacarlas adelante.⁴

La ocasión y el ideal

El Politécnico es también hijo de la ocasión, como por otra parte lo fue la Escuela de Paisajistas, como en definitiva lo son todos los empeños fincados en la realidad social. Los Planes de Desarrollo estaban operando en toda España una gran transformación que alcanzaba a todos los rincones, abriendo nuevas oportunidades y borrando antiguas vigencias. Son momentos propicios para elaborar planes, urdir proyectos, y configurar el futuro en términos cuantificables. Se piensa en un porvenir que ha de ser científico, industrial y técnico. Un aire nuevo de actividad y construcción se extiende por todas partes. Desde las sierras de Aracena hasta las playas de Punta Umbría todo se remueve también en la provincia de Huelva que trata de movilizar sus recursos no explotados o insuficientemente aprovechados.

El paisaje rabideño dejará de ser el reino pacífico donde la Naturaleza

⁴ La superación personal era uno de los motivos constantes de su acción educativa.

«¿Por qué no? Así se podría resumir el mensaje que saqué en limpio de sus palabras: venía a decirme que hoy, más que nunca, tenía sentido intentar grandes cosas; que es bello luchar por ellas; divertido embarcarse en su realización; posible alcanzar bastante más de lo que sospechamos desde nuestro cómodo y perezoso pesimismo... ¿por qué no?» Son expresiones de Juan Arana Cañedo-Argüelles en su testimonio.

«En un pueblo había un loco soportado y querido por todos; era alegre y servicial, jugaba con los niños y con los perros del lugar. Como todos los locos tenía sus manías y la suya era la de tirar piedras al satélite de la tierra en los días de luna llena. Del loco se reían los realmente tontos del pueblo, porque los sensatos sabían que es muy serio eso de intentar llegar a la luna. Un día, con motivo de las fiestas patronales, el Ayuntamiento organizó festejos y concursos, y entre las competiciones se estableció un premio para quien lanzara más lejos un determinado pedrusco; y, ¡mira por donde! el que se llevó el trofeo con gran diferencia sobre los demás fue nuestro querido loco del cuento.» (Relato que Rodríguez Casado decía haber oído a su maestra de primeras letras. Aportado por el testimonio de Carlos Arenas Núñez.)

convive mansamente con los vestigios perfectamente sedimentados de la Historia. Todo se va transformando, incluso visualmente, por las cercanías de las grandes instalaciones industriales. Pronto ya no será posible el baño de los estudiantes en el embarcadero y habrá que trasladarse diariamente en autobús a Mazagón, que a su vez se va poblando de urbanizaciones. Sobre la ría, las chimeneas se multiplican y aventajan en altura a la estatua de la Fe Descubridora que la devoción hispanista de H. Hay Whitney plantara en Punta del Sebo. El largo puente sobre el río Tinto terminará con el secular aislamiento del Monasterio y de sus alrededores. En un ambiente donde la leyenda no tiene sitio, se perderá la memoria de Klaus el ¿espía? alemán de las marismas,⁵ y el nombre de Bocanegra ya no dirá nada a las generaciones de jóvenes estudiantes.

Con tan variados elementos de estímulo, de información y de alerta, ¿qué de extraño ocurre cuando una persona sensible a su entorno se preocupa de los problemas que puede traer el desarrollo económico? ¿Qué de sospechoso puede haber en el hecho de que un catedrático trate de buscar soluciones precisamente desde el ángulo de la enseñanza y de la educación? ¿Qué de alarmante hay en que un hombre fiel a sus compromisos personales y congruente con los planteamientos de su vida aborde esas soluciones con el talante que le presta su vocación?⁶

Rodríguez Casado, como historiador y como persona, mira la nueva situación con plena confianza, como si, conocedor de las dificultades que pudieran venir, supiese con toda certeza que el barco puede llegar a su destino si está el derrotero bien marcado, si se cuenta con la pericia de un buen timonel; si se sigue en la navegación unas jerarquías de acciones, de fines y de valores, y si cada uno asume las responsabilidades o riesgos que hay que asumir en cada momento.

⁵ Al tal Klaus se le atribuía un papel señalado en la historia del «hombre que nunca existió».

⁶ «No descubro nada nuevo si subrayo la circunstancia apostólica, su condición de miembro del Opus Dei desde muy joven, lo cual explica que en ocasiones muchas actividades suyas quedaran subordinadas a aquella otra circunstancia. A Vicente Rodríguez Casado no se le comprende —y ello constituye la trascendental nota de su personalidad— sin tener en cuenta esa faceta de su vocación personal», dice Francisco Morales Padrón en su testimonio tantas veces citado.

«En torno a Vicentón se formaba siempre un ambiente muy humano con una visión enormemente vitalista en la que resplandecía, con toda clarividencia (*sic*), la vocación de un miembro del Opus Dei», expresa Mariano Navarro Rubio en su testimonio.

Ver asimismo los testimonios de J.A. Calderón Quijano y José Luis González-Simancas.

La tutela de los lugares colombinos

Un ejemplo típico de esto es cómo surge la normativa que tutela actualmente la integridad de los lugares colombinos. Éstos estaban genéricamente protegidos por la legislación vigente entonces, sin que se hubiese procedido, sin embargo, al deslinde de la zona afectada. Por consecuencia obvia, esta omisión comprometía la eficacia de las medidas protectoras. El despliegue del polígono industrial vecino, con sus nuevas oportunidades para el trabajo, da lugar en toda la comarca a una demanda creciente de nuevas viviendas y al consiguiente auge de la construcción con su secuela de parcelamientos improvisados y de un urbanismo de urgencia que viene a desfigurar, cuando no a degradar, lugares de significación histórico-artística que habían permanecido desde hacía siglos con un aspecto poco menos que invariable. En abril de 1968, le toca el turno a La Rábida. Lo relata con franca nobleza una persona que, desde el papel de «agraviada» por Rodríguez Casado, pasará a la condición de amiga y colaboradora en ese gran empeño rabideño que fue en los años sesenta el Instituto Politécnico:

«En abril de 1968, mi marido y yo nos alojábamos, vivíamos, en la antigua Hostería de La Rábida, casi recién llegados de América. En aquel verano de 1968 asistimos, como invitados, a algunos de los actos culturales organizados por la Universidad de Santa María de La Rábida. Entonces conocí a don Vicente. Le veíamos con frecuencia jugando al dominó, con los alumnos. Siempre riendo. Nos recordaba, con nostalgia, la familiaridad americana en el trato entre profesores y alumnos. Enseguida nos percatamos de que era muy querido por sus alumnos y altamente estimado por todos.

»En mayo de 1968, al mes de nuestra arribada, compramos una parcela de terreno en La Rábida, para construir nuestra vivienda, a la izquierda del Camino de Los Palma, que baja hacia el río Tinto.

»Después de varios meses, por fin, el arquitecto concluyó el proyecto de nuestra casa. Un bonito proyecto. Se lo dijimos a don Vicente. Inmediatamente se movió. Recurrió a sus numerosas amistades y consiguió que se promulgara, en un plazo increíble, una Orden en el Boletín Oficial del Estado en la cual se establecían los límites del actual Parque Histórico-Artístico de La Rábida. Nuestra parcela quedaba dentro de esos límites y nos prohibían edificar en ella, justamente cuando se iniciaban las obras. Nuestro proyecto, ilusiones e impacencias se iban al traste. Fue un gran disgusto y una llantina para mí. Recurrimos, reclamamos. Todo fue inútil. don Vicente había iniciado la defensa de su Rábida... Poco después yo partici-

paba de su cariño y sentimiento hacia ese humilde y, a la vez, grandioso rincón del mundo.»⁷

La formación humanística

Pero esa defensa urgente e inesperadamente inflexible no viene provocada por el miedo ante las nuevas realidades. Por la misma época en que así se detiene la construcción de la casa de unos amigos —mínima parte de un alud de construcciones que ha desfigurado zonas paisajistas e históricas de España— Rodríguez Casado hablaba, a quien se prestaba a escucharle, del proyecto que tenía entre manos desde hacía tiempo: establecer un centro que respondiese a una nueva concepción de las enseñanzas profesionales y técnicas tal como exigían las nuevas condiciones sociales y económicas. Supo, pues, prevenir las necesidades que en el plano humano hacía surgir el rápido crecimiento del tejido industrial. Concibe así una institución modelo, y crea para ella un programa en el cual la formación humanística es el centro de gravedad en torno al cual se equilibran todos los factores de la personalidad del alumno y coinciden los puntos de referencia para la actuación docente.

Rodríguez Casado sostiene el postulado de que la técnica no tiene por qué esclavizar al hombre anulando su capacidad de solidaridad, entrega y trascendencia. Por eso, las aspiraciones del Rector de La Rábida van mucho más allá de proveer de técnicos competentes a las nuevas industrias. Superando ese esquema pragmático, se propone formar íntegramente al hombre para que pueda ejercer sobre la máquina y los «robots» el señorío a que está llamado. El desarrollo armónico debe fundamentarse, sobre todo, en la mejora de la dimensión humana de aquellos que mediante su trabajo se insertan en la vida social, proveyendo a sus necesidades propias y contribuyendo a la mejora del mundo y de la sociedad en que viven.

Esta concepción nace del reconocimiento de la persona humana como ser revestido de su específica dignidad de criatura racional y libre, que no debe ser instrumentalizada, ni puede «colocarse» como una cosa en un puesto de trabajo o en el proceso de producción.⁸ Pese a los influjos de su

⁷ Pilar Pulgar Fraile, en testimonio contenido en este volumen. Pilar Pulgar Fraile es, cuando esto se escribe, Alcaldesa de Palos de la Frontera.

⁸ Las ideas sociales de Rodríguez Casado están contenidas fundamentalmente en su libro *Elogio de la libertad social*, Piura, Perú, 1984.

naturaleza biológica y a los supuestos históricos en que se encuadra, el hombre, y las acciones del hombre, conservan su propio sentido. De ahí que el trabajo humano no pueda equipararse a una mercancía más, sujeta al libre juego de la oferta y de la demanda, ni pueda hablarse propiamente de un mercado de trabajo. La persona humana está ordenada a su propia perfección, la cual sólo se consigue plenamente en la entrega a los demás. Así, la mejor organización política será la que más se adecúe a esta exigencia social de la vida individual.

Para Rodríguez Casado, el papel del Estado consiste en garantizar el marco jurídico e institucional que permita a los ciudadanos la formación de asociaciones y grupos de todo tipo en los cuales se pueda convertir en realidad externa y operativa el sentido altruista del yo. Había en Rodríguez Casado una visión ascética del progreso material y de la planificación económica. Como configuradores del porvenir humano, ambos debían procurar la perfección del hombre, que no es otra que vivir en donación a los demás, pues la plenitud humana no llega sino en la entrega y la solidaridad.

La creación del Politécnico

Se concibe fácilmente que un humanismo así entendido sintonice con tanta facilidad con la técnica como había sintonizado con el arte, buscando la profunda plenitud del hombre por encima de dicotomías como ciencias y letras, cultura y tecnología, humanismo y pragmatismo, y otras divisiones de raíz burocrática o de inspiración crematística.

La idea de un Instituto Politécnico para Huelva que ha ido fraguando poco a poco en Rodríguez Casado encuentra apoyo en el Gobernador Civil de la Provincia⁹ y, por éste, en las autoridades locales. Tras los cuatro primeros años de labor industrializadora a través del Primer Plan, es preciso afrontar las nuevas necesidades de empleo ocasionadas por las plantas fabriles que van llenando el Polo de Desarrollo de Huelva, por la reactivación de la explotación de los recursos naturales y por el efecto multiplicador o de rebote de ambos sobre las industrias complementarias.

⁹ Lo era entonces Julio Gutiérrez Rubio, quien remitiría a las autoridades locales y fuerzas vivas de la provincia una carta solicitando su colaboración. Más tarde lo sería Juan Alfaro, de grato recuerdo para los rabideños. Ver los testimonios del propio Julio Gutiérrez Rubio, de Juan Miró y de Diego Sayago.

Tal como Rodríguez Casado lo concibe, no se trata solamente de proveer mano de obra competente a las industrias en expansión, sino de formar íntegramente al hombre que ha de trabajar sirviéndose de las máquinas y de los nuevos robots que ya se avizoran en el horizonte de la producción. Para él, el desarrollo armónico no corresponde sólo a la proporcionalidad entre inversión industrializadora y empleo, sino también a un crecimiento congruente en la dimensión humana del trabajador en el cual tiene mucho que ver la educación que recibe.¹⁰

Un largo proceso de contactos personales tanto en la provincia de Huelva como en Madrid precede a los primeros pasos visibles que conducirán a la creación del Politécnico. Después de muchas consideraciones, se llega a la conclusión de que el cauce más idóneo para la implantación de un nuevo centro que rompa los esquemas oficiales de la enseñanza es la Oficina de Educación Iberoamericana, a cuyo frente está un rabideño insigne, el salvadoreño Rodolfo Barón Castro.

El documento que da inicio a los contactos entre la OIE y la Universidad de La Rábida¹¹ se firma el 30 de enero de 1968 en el recinto de la propia Universidad. Habiéndose realizado en el plazo previsto el intercambio de puntos de vista que aquel documento previene, el contrato definitivo es formalizado en febrero de 1968. Durante los meses de marzo y abril los expertos de la OIE han de verificar el estudio de viabilidad. El avance que entregan es examinado por los consultores del proyecto reunidos en Madrid del 12 al 14 del mes de mayo. Otra reunión de los consultores, esta vez en La Rábida, del día 15 al 17 del mismo mes, termina de poner a punto, con numerosas aclaraciones, el estudio preparado por los funcionarios de la Oficina.

El día 16, en sesión extraordinaria celebrada en el Salón de Actos del Gobierno Civil de la ciudad de Huelva, con asistencia del Patronato del futuro Instituto,¹² del Secretario General de la Oficina de Educación Ibero-

¹⁰ «Si el caballo que monto supiera tanto como yo, decía Rodríguez Casado —que daba, como Montaigne, un aire festivo a sus más serios consejos—, no podría montarlo.»

¹¹ El llamado Protocolo de Intenciones.

¹² El Patronato, constituido el día 13 de mayo, estaba compuesto por las siguientes personas: Vicente Rodríguez Casado, Presidente; Jesús Paniagua Zazo, nombrado Director del Centro; Fernando de Cos Jährling, nombrado Vicedirector; Manuel Rubio Gutiérrez, nombrado Secretario. Vocales natos son el Gobernador Civil de la Provincia; el Director y el Secretario del Instituto Politécnico; el Presidente de la Diputación; los Alcaldes de Huelva y Palos de la Frontera, un representante de la Organización Sindical; un representante de la Asociación de Padres de Alumnos; y los Directores de

americana y técnicos de esta organización, de autoridades y una nutrida representación de industriales de la provincia, se dan a conocer públicamente los pormenores del proyecto. Al final, y con un estilo muy propio de La Rábida, se abre el coloquio en el que intervienen libremente los asistentes.

El Politécnico, laboratorio pedagógico y científico

El nuevo centro llevaría el nombre de Instituto Politécnico de Enseñanza Media y Profesional de «La Rábida». Estaba concebido como un establecimiento experimental o piloto que funcionaría como un laboratorio pedagógico y científico y brindaría la posibilidad de aplicar nuevos métodos y de mejorarlos mediante el correspondiente análisis de valoración de los resultados. La enseñanza debía impartirse en «paralelo», es decir, debería adaptarse en lo posible a las condiciones reales en que el futuro graduado se enfrentaría con su actividad profesional.

En su primera etapa de actividad las enseñanzas estaban encaminadas a formar Ingenieros Técnicos Industriales, de Construcción, de Minas, Agrónomos y de Montes. Del mismo Instituto saldrían también profesores de Enseñanzas Técnicas, Media y Profesional, Bachilleres, Oficiales y Maestros Industriales, Técnicos en Minas, Técnicos Agrícolas y Forestales, Técnicos en Pesca; además de Diplomados en Administración de Empresas, Banca, Comercio, Turismo, Idiomas, y Promotores del Desarrollo.¹³

Don Vicente aplicó tempranamente el esquema de la organización por departamentos y creó el Servicio de Tutorías y de Orientación en beneficio del alumno. Se empeñó —y lo consiguió— en impartir una enseñanza personalizada mediante un selecto plantel de profesores escogido por él mis-

Grado Medio de la provincia que se señalen. Forman igualmente parte del Patronato, en calidad de vocales, los siguientes: Fray Gabriel Amed; Octavio Gil Munilla; José Moya Chamorro; Camilo Sueiro; Ignacio López González; Matías Valdecantos García; Andrés Bravo Izquierdo; José Jiménez Sarrión; Rodolfo Barón Castro; Manuel Garrido Gal; Enrique Iñiguez Cejuela; Miguel Martín Navarro; José de la Torre Verdier; Manuel Robles Ortega; Rafael Torrella Rendón; Antonio Bamba Aguirre; José Díaz Martín; Faustino Revuelta García; Enrique Guerrero de la Rocha; Carlos Mingarro; Gregorio Iglesias Portero; Juan José Bonsón Torres; Tomás Esponera; José Luis Fernández Canti; Manuel Barranco Colmenero; Carmen Granelles Álvarez; y Santiago Fernández Olivares.

¹³ En cuanto a la andadura del Instituto Politécnico, ver los testimonios de Carlos Vilchez y de Jesús Paniagua Zazo.

mo y al que supo comunicar su entusiasmo por aquella nueva empresa educativa. En cuanto a la formación social y humanística, logró que no se convirtiese en un simple conglomerado de asignaturas consideradas inútiles —«marías» en el argot estudiantil español—, mediante el recurso de organizar todas las actividades culturales y deportivas en clubes aglutinados en torno al módulo llamado la «Casa de Saltés» dentro del complejo de edificios de La Rábida. Consiguió dar vida a una institución modélica¹⁴ que fue punto de arranque para el Colegio Universitario La Rábida, base de las Facultades con que hoy Huelva cuenta.

Semejante empresa de alta ambición, que pretendía implantarse en un rincón de España alejado entonces de los grandes centros de poder, que encerraba una intención innovadora suficiente para asegurarle de antemano la enemistad de todas las rutinas y de todas las burocracias, que poseía una estructura atípica sin ninguna relación con los esquemas educativos vigentes, podía parecer un intento descabellado. Sin embargo, llegó a realizarse. Entre los montes se abrieron paso las aguas. don Vicente rehusó una vez más verter el vino nuevo en odres viejos. Quiso de nuevo jugar en su propia cancha y, siguiendo un hábito profundamente arraigado en él, apostó por el futuro: quería conseguir un gran complejo universitario partiendo de la enseñanza técnica y profesional que en la España de los años 90 está todavía muy lejos de ocupar el puesto que le corresponde.

Anticipándose a políticos y expertos, don Vicente sostenía que en España los centros de Enseñanza Profesional debían doblar en número de alumnos a los centros de Bachillerato. Consiguió sacar adelante su proyecto,¹⁵ pero fracasó en su intento final: hacer del complejo de La Rábida una gran institución sostenida por la iniciativa privada.

El Colegio Universitario

El segundo gran proyecto de Rodríguez Casado, el Colegio Universitario de La Rábida, fue fundado en 1972¹⁶ en condición de adscrito a la Univer-

¹⁴ Consultar al respecto los testimonios de Anselmo Botello, de José María Segovia Azcárate y de Amalio García Arias.

¹⁵ En agradecimiento a su fundador y mentor, el Instituto de Formación Profesional de La Rábida lleva desde el 7 de abril de 1989 el nombre de «Vicente Rodríguez Casado». En el homenaje a que dio lugar la nominación, Francisco Fernández Romeu, Director del Centro, impuso a don Vicente, en nombre de la APA, el Escudo de Oro del Instituto.

¹⁶ Decreto 2.426/72, de 21 de julio, *Boletín Oficial del Estado* de 20 de septiembre de 1972.

sidad de Sevilla¹⁷ y siendo la entidad titular la Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Huelva.

Su órgano supremo, el Patronato,¹⁸ estaba compuesto por tres representantes designados por la Universidad de Sevilla en su condición de cabecera a la que estaba adscrito; por el Presidente de la Excm. Diputación de Huelva, que podía delegar en un diputado provincial; y por seis vocales designadas por el Consejo de Administración de la Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Huelva como entidad titular. El cargo de Director del Colegio, que recaía en un Catedrático de la Universidad de Sevilla, era nombrado por el Rector de dicha Universidad.

De un modo más estructurado que la Universidad de La Rábida, el Colegio se distinguió por su mínima burocracia. La Secretaría estaba desempeñada por un Profesor del Centro designado a tal efecto por el Patronato y ayudado por algunos empleados administrativos. Un Jefe de Negociado, nombrado por la Dirección del Colegio, se encargaba de los asuntos económicos.

Financiación y alumnado del Colegio

La financiación del Colegio se hacía a través de la Confederación de las Cajas de Ahorro. Instituciones públicas, como el Ayuntamiento de Huelva y la Diputación Provincial, contribuían a sufragar los gastos. Los alumnos con solvencia económica demostrada eran llamados a contribuir con una cuota de dos mil pesetas mensuales,¹⁹ más tarde elevada a tres mil, otorgándose a los demás becas por el mismo importe. Las becas eran discernidas por la Comisión de Exención de Cuotas.

Fundado para absorber la demanda de educación superior generada por el desarrollo de la provincia de Huelva, el nuevo Colegio admitía —como es de rigor en todo establecimiento que se precie de Universidad— alum-

¹⁷ De acuerdo con el Decreto 456/69, de 27 de marzo, que regulaba esta materia.

¹⁸ El Patronato fue creado por el Decreto 3.349/73, de 7 de diciembre, *Boletín Oficial del Estado* de 16 de enero de 1974 —de adaptación del Colegio a la normativa puesta en vigor por el Decreto 2.551/72, de 21 de julio—, y modificado por Decreto 3.420/78, de 22 de diciembre.

¹⁹ Estas cuotas fueron establecidas en virtud de los derechos que el Decreto fundacional confería al Patronato. De hecho, durante el curso 78-79, el 60 por ciento del alumnado disfrutaba de exención de cuota. La proporción bajó al 50 por ciento para el curso 79-80.

nos de otros lugares. Éstos, en su mayor parte, procedían de las provincias andaluzas.

Los estudios en el Colegio Universitario

El Decreto fundacional²⁰ autorizaba al Colegio a impartir las enseñanzas correspondientes al primer ciclo de estudios de la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales, Sección de Empresariales. En 1976²¹ fue habilitado también para la docencia correspondiente al primer ciclo de estudios de la Facultad de Geografía e Historia. En 1975, para Empresariales y en 1979 para Geografía e Historia, el Colegio creó Extensiones Universitarias que permitían a los alumnos que habían superado el primer ciclo proseguir en la misma Huelva los estudios de cuarto y quinto cursos, si bien en condición de alumnos de las respectivas Facultades de la Universidad de Sevilla.

El Colegio también impartía el Curso de Adaptación para Profesores de Enseñanza General Básica, Plan de 1971, que posibilitaba el acceso al cuarto curso de Historia General, ya dentro del segundo ciclo.

Politización contra enseñanza de alta calidad

En septiembre de 1977, un grupo de alumnos dirige a los medios de comunicación un escrito en el cual se denuncia lo que llaman una política clasista y discriminatoria del Opus Dei y recusan el Reglamento de Régimen Interior, que había significado, según ellos, el endurecimiento de condiciones para todos los profesores «excepto para los incondicionales a la dirección y al dinero».

Apoyando esta acción, intervienen públicamente los partidos de izquierda y las centrales sindicales exigiendo la destitución del Patronato y su «sustitución por otro constituido por aquellas entidades comprometidas en el desarrollo cultural onubense». El escrito en que los partidos y las organizaciones sindicales divulgaban sus pretensiones protestaba también contra la existencia de becarios —lo eran de Cajas de Ahorro de otras provincias—

²⁰ Corroborado por el ya citado Decreto 3.349/73, de 7 de diciembre.

²¹ Real Decreto 2.540/76, de 10 de agosto, *Boletín Oficial del Estado* de 12 de noviembre de 1976.

no onubenses y contra la existencia de un ideario educativo. Las entidades firmantes,²² exacerbando problemas que podían haber sido resueltos por medios académicos, pretendían actuar en favor de una mayor libertad y democracia. En el fondo, sólo propiciaban la intervención de la burocracia oficial.

La politización hizo su efecto dando fin a la iniciativa que pudo haber creado en Huelva el gran centro universitario de las Cajas de Ahorro. El Colegio, concebido como una entidad de financiación privada y de objetivos sociales, fue entre 1972 y 1978 y de acuerdo con la legalidad vigente entonces, el más serio intento de extender a muchos una forma de hacer universidad sobre bases convivenciales y dentro de un quicio humanístico que ya había dado sus primeros frutos en la Universidad de La Rábida y en el Instituto Politécnico de La Rábida. La relativa frustración de este intento ha de encontrarse, más que en la inestabilidad propia de un periodo transicional, en el nerviosismo de los políticos del momento que, en detrimento de la enseñanza de alta calidad, dieron pábulo a sectores que, menos obligados a saber lo que es una institución universitaria, abrigaban la supersticiosa creencia de que toda obra social ha de venir de manos del Estado y bajo su dirección y competencia.

²² Tal como se puede comprobar por las publicaciones de aquellas fechas, especialmente de *Odiel*, *ABC* y *Sábado Gráfico*, los partidos políticos participantes —salvo el PSOE, casi todos hoy desaparecidos— en la campaña contra el Colegio fueron: Partido del Trabajo de España, Liga Comunista Revolucionaria, Partido Comunista de España, Partido Socialista de Andalucía, Juventudes Comunistas Revolucionarias, Organización Revolucionaria del Trabajo, Partido Socialista Obrero Español Histórico, Partido Socialista Obrero Español Renovado y Partido Socialista Popular. Los sindicatos —salvo Comisiones, también todos ya desaparecidos o de presencia testimonial en el mundo del trabajo— fueron: Comisiones Obreras, Sindicato Unitario, Confederación de Sindicatos Unitarios y Unión Sindical Obrera.

CAPÍTULO XII

HOMBRES Y MUJERES DE LA RÁBIDA

Más importantes que las estructuras burocráticas y las reglamentaciones es el espíritu que anima a una institución y el impulso que la sostiene en la correcta andadura hacia el cumplimiento de sus fines. Ambos han de referirse, en último término, al factor humano.

No le faltaron a la Universidad de La Rábida hombres ni mujeres que dieron lo mejor de sí en la empeñosa tarea de sacar adelante una iniciativa que no contó nunca —y menos en sus comienzos— con medios materiales abundantes. Ya se ha hablado de algunas de estas personas en capítulos precedentes. Así, Florentino Pérez-Embido y José Antonio Calderón Quijano, los dos primeros Secretarios¹ con que contó La Rábida ya en 1943, se hicieron cargo de sus funciones conjuntamente, pues hacerlo por separado hubiera supuesto añadir una dificultad más a las que cada uno de ellos tenía entonces para conseguir su afianzamiento profesional como catedráticos.

Pérez-Embido actuó de Secretario hasta el curso de 1945, y Calderón Quijano hasta 1946. Ambos desempeñaron tales cargos a título gratuito, pues no había presupuesto para pensar en una remuneración por pequeña que fuese.² La implantación de La Rábida y el primer desarrollo de la Uni-

¹ La Directiva de la Universidad de La Rábida sólo asume la denominación de Junta de Gobierno a partir de la Orden Ministerial de 12 de diciembre de 1958 (véase anexo). No obstante, los gestores designados por el Patronato de La Rábida que preside el Rector de la Universidad de Sevilla constituyen una verdadera Comisión de Gobierno a partir del Curso VIII (1950) cuando se crea el cargo de Jefe de Estudios, posteriormente Director de Estudios.

² La escasez de medios acompañó a La Rábida todos sus días. Tal circunstancia no parece haber influido peyorativamente en su proyección como universidad de verano ni haber ocupado un lugar importante en los esquemas mentales de Rodríguez Casado y sus colaboradores. «Don Vicente estaba convencido de que cuando se presentaba una obra bien hecha se encontraban los recursos económicos para sufragarla»,

versidad deben mucho a la capacidad de entrega y al buen tino de estos dos primeros Secretarios.

Con el tiempo, sus actividades intelectuales y políticas llevarían a Pérez-Embid a instalarse en la capital de España; pero este alejamiento relativo no fue obstáculo para que acudiese, cuantas veces se le llamase, a participar como profesor en los cursos de verano lo mismo que en otras actividades organizadas por la Universidad. Son numerosos todavía los antiguos alumnos que, al cabo de los años, recuerdan con especial cariño la jovial presencia de Florentino en las tertulias, y sus clases y conferencias preparadas con solidez e impartidas con autoridad. Su palabra oportuna y su ejemplo sirvieron a muchos de acicate para buscar la propia superación.

Calderón Quijano, mexicano tempranamente transterrado, es ejemplo de quien siembra y cosecha en Sevilla durante toda su fructífera vida. Dedicado plenamente a la docencia y a la investigación, es autor de copiosa y meritoria obra. Con el tiempo llegaría a ser Rector de la Universidad hispalense y como tal ocuparía el cargo de Presidente del Patronato de la Universidad Hispano-Americana de Santa María de La Rábida. Su presencia es fundamental como profesor y como gestor.

Otro tanto puede decirse de Ángel Martín Moreno, profesor de la Universidad hispalense, intendente y administrador perpetuo de La Rábida; espíritu insumiso y leal que nunca desdeñó asumir las tareas más dispares, humildes y pesadas que exigía el funcionamiento de la Universidad desde sus mismos inicios.³

El año de 1946, mientras Calderón Quijano continúa de Secretario, a Pérez-Embid le sustituye Guillermo Céspedes del Castillo, quien solucionó personalmente muchas de las dificultades que planteaba el proyecto de construcción de la Residencia de la Universidad. Al año siguiente, tanto Céspedes como Calderón Quijano son relevados por Diego Bermúdez Camacho, que permanecerá en esas funciones hasta el curso de 1950; y por Ángel Martín Moreno, cuyo nombre es uno de los que terminaría identificándose con la vida de la propia Universidad.

expresaría al autor Octavio Gil Munilla. Ver también testimonio de Mauro Rodríguez Sánchez para la Asociación.

³ Había sido durante la Guerra Civil oficial de un batallón de Cultura del Ejército Rojo y presumía de haber estado internado en un campo de concentración en Teruel. Prieto Soler, que tuvo profunda amistad con él, le caracteriza como hombre generoso, dispuesto a la entrega a los demás y «enemigo de cuanto pareciera insincero o interesado».

Los alumnos, que en los comienzos de la década de los cuarenta apenas superan la treintena por verano, ya en 1950 han pasado a ser más de medio centenar en cada curso. Ese año se crea precisamente la Jefatura de Estudios, cargo que recae en Octavio Gil Munilla, quien de hecho venía colaborando en esa y otras tareas desde los tiempos iniciales.

Colaboradores para todo

Una característica de la gestión rabideña es afrontar el incremento del trabajo mediante nombramientos informales que en realidad convierten al designado en colaborador para todo. Los Secretarios, por ejemplo, se enfrentan a una labor que excede ampliamente las funciones que normalmente se identifican como propias de tal cargo. Igual sucede con el Administrador, el Bibliotecario, el Jefe de Estudios, el Director de la Residencia, etc. Cada responsable tiene un núcleo insoslayable de funciones, pero al mismo tiempo asume las que la coyuntura de cada día le pone en situación de afrontar; de modo que sólo con muchas salvedades se puede hablar de estructuras organizativas en la Universidad de La Rábida.⁴

Desde 1946 hasta 1956, Ángel Martín Moreno llevará la Secretaría de la Universidad auxiliado por un grupo variable de Secretarios adjuntos: Carlos Corona Baratech (1950-1952), Patricio Peñalver Simó (1953-1959), Miguel Álvarez Morales (1956).⁵ En 1957, tras diez años de servicio, Ángel Martín Moreno pasa a la Jefatura de Estudios, siendo reemplazado en la Secretaría por José María Prieto Soler⁶ y Antonio Roldán, quienes perma-

⁴ Esto explica la eficacia de La Rábida y también su escasísimo papeleo y su nulo sentido burocrático. Igual que los alumnos inmersos en un continuo alerta intelectual sólo interrumpido por la jácara y los deportes, los componentes de la Junta de Gobierno y sus colaboradores combinan sus tareas específicas con las variadas obligaciones que les imponen la convivencia diaria con los alumnos y profesores.

⁵ En su libro de poemas *La flauta de caña* (Madrid 1985), Miguel Álvarez incluye uno titulado «En tierras de La Rábida», que se inserta en el testimonio escrito por dicho autor.

Tanto en esa colaboración, como en la de José María Prieto Soler repetidamente citada en este capítulo, se refleja el ambiente de la fiesta y homenaje de Fuente Piña.

⁶ José María Prieto es autor de un extenso y valioso testimonio centrado sobre los años 1952/1956 e inmediatamente siguientes y que sirve de apoyo a buena parte del contenido de este capítulo. Prieto Soler relata así su promoción a la Secretaría de La Rábida: «En julio de 1956 estaba en Cádiz después de terminar la Licenciatura de Filosofía en Madrid. Vi anunciada en un periódico una conferencia de don Vicente en los cursos de verano de la Facultad de Medicina. Por deferencia a mi antiguo profe-

necerán en ese cargo hasta el curso de 1960. En 1961, junto a Antonio Roldán aparece como Secretario Ramón Cercós Bolaños. En 1962, Francisco Raya Saro sustituye a ambos.

La cifra de alumnos, que en los comienzos de la década apenas sobrepasaba las seis decenas, pronto se mantendrá en torno a los setenta. No es una cifra cuantiosa, mas sí lo es el trabajo que supone en cuanto que la selección de los aspirantes se hace con muchísimo esmero, y a lo largo del curso se atiende a todos los asistentes —tanto profesores como alumnos— con dedicación personalizada. Esto en La Rábida no es un tópico, sino una realidad palpable día a día y hora a hora.⁷

En 1961 se instauran los cursos para universitarias, que en cierta forma vienen a duplicar el trabajo. Se hace cargo de ellos, en calidad de Director, Francisco Morales Padrón, ocupando también un lugar destacado en su inicio y desarrollo Antonio Muro Orejón.

En los cursos masculinos, el cargo de Director de la Residencia aparece en 1960 y lo desempeñará hasta 1962 Patricio Peñalver Simó, que había sido

sor, fui a escucharla y a saludarle. Debía estar pensando en la organización de La Rábida, porque en cuanto me vio me pidió que fuéramos a charlar. Nos sentamos en 'El Telescopio', un bar ya desaparecido que había debajo de la casa de mis padres en la Alameda de Apodaca. Me dijo que Miguel Álvarez no podía seguir con la Secretaría, que si quería hacerme cargo de ella. No lo dudé. De esa manera comenzó mi colaboración con la Junta de Gobierno. No le importó que no tuviera experiencia; la fui consiguiendo con su especial manera de dirigir: entregar toda la responsabilidad, confiar en los colaboradores, apoyar siempre y suplir en caso extremo. Efectivamente, cuando hay una persona que sabe dirigir, estar en su sitio, todos los demás saben dónde se deben colocar y qué tienen que hacer: ocurre así desde las grandes organizaciones hasta el deporte.» Véase testimonio.

⁷ De previo a la llegada a La Rábida de los estudiantes, Rodríguez Casado, Gil Munilla y demás colaboradores memorizaban nombre, apellidos y circunstancias de cada uno de los admitidos al curso. Para aposentarlos, combinaban procedencias, carreras y aficiones de modo que se facilitase la apertura a los demás pese a las diferencias. Los festejos y tertulias permitían romper el hielo y evitar los aislamientos.

Por otra parte, la convivencia continua daba lugar a agrupaciones espontáneas de intereses, afinidades, ideas y costumbres que no sólo pervivían sino que animaban y daban color a la vida común rabideña. Así se explican anécdotas como la narrada por Miguel Ángel Garrido Gallardo: «... a las primeras de cambio [don Vicente] me dijo: los 'rojos' se reúnen por la noche en la Sala de Música. Te lo digo por si te interesa.» Ver testimonio de dicho autor. O como la que cuenta Juan Carlos Arias Divito de la «rueda de mate de los argentinos» del XXI Curso. O la que refiere el mexicano Agustín Basabe Fernández del Valle acerca de los cuidados de que fue objeto durante su enfermedad en La Rábida, en carta de 26 de agosto de 1992 dirigida a Fernando Fernández. O la que explica la previsor y sutilísima intervención de don Vicente ante posibles descortesías en el trato con compañeros físicamente más débiles, relatada por Rafael Gómez-López Egea en su colaboración.

Secretario adjunto desde 1953 hasta el curso de 1959. En los años sucesivos ocuparán el puesto de Director de la Residencia José María Prieto, que había sido también Secretario adjunto desde 1957 a 1960, Patricio Peñalver Simó, que retorna en 1965, y Alberto Laverón Iturralde, quien lo desempeñará desde 1966 hasta 1973.

Pablo García Izquierdo, «Don Pablo», antiguo Alcalde de Moguer y durante años Administrador de La Rábida, pasa a ser Secretario en 1964, con Jorge Bernales Ballesteros como adjunto. El fallecimiento de García Izquierdo, ocurrido en el primer trimestre de 1965, deja un vacío tanto funcional como de afecto a la labor de la Universidad con la que se había identificado plenamente.⁸

En 1964 se hace un intento de reorganización. Creado ese año el cargo de Secretario General por el CSIC, éste recae en José Martínez Fons, quien asumirá al año siguiente la responsabilidad conjunta de todas las actividades de la Universidad que ya para entonces se han diversificado notablemente.⁹ El puesto de Administrador, desempeñado por Martínez Fons un año antes de ser nombrado Secretario General, recae en Federico Pérez Piñar, en el año 1966, y en Antonio Fernández Suárez, desde 1967 hasta 1972.

La Jefatura de Estudios, desempeñada desde 1957 por Ángel Martín Moreno, pasará en 1965 a denominarse Dirección de Estudios, desdoblándose en sus funciones. Ángel Martín Moreno concentrará su atención en los cursos para universitarias desde aquel año hasta 1973. De los cursos masculinos cuidará Ramón Cercós Bolaños desde 1965 a 1969, ambos inclusive. José Luis Murga Gener sucederá a Ramón Cercós desde 1970 hasta el final del periodo objeto de nuestro estudio.

A partir de 1965, habrá un Secretario dedicado exclusivamente a los cursos para universitarias y lo será, hasta 1973, Jorge Bernales Ballesteros, quien de hecho venía ejerciéndolo, aunque sin figurar como tal, desde 1963 en que sustituyó a Morales Padrón.¹⁰

⁸ El nombre de Pablo García Izquierdo alcanza a aparecer en los programas del verano siguiente, impresos antes del fallecimiento de don Pablo.

⁹ Martínez Fons tuvo labor destacada en la organización de los cursos de la Universidad en colaboración con el Instituto Social de la Marina, así como en las actividades de los Ateneos.

¹⁰ El fallecimiento de Jorge Bernales nos privó de su aportación, sin duda valiosa, acerca de los cursos para universitarias. Pese a haber contrariado su deseo de no aparecer en estas páginas, me permito consignar aquí sus propias palabras al respecto: «... puede prescindirse de mi nombre, pues mi actuación rabideña se debió fundamentalmente a mi vinculación, inquebrantable por otra parte, con don Octavio [Gil Muni-lla]» (Anexo a la carta donde apuntaba observaciones al primer borrador de este libro, noviembre de 1990).

Las profesoras —algunas de ellas catedráticas hoy— y las estudiantes universitarias que, a partir de 1961 con la creación de los cursos femeninos, tomaron bajo su responsabilidad la atención a las alumnas asistentes a los cursos, actuaban también dentro de un organigrama poco definido en sus perfiles funcionales pese a denominaciones muy precisas como las de Delegada, Directora de Residencia u Organizadora de Actividades, que encerraban un significado operativo mucho más amplio del que deja traslucir su sentido estricto y de cuya eficacia quedaba huella tanto en el éxito de los cursos, como en las referencias de la prensa.¹¹ Estas mujeres fueron: Lourdes Díaz Trechuelo y Spínola,¹² ya mencionada, a quien le correspondió iniciar la labor; Mila Cobos Mancebo, Directora de la Residencia; Pilar León Alonso, hoy Catedrática en Córdoba; María de Gracia Díez Esteve; María Cabeza Orosio Laviña; María José del Castillo; Juana Gil Bermejo; Flora María Sánchez; Pepita Flores; María Coll; María Soledad Rubio Sánchez, que tuvo a su cargo la organización de actividades culturales; y Antonia Heredia Moreno. A éstas hay que sumar un grupo de alumnas distinguidas que lo fueron de varios cursos y que coadyuvaban a las tareas de la gestión de los mismos: Rosario Sevilla, María Ángeles Navarro y Pilar Sanchís Ochoa, entre otras.

El cargo de Bibliotecario fue creado en 1966, siendo desempeñado durante ese curso por José Alfaro Baztán y por José María Lora en 1967, año en que las funciones son reabsorbidas por la Dirección de Estudios de la que se habían desglosado.

Continuidad y fidelidad

Como puede observarse leyendo esta relación, casi desde un principio la Secretaría desempeñó de hecho el papel de comodín al mismo tiempo que

¹¹ Los cursos para universitarias tuvieron especialísima acogida en el diario *Odiel*, de la ciudad de Huelva, como también en la edición andaluza del diario *ABC*. La prensa local de diversas provincias recogía con frecuencia las impresiones de estudiantes rabideñas originarias de las mismas. El *Semanario Cordobés* es de las publicaciones que se encuentran en este último caso. En cuanto al conjunto de las actividades de la Universidad de La Rábida, tuvieron de forma irregular repercusión en periódicos de la capital de España como el mismo *ABC* en su edición nacional, el diario *Madrid* y el diario *Pueblo*. Revistas estudiantiles de entonces, como *Moncloa* y otras, reprodujeron ocasionalmente textos de obras poéticas premiadas en los concursos de La Rábida o hicieron referencia a las actividades de dicha Universidad.

¹² Los testimonios de Lourdes Díaz-Trechuelo, Antonia Heredia Moreno, Nani León de Molina, Valentina Manrique Romero y María Ángeles Navarro López se recogen en este volumen.

de puesto de fogeo para curtirse en la pluriforme función que La Rábida exigía a sus gestores, fuese cual fuese el puesto que desempeñasen. De la Secretaría saldrían en buena medida las personas que, familiarizadas con la idiosincrasia de la Universidad, irían cubriendo los cargos según las necesidades que surgían del crecimiento de las actividades.

La continuidad en el servicio, en condiciones tales que casi estamos tentados a decir fidelidad, parece constituir una característica rabideña durante el periodo estudiado. Octavio Gil Munilla encarna la figura del Vicerrector sin relevo; lo fue desde 1951 hasta 1973 en que puso su renuncia.¹³ Un caso parecido es el de Ángel Martín Moreno, con veintiocho años de servicio; o de Pablo García Izquierdo, que con su amistad desde el primer día contribuyó a dar a La Rábida «su estilo abierto, comunicativo y de servicio»¹⁴ en integración con su entorno humano; o de Jorge Bernales, que desempeñó, de hecho o de derecho, durante once años, la Secretaría de los cursos para universitarias, y Martínez Fons durante diez la Secretaría General.

El caso de Miguel Álvarez Morales es distinto. Secretario por el fugaz lapso de un solo curso, el de 1956, su presencia en La Rábida no es longeva y continuada como la de los rabideños antes mencionados, sino ejemplarmente intermitente, pues, hasta 1972, será el mantenedor y animador del homenaje anual que la Universidad dedica a Juan Ramón Jiménez en la finca del poeta en las cercanías de Moguer.

La condición de antiguo alumno fue corriente entre los hombres de La Rábida. La tuvieron Antonio Muro Orejón, recientemente fallecido, que concurrió voluntariamente como alumno al curso de 1943;¹⁵ Octavio Gil

¹³ «Ayudó evidentemente a ello [al estilo de La Rábida] el carácter de don Vicente, y en no menor medida la dedicación del Vicerrector Octavio Gil Munilla, a las relaciones con Huelva, Diputación, Ayuntamiento, etc. Fueron innumerables los viajes y visitas que don Octavio hacía desde La Rábida o Sevilla a la capital onubense o a algunos de sus pueblos para ofrecer los servicios de la Universidad, para alentar actividades científicas o culturales en la provincia o para recabar ayuda para su Universidad. No habrá actas o escritos que recojan este quehacer callado y continuo, pero cuando se ve el desarrollo actual de los estudios universitarios en este rincón de España no se puede olvidar el trabajo de estos pioneros en un medio postergado en aquellos años.» Son palabras de José María Prieto Soler en su testimonio.

¹⁴ Prieto Soler, José María, ob. y lug. cit.

¹⁵ La presencia en La Rábida de Antonio Muro en calidad de docente, incluso ya jubilado como catedrático, se extiende desde el periodo fundacional hasta el momento de su fallecimiento (1994) en que la institución, superados tiempos difíciles que comprometieron su continuidad, se encamina —al abrigo de una nueva ordenación legislativa— a su estructura definitiva. Juan Marchena F. —Director a la fecha de la Universidad Hispanoamericana— glosa en artículo publicado en la sección «Tribuna

Munilla, también fallecido, fue alumno del curso II (1944); José Luis Murga Gener lo fue del III; José Martínez Fons, del VIII (1950); José María Prieto Soler del X (1952); Miguel Álvarez Morales y Ramón Cercós Bolaños del XII (1954); Federico Pérez Piñar del XIV (1956); Antonio Roldán Pérez del XV (1957); Francisco Rayo Saro del XVII (1959); y Jorge Bernales Ballesteros —fallecido— del XX (1962); y otros más.

Las personas y el ambiente que crean

La Rábida fue todo un ambiente. Y un ambiente no viene creado solamente por los miembros de la Junta de Gobierno y sus más estrechos colaboradores. En sentido amplio, hombres y mujeres de La Rábida son todos los que, como profesores, alumnos, visitantes y empleados, ayudaron a construir esa confortable e intensa atmósfera que presidió los cursos durante los años que hemos estudiado. De la influencia que las condiciones generales de la época tuvieron en la creación de ese ambiente hemos dicho algo en capítulos anteriores. Al hablar específicamente de las personas, no podríamos omitir los miembros del Servicio. Antonio Camacho, Conserje de la Universidad, palermo fino y atento, poseedor de un aire de dignidad antigua, con frecuencia afanado en la busca de su campana escondida habitualmente por los estudiantes y trabajador de jornada «nunca regulada por ningún otro convenio laboral que no fuera la propia satisfacción por el servicio que prestaba».¹⁶ Antonio Raposo, Conserje también, moguerense, cuya pulida calva —que contrastaba con su profesión anterior de barbero— le valió el apodo de «el Melenas». Pepe Cintado, chofer del viejo coche de la Universidad y encargado de la proyección de las películas, que se enfrentaba a los contratiempos de la mecánica con mucha paciencia y mayor sabiduría.¹⁷ Alejandro «el del PMM»,¹⁸ chofer que don Vicente se traía de

abierta» del diario *ABC* de Sevilla, de 5 de abril de 1994, la fidelidad rabideña de Antonio Muro, palpable a través de las diversas etapas de la institución. Refiriéndose al espíritu rabideño, pone en boca de Muro las siguientes palabras: «Si lo tenéis allí mismo: el espíritu de La Rábida lo invocáis y acude cada vez que sois capaces de andar juntos buscando algo, lo que sea, pero buscando, que es lo que deben hacer los jóvenes, y nunca harán más los viejos: buscar. Porque sin buscar no hallaréis nada ni os hallaréis a vosotros mismos.»

¹⁶ Prieto Soler, José María (ver testimonio citado).

¹⁷ «Las frecuentes averías y parones permitían apreciar la apacible belleza del Aljarafe y del Condado. ¡Cuántas horas parados antes o después de Castilleja del Campo esperando la ayuda de San Cristóbal...; eso sí, Pepe Cintado tenía la amable

Madrid en sus años políticos, hombre «de otro país», que hizo lo posible por adaptarse al ambiente de La Rábida. Teresita Cubells, castellanense de Benicasim, encargada de la Residencia, y sus dos ayudantas, las hermanas Manolita y Eladia Pantión, pertenecientes al Servicio de la Escuela de Estudios Hispano-Americanos, que se trasladaban a La Rábida cada verano. Antonio Bocanegra, guardián del embarcadero y hermano de Luis, el de la barca, calafate de la flota rabideña de traineras, bateles, piraguas y chinchorros.

Este capítulo quedaría incompleto si se omitieran los nombres de Rodolfo Barón Castro, Fernando de Armas, Enrique Sánchez Pedrote, Guillermo Lohmann Villena y Jesús Arellano Catalán, que como profesores serían los más asiduos e integrados en el ambiente rabideño. En cuanto a José Manuel Cuenca Toribio, alumno del curso XVI y Profesor de La Rábida, baste recordar que fue el inventor y principal propagandista del término «rabideño» en su acepción de individuo perteneciente a ese mundo cordial e intenso de la Universidad donde se ingresaba de una vez para siempre.

Un recuento final arroja un núcleo de cincuenta y dos personas de dispar carácter y condición que, repartidos irregularmente en treinta y un veranos consecutivos —los que van de 1943 a 1973—, cuidaron de diverso modo, administraron, animaron e impartieron los cursos junto con centenares de profesores de España y otros países,¹⁹ en beneficio de mil quinientos estudiantes de ambos sexos,²⁰ sin contar los asistentes a los cursos de extensión cultural que generó la Universidad.²¹

Ciertamente, ninguna Universidad puede ser valorada en términos puramente cuantitativos, ni las cifras que apurando mucho pueda arrojar La Rábida en cuanto a población estudiantil pueden causar hoy asombro a

habilidad de que la avería se produjera cerca de aquella Venta que sabía que le gustaba a don Vicente. Las repetidas averías establecieron una cordial amistad con el ventero, que nada más entrar, preguntaba: '¿Otra avería, don Vicente? ¿Huevos con chorizo?' Prieto Soler, José María (ver testimonio citado).

¹⁸ Iniciales de Parque Móvil Ministerial, que en España encabezan las placas de matrícula de los vehículos de la administración civil central.

¹⁹ La lista de los profesores de La Rábida, confeccionada de acuerdo con los programas publicados cada año, se incluye en anexo de este volumen.

²⁰ Las listas de alumnos se reproducen también como anexo a este volumen. Al no ser oficiales, es probable que algunos estudiantes en ellas relacionados no hayan asistido, finalmente, a los cursos y sí, en cambio, lo hayan hecho otros que no aparecen.

²¹ El estudio y clasificación de los cursos o ciclos impartidos, así como de las conferencias, daría lugar a la realización de un catálogo que excede con amplitud los límites de este trabajo.

nadie. Más vale, tratándose sobre todo de una Universidad de verano — modelo en el cual cabe una enorme diversidad— apreciar en La Rábida su capacidad para divulgar los conocimientos superiores comenzando por un sector universitario muy escogido; su innegable disposición a propiciar el contacto de los profesores entre sí y de éstos con los alumnos y su buen talante para fomentar el enfoque pluridisciplinar de los problemas del momento. Todo esto lo consiguieron los hombres y mujeres de La Rábida sin desvirtuar el destino de esta Universidad especializada en Historia Americana, prescindiendo de la burocracia y con «el indispensable factor coactivo reducido al mínimo posible»,²² de modo que el *homo sapiens* y el *homo ludens* se diesen la mano para mayor salubridad del cuerpo y del espíritu.²³

El cese de Rodríguez Casado

Por disposición estatutaria, el Rector de la Universidad de Sevilla era también Presidente del Patronato de la Universidad de La Rábida. Durante el periodo objeto de este estudio ocuparon el Rectorado hispalense los catedráticos siguientes: José Mariano Mota Salado, que abarca los ocho primeros cursos; Carlos García Oviedo, cuya presidencia corresponde a los años de 1951 a 1954; Juan Manzano y Manzano, Presidente durante el curso XIII; José Hernández Díaz, desde el curso XIV (1956) hasta el XXI (1963); José Antonio Calderón Quijano, del curso XXII (1964) al XXVIII (1970), y, finalmente, Manuel Francisco Clavero Arévalo durante cuya presidencia se produce el cese del principal hombre de La Rábida, Vicente Rodríguez Casado por la intervención directa del Ministro de Educación Nacional Cruz Martínez Esteruelas, quien al parecer prescindió en aquella ocasión de toda consulta al Patronato.

El cese fue notificado por el Ministro Cruz Martínez Esteruelas en carta personal dirigida a Vicente Rodríguez Casado y que éste contestó en términos cordiales.²⁴ Al conocer la noticia, Octavio Gil Munilla, Vicerrector, José Martínez Fons, Secretario General, Ángel Martín Moreno y Jorge Ber-

²² Testimonio de Alejandro Rojas Marcos.

²³ Cfr. Villapalos, Gustavo, «Universidades de Verano», en página tercera de ABC, 3 de julio de 1993.

²⁴ El original de ambas cartas yace en los papeles particulares de Rodríguez Casado, hoy depositados en el Archivo de Historia Contemporánea de la Universidad de Navarra.

nales, Jefe de Estudios y Secretario, respectivamente, de los cursos de universitarias, reunidos privadamente en el Hotel La Rábida, determinaron presentar su renuncia.²⁵ Tal decisión sería secundada por los demás miembros de la Junta que no pudieron estar presentes en esa reunión. Motivada directamente en razones de solidaridad y simpatía con el que fuera fundador y mentor de la Universidad Hispano-Americana de Santa María de La Rábida y primer Rector de su Junta de Gobierno, la renuncia se apoya, no obstante, en otras razones que Octavio Gil Munilla supo resumir en informe personal y reservado dirigido al Rector de la Universidad de Sevilla.²⁶ El 28 de febrero apareció publicado en el diario *Pueblo*, órgano oficioso de la Organización Sindical Española, el nombre del nuevo Rector designado por el Ministro Martínez Esteruelas.

²⁵ La interpretación de Rodríguez Casado acerca de su cese era más bien benigna y no solía prodigarla: «El Ministro había asegurado a Florentino la Universidad Menéndez Pelayo de Santander. Pensó entonces en La Rábida como lugar apropiado para situar gente joven. Es natural al cabo de treinta años, ¿no te parece Mike?», expresó don Vicente en una de las últimas conversaciones con el autor de estas páginas.

²⁶ El informe de Gil Munilla dirigido al Rector de la Universidad de Sevilla lleva fecha de 28 de febrero de 1974 y a la letra dice así:

«1.º Todos los nombramientos de cargos de la Junta de Gobierno de la Universidad Hispano-Americana de Santa María de La Rábida han sido hechos a propuesta de su Patronato. Por lo tanto, no parece que ningún nombramiento normal de Rector de la Junta de Gobierno tenga que realizarse por un procedimiento distinto, al menos mientras se mantenga la actual estructura de la Universidad Hispano-Americana de Santa María de La Rábida.

»Ahora bien, como esto supondría oír al Patronato, lo que no parece que esté en el ánimo del Ministerio, es ineludible la necesidad de recurrir a un Decreto para nombrar un nuevo Rector de la Junta de Gobierno de dicha Universidad.

»2.º Más preciso es el Decreto en cuanto que, tratándose de una institución que sigue dependiendo de la Universidad de Sevilla y del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, el nombramiento de Rector se hace ignorando a su Patronato y sin escuchar a la Universidad de Sevilla ni al Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

»3.º Por último, desde el punto de vista de la Universidad sevillana, sólo una disposición legal a nivel de Decreto justificaría el silencio administrativo de un Rector, bajo cuyo mandato una institución de su distrito universitario, en momento en que se defiende la autonomía, pasa a depender directamente de una autoridad no vinculada a su creación, su historia ni su futuro.»

No obstante lo expresado en este informe, y si bien la opinión de los miembros de la Junta de Gobierno de La Rábida fue unánime en cuanto a la adhesión a Rodríguez Casado, hubo algunos matices en la postura de los representantes de la Escuela de Estudios Hispano-Americanos, sobre todo en lo que se refiere a la nuda autoridad del Ministerio para proceder por su cuenta, como puede verse en el Acta del Consejo de la Escuela de Estudios Hispano-Americanos reunido el 29 de abril de 1974, cuyo texto íntegro se incluye como Anexo en este mismo volumen.

CAPÍTULO XIII

LA ASOCIACIÓN Y LOS ATENEOS POPULARES

La fuerza expansiva del llamado espíritu rabideño se mostró de forma muy característica en la Asociación y en los Ateneos Populares, nacidos ambos de la idea, tantas veces repetida y comentada por Rodríguez Casado, de que el universitario es un deudor social y, por lo tanto, está en el deber de reintegrar a la sociedad lo recibido de ella. Esta devolución no es la mera correspondencia que se reduce al legítimo aprovechamiento personal de las oportunidades que brindan los estudios y al ejercicio experto, dinámico y honrado de la tarea profesional en beneficio propio y de los suyos —como estima la moral burguesa y el simple sentido común—, sino que debe abarcar la acción cultural y social que cada uno, desde su particular situación, pueda emprender en uso de su libertad ciudadana y como exigencia del mensaje evangélico. Los Ateneos Populares nacerán al comienzo de los años sesenta al calor de la recién fundada Asociación «Alumnos de La Rábida».

La Asamblea fundacional de la Asociación

En efecto, la Asamblea, reunida en La Rábida a comienzos de abril de 1958,¹ acordó constituir una asociación «para el desarrollo y fomento de todas

¹ Del 5 al 9 de abril, en un programa maratoniano en que, al lado de los plenos y las comisiones, cupieron un concierto de violín y piano en el Ayuntamiento de Huelva a cargo de la Agrupación Nacional de Cámara, con música de Haydn, Brahms y Dvorak; una excursión a Punta Umbría a bordo del *Guadiana*; un acto en Fuentepiña, la tarde del día 8, con «homenaje a Baco» y memorable discurso de Jesús Arellano: «La Rábida es un estilo, un modo de ser, algo permanente. En definitiva, una creación poética»; y visita a Moguer y a Palos de la Frontera. Hubo también una cena en la ciudad de Huelva y deporte en la ría con traineras, piraguas y chinchorros. Véanse «Programa de Actos», «Concierto de la Agrupación Nacional de Música de Cámara», «Plan de trabajo» y *Hoja de La Rábida* N.º 3.

aquellas actividades que tiendan a enriquecer y afirmar el acervo cultural común existente en los pueblos hispanoamericanos; y toda otra actividad encaminada al desarrollo integral de las posibilidades intelectuales de sus socios».

La Asamblea trabajó dividida en cuatro comisiones que al cabo de cinco días, incluidos los de llegada y despedida, habían determinado las directrices de la futura entidad, pergeñando las bases de una organización que debía extenderse a toda España siguiendo un esquema provincial, y dando su asentimiento —con ligeras modificaciones que de hecho eran impracticables— a los estatutos que, con antelación de pocos días, habían sido presentados para su aprobación oficial en la Dirección General de Seguridad.

El embrión de lo que más tarde serían los Ateneos está en uno de los apartados del informe elaborado por la Comisión de Actividades que, presidida por José de Cabo y actuando como Secretario Luis Vinagre, acordó en aquella Asamblea crear la *Hoja de La Rábida*, diseñar una insignia y un banderín, cobrar una cuota mensual de diez pesetas, formar un «Club del Libro», y un «Club Musical o del Disco» —terminaría llamándose «Fono-Club»—, e instaurar un nuevo tipo de tertulias «a base de coloquios y preguntas». Tales disposiciones culminaban en el punto séptimo del informe, donde la Comisión proponía la creación de «Aulas de Estudios Sociales», que se ocuparan de la «auscultación social de cada provincia». Como muestra de su propósito de llegar hasta el fin, el informe añadía: «Teniendo en cuenta que es ésta una idea que con el tiempo ha de tomar su concreción definitiva, la Comisión propone que se encargue a la Junta Directiva desarrollar, en contacto con las Delegaciones, esta actividad.»²

La Junta Directiva en cuestión³ se puso de inmediato en actividad. A

² Alumnos de La Rábida: «Asamblea Fundacional. Extracto de las Actas de los Plenos y de los informes de las Comisiones de Trabajo». Con el fin de poder admitir a miembros provenientes de los Ateneos Populares, la primitiva Asociación reformó sus estatutos y cambió su denominación de «Alumnos de La Rábida» en Junta General de 15 de septiembre de 1960. A partir de allí se ha denominado Asociación de La Rábida. Tales cambios fueron aprobados por el Ministerio de la Gobernación (Dirección General de Política Interior) por Resolución de 4 de marzo de 1961. La autorización para crear «Centros de Acción Cultural con el nombre de Ateneos» fue concedida por dicho organismo por Resolución de 19 de marzo de 1961. Para adaptarse a las nuevas realidades, la Asociación ha reformado sus estatutos en dos ocasiones más: el 15 de septiembre de 1965, obteniendo su aprobación el 12 de noviembre del mismo año, y el 1 de noviembre de 1972. Estos últimos son los hoy vigentes y se recogen parcialmente en anexo de este volumen.

³ La Junta Directiva electa en el pleno del 7 de abril quedó constituida así: Presi-

comienzos de junio ya se había delegado en Diego Bando la tarea de extender la Asociación por todas las provincias, el «Club del Libro» funcionaba con una Comisión Técnica presidida por Pedro Valdecantos y el «Fono-Club» daba sus primeros pasos apoyado en una Comisión que presidía Francisco Solano. En cuanto al «Aula de Estudios Sociales», iniciaba sus actividades bajo el impulso de otra Comisión, encabezada por Emilio Sánchez Pintado e integrada por Alfonso Ortí Benlloch e Ignacio Romero.

Laboreo anticipado

Tan rápida cosecha era en gran parte el producto de un laboreo anticipado. Desde meses antes de la Asamblea fundacional, un grupo de gestión había comenzado a actuar sobre las líneas que después habrían de ser confirmadas por aquélla. El primer número de la *Hoja de La Rábida*⁴ en realidad había aparecido en febrero de 1958 con noticias típicas de los boletines de asociaciones de antiguos alumnos: quién comunica que ha nacido su primogénita, quién envía recuerdos y se pone a disposición, quién avisa de su nuevo destino, quién participa que está ampliando estudios en Estados Unidos, o que se acaba de proclamar campeón y plusmarquista de medio fondo. El «Club del Libro» también se había hecho realidad; en distintas secciones de la *Hoja* sorprende una contradicción: se dan los títulos de sendos libros cada uno como el primero que será comentado —*El lazo púrpura*, de Alejandro Muñoz Alonso, y *La ciudadela*, de A.J. Cronin—; la prisa es enemiga de la exactitud.

dente: Ángel Benito Jaén. Vicepresidentes: César Pacheco, José María Prieto y Diego Bando. Secretario General: Enrique Rodríguez. Tesorero: Ramón Cardona. Presidente de Honor: Vicente Rodríguez Casado. Vocales: Francisco Solano, José María de la Cuesta, Pedro Valdecantos y Juan José Chico.

⁴ El número 1 de la *Hoja de La Rábida* lleva la dirección postal de Prado 21, que no era otra que la del Ateneo de Madrid, entidad cultural de gran raigambre en la vida intelectual de Madrid. La *Hoja* estaba dividida en tres secciones: Carta de la Asociación, que figuraba sin título en la primera página; «De aquí para allá y de allá para acá», noticias de los compañeros, que ocupaba las páginas centrales; y «Realidades y Proyectos», en la última. Dos fotografías premiadas en La Rábida —una de las cuales es de Chendo Chavarría, alumno del curso de 1956, que recoge los pórticos de la Residencia— sirven de ornato a las páginas interiores. Asesoró a los rabideños en la confección de este número y del inmediatamente posterior Santiago Galindo Herrero, Secretario del Ateneo de Madrid, que pronto sería destinado a Tenerife como Gobernador Civil de la provincia.

También las tertulias existían con antelación a la Asamblea⁵ y hasta se había desarrollado todo un ciclo de ellas en torno a las artes escénicas en el que intervinieron Alfonso Sastre y Alfredo Marquerie y que finalizó con una intervención de Mario Antolín, director del teatro de cámara «Albar».

En la organizada acción que se anticipa a los requisitos oficiales se adivina a Rodríguez Casado. Es él quien ha escrito las cartas pidiendo colaboración a las dieciséis promociones que habían salido hasta aquella fecha; es él quien visita Zaragoza, Valencia y otras ciudades dejando el fermento de la organización por provincias. Existe una Junta provisoria que lleva adelante los asuntos de la futura asociación; una Junta que, como Jano, tiene dos caras: «realidad en cuanto que existe, proyecto en cuanto que no habrá Junta efectiva hasta tanto que la Asamblea General no la elija», dicen los redactores del primer número de la *Hoja*. El lugar para elegirla será, ¿cómo no?, La Rábida; la fecha para que lo ya comenzado reciba el espaldarazo de los rabideños es señalada para ¡dos meses después! El centro de todas estas anticipaciones es Prado, 21. Así, pues, aunque el corazón de esta Asociación en ciernes y ya tan activa está en La Rábida, su ombligo está en Madrid, donde por entonces reside Rodríguez Casado.⁶

El 28 de marzo, pocos días antes de la Asamblea fundacional, habían sido aprobados los Estatutos de la futura Asociación, que llevaría el nombre de «Alumnos de La Rábida». Los Estatutos —que se recogen parcialmente en los Anexos de este volumen— serán definitivamente inscritos en el libro Registro de Asociaciones del Gobierno Civil de Sevilla en fecha 8 de octubre de 1958.

La delegación de Granada

Mucho antes de que se formalice este trámite queda formada la primera de las delegaciones provinciales. Es la de Granada. En los trabajos pre-

⁵ En carta circular expedida en Madrid y de fecha 1 de febrero de 1958, Diego Bando escribe: «En un principio nos reuníamos todos los que residimos en Madrid y surgió la idea de crear una tertulia rabideña, como ya funcionaba hace mucho tiempo en el Club La Rábida de Sevilla. Entonces se creó la «Tertulia de La Rábida», que se reúne semanalmente, los jueves a las ocho, en el Ateneo de Madrid y que hasta el presente marcha muy bien. En ella se habla de todos los temas y es dirigida por un catedrático o especialista en la materia.»

⁶ Presidentes de la Asociación han sido desde entonces: José María Hernández San Pelayo, Antonio Millán Puelles, José Barco y Aquilino Polaino; los Secretarios Generales: Juan Luis Vassallo, José Martínez Fons y actualmente Fernando Fernández.

vios es fundamental la labor de Patricio Peñalver. La Asamblea provincial elige como Presidente a Matías Cortés. El cargo de Secretario recae en Luis Escolar de la Serna. Un grupo de rabideños viajó desde Madrid para esta ocasión. Entre los viajeros se encontraban Emilio Sánchez Pintado, Diego Bando, José María de la Cuesta y Enrique Rodríguez García, quienes, junto con los granadinos y los que se habían desplazado de Sevilla, celebraron el acontecimiento en la terraza del Parador de San Francisco al buen estilo de la época: con una copa de vino español. Pese a cierta polémica en torno a la denominación —la de delegaciones suena politizada y artificial—, éstas se van extendiendo por todo el país. El *modus operandi* es casi siempre el mismo: en cualquier provincia española hay un Ateneo o Sociedad Cultural donde no será difícil conseguir permiso para las reuniones rabideñas, si bien se debe considerar ésta como una solución provisional.⁷

La cultura como factor de armonía y justicia

Los Ateneos Populares tardarán todavía dos años más en llegar. Puede que sean, no obstante, el motivo más profundo que haya empujado a crear la Asociación. Las visitas a las Minas de Río Tinto —donde el recibimiento por parte del rabideño John Philip Hunt⁸ es parte obligada del programa— han acelerado la permeabilización de muchos alumnos a los problemas del mundo del trabajo; no satisfacen las soluciones del sindicalismo oficial. Quien observe a fondo la situación general puede colegir con toda facilidad que debajo del manto de aparente calma que cubre la realidad social, el diálogo interclases está muy lejos de ser realidad y hay razones suficientes para pensar que no habrá posibilidades de que se dé alguna vez si las cosas siguen como están.

La política desarrollista, que comienza a mostrar sus efectos materiales,⁹ implicará a la larga mayor participación ciudadana, también participación en la cultura y en las decisiones sociales. Todo eso exige mayores

⁷ Hoja de La Rábida, N.º 2.

⁸ John Philip Hunt, jovial inglés en quien todos reconocían sin discusión a «un gran hijo de la Gran Bretaña». Su apoyo fue decisivo para la formación del Ateneo de El Campillo, uno de los cinco pueblos que forman la cuenca de las minas de Río Tinto. Es autor de una semblanza sobre dicho Ateneo, recogida en este volumen.

⁹ Ese mismo año de 1958 fue promulgada la Ley de procedimiento Administrativo que, por primera vez, acogía un sistema de garantías jurídicas de los particulares frente a la Administración, propio ya de un Estado de Derecho.

responsabilidades que sólo con una mejor educación y una mayor cultura podrán ser afrontadas. Rodríguez Casado, para quien la cuestión social era un punto clave de la sociedad del siglo XX, ve en la cultura un factor de armonía capaz de contribuir, junto con una concepción solidaria del progreso material, a llenar el abismo que existe entre el cristianismo y los trabajadores.¹⁰ Aspira a difundir la doctrina social de la Iglesia sin las adherencias corporativistas y confesionales tan en boga entonces, y tiene la confianza de que los jóvenes universitarios y los jóvenes trabajadores pueden ser el mejor punto de arranque para el diálogo entre las clases sociales; diálogo a través del cual se pueda superar la superstición de que el egoísmo sistematizado da nacimiento al bienestar social y a la justicia.

Primeros contactos en Getafe

En diciembre de 1959, los miembros del «Aula de Estudios Sociales» de Madrid han iniciado los primeros contactos con los obreros, a mero título particular, visitando diversos núcleos del cinturón industrial de esa capital. Las relaciones, iniciadas en bares y lugares de reunión, fueron planteadas sobre las siguientes bases:

«1. Se trata, simplemente, de haceros partícipes de algo que nosotros hemos recibido de la sociedad a la que todos pertenecemos: la cultura. Tenemos, en justicia, la obligación de difundir ese caudal de conocimientos que la sociedad nos ha dado.

»2. Por tanto, nuestra labor empieza en lo cultural y acaba en lo cultural.

¹⁰ Además del americanismo, el otro polo del magisterio de Rodríguez Casado «fue el mundo del trabajo, al cual dedicó una atención específica en todas sus dimensiones, conjugando las consideraciones doctrinales e históricas sobre la llamada *cuestión social*, a cuyo estudio dedicó páginas rigurosas que están en la memoria de quienes fuimos sus afortunados discípulos, así como improvisadas charlas y amenísimas tertulias, que perduran aún en mi recuerdo por su claridad y elocuencia; conjugando, digo, el análisis teórico con la puesta en marcha de una serie de iniciativas encaminadas a remediar, en el terreno práctico, la separación producida entre los trabajadores y el cristianismo. De ahí surgen los Ateneos Populares —mal vistos no sólo por la Organización Sindical única del antiguo régimen, sino también por algunos miembros del sindicalismo oficial católico— y otras acciones que no es del caso enumerar aquí detalladamente, pero que responden a ese común ideal de armonía, para cuyo logro era preciso reparar las injusticias cometidas durante los siglos XIX y XX por una *burguesía oportunista*, insensible al drama humano de tantas personas llevadas a la miseria por el egoísmo y la codicia de las clases dirigentes.» (Sucre Alcalá en su testimonio recogido en este volumen.)

»3. No existe ninguna finalidad política ni social ni sindical.

»4. No se trata tampoco de una labor apostólica directa.»¹¹

Superadas las primeras reticencias, el intento de relacionar dos sectores sociales que viven totalmente separados tiene pronta acogida en la localidad de Getafe. Las actividades se inician sin más como una reunión periódica de amigos que quieren compartir, en torno a una copa de vino o una «caña» de cerveza, sus puntos de vista y sus experiencias. Los asistentes llegan a sentir aquellas reuniones como la cristalización de un espíritu de solidaridad y una experiencia vital que brinda a sus opiniones el contraste de nuevos horizontes. Las reuniones se consolidan a tal punto que pronto será necesario solicitar a la Dirección General de Información la autorización oficial para crear el Ateneo de Getafe. Éste será el primero de los «Ateneos Populares», nombre que terminará imponiéndose por sí solo. La denominación más o menos oficiosa era la de «Ateneos de Obreros y Universitarios», que, encima de elongarse demasiado como para ser empleada en el habla corriente, sonaba a algunas mentes dadas a la sospecha casi como una asamblea de la revolución bolchevique.¹²

¹¹ Se conserva un borrador mecanográfico, sin membrete, fecha ni firma que, al parecer, proviene de la Dirección General de Información, y que describe la forma de operar de los rabideños que aquí se transcribe.

¹² El hostigamiento más fuerte, al punto de convertirse en persecución encubierta, alcanza su momento culminante durante el año de 1963. A finales de ese año, concretamente el 3 de diciembre de 1963, José Solís Ruiz, Ministro Secretario del Movimiento, dirige a Luis Carrero Blanco, Ministro Subsecretario de la Presidencia, un informe sobre los Ateneos acompañado de la siguiente carta: «Mi querido amigo y compañero: Con esta fecha remito a la Presidencia del Gobierno escrito, cuya copia te adjunto, sobre el problema de los llamados Ateneos Populares de Asturias. Creo que es un asunto que debe tratarse entre los Ministros interesados y, en su caso, plantearlo al Consejo de Ministros, y con esta finalidad me dirijo a la Presidencia del Gobierno. Hace ya mucho tiempo que vengo insistiendo en este punto en conversaciones y escritos dirigidos a los Ministros competentes y como todavía no he logrado una solución satisfactoria, te lo envío para que pueda procederse a un estudio a fondo del problema, antes de que la Secretaría General del Movimiento tenga que plantearlo de manera oficial al Dictamen del Consejo de Estado para acreditar la improcedencia de las autorizaciones hasta ahora concedidas a los 'Ateneos'. Con este motivo, recibe un fuerte abrazo de tu buen amigo y compañero...». Tras la firma, José Solís Ruiz añadió de su puño y letra: «Los ateneos obreros de Asturias pueden ser futuros sindicatos de trabajadores.»

De hecho, los Ateneos Populares vivieron una situación paradójica: funcionaban bajo la permanente vigilancia policial; sufrían la sospecha y la hostilidad despectiva del sindicalismo oficial; estaban sometidos a la desconfianza del sindicalismo clandestino que por entonces comenzaba a operar en los grandes centros fabriles y mineros de España. De ordinario, el contacto amistoso y directo de los propios ateneístas inhibía el hostigamiento o la amenaza provenientes de uno u otro sector cuyos repre-

Conseguida la autorización oficial para la iniciativa rabideña,¹³ aún pasaron siete meses —de por medio el ocioso verano español— para la instalación del Ateneo de Getafe, que fue inaugurado el 10 de octubre de 1960. Pronto se abren tres más en el extenso cinturón industrial de Madrid: los Ateneos de Campamento, Ciudad Pegaso y Torrejón de Ardoz. En el plazo de dieciocho meses son inaugurados nuevos Ateneos, que cubren la totalidad de los grandes centros fabriles y mineros de la Península.¹⁴ Algo había en los Ateneos cuando se producía una respuesta semejante. No obstante, ni la idea ni la intención eran totalmente nuevas.¹⁵

sentantes terminaban por considerarse amigos de los Ateneos por encima de las órdenes recibidas de su cuerpo o de las consignas difundidas por su partido. En algunos casos de excesos policiales, la amistad de Rodríguez Casado con el Almirante Fontán sirvió de valimiento a los ateneístas. Durante la crisis de 1963, cuando la Secretaría General del Movimiento llegó a solicitar del Gobernador Civil de Oviedo la clausura de los Ateneos de Asturias, hubo que llegar al propio Camilo Alonso Vega, Ministro de Gobernación.

¹³ Comunicada al Presidente de la Asociación de La Rábida por Oficio 459/61 de la Dirección General de Información, de fecha 15 de marzo de 1961.

¹⁴ Lista Completa de los Ateneos Populares por orden alfabético de provincias:
 ASTURIAS: Ateneo de Avilés, Ateneo de Candás, Ateneo de Ciaño, Ateneo de Cudillero, Ateneo de La Felguera, Ateneo de Turón, Ateneo de Sotroñido.
 BARCELONA: Ateneo de Pueblo Nuevo, Ateneo de El Caliu (Mataró).
 CASTELLON: Ateneo de El Grao.
 GUIPUZCOA: Ateneo de Beasain, Ateneo de Zumárraga.
 HUELVA: Ateneo de El Campillo (Minas de Río Tinto), Ateneo de Moguer.
 MADRID: Ateneo de Campamento, Ateneo de Ciudad Pegaso, Ateneo de Getafe, Ateneo de Vallecas, Ateneo de Prosperidad, Ateneo de Torrejón.
 PONTEVEDRA: Ateneo de Moaña, Ateneo de Vigo.
 SANTANDER: Ateneo de Torrelavega.
 SEVILLA: Ateneo de Triana, Ateneo de Nervión.
 VIZCAYA: Ateneo de Basauri.
 ZARAGOZA: Ateneo de Ciudad Jardín.

¹⁵ En efecto, la XL Asamblea de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas (ACNP), reunida el 5 de septiembre de 1953 en la casa de Loyola —en la población guipuzcoana de Azpeitia— había tomado en esa fecha el acuerdo de crear «círculos mixtos de universitarios y obreros» para conseguir la comprensión de los mutuos problemas. El impulsor de dicho acuerdo fue Antonio Llompert, Secretario del Centro de Valencia de la ACNP, quien expuso a los concurrentes los resultados que estaba dando en esta ciudad un ensayo de «círculo de estudio universitario y obrero (...) para el conocimiento de la mentalidad y de las necesidades de la clase obrera y ponerse en camino de llegar a una auténtica fraternización», tal como puede leerse en el número de *El Diario Vasco* correspondiente al 6 de septiembre de 1953. A falta de un conocimiento pormenorizado del desarrollo y de las características concretas de esta iniciativa de la ACNP de Valencia, no es posible establecer una comparación con los Ateneos impulsados por la Asociación «Alumnos de La Rábida». Queda aquí señalando el antecedente y la similitud de objetivos.

Centros culturales de convivencia y diálogo

A lo largo de sus diecisiete años de actividad, los Ateneos se acreditaron como centros sociales basados en la labor conjunta de universitarios y obreros. Se desarrollaron, como su denominación de «ateneos» indicaba, en un terreno puramente cultural, sosteniendo en todo momento los valores de la persona humana. Procuraron el acceso a la cultura de numerosas personas a las que, por sus circunstancias, les había sido negada; contribuyeron a la formación de ateneístas que luego intervendrían con eficacia en la búsqueda de la justicia social y desplegaron un esfuerzo intenso, pero difícil de valorar, para instaurar el diálogo entre las clases sociales y abrir un cauce para la solidaridad humana de impronta cristiana en terrenos donde las ideologías al uso preconizaban el enfrentamiento como sistema.

La mayor originalidad de los Ateneos Populares fue buscar la mutua formación de sus miembros a través de la convivencia y del diálogo. No hubo en ellos profesores ni alumnos, sino que todos fueron sujetos activos, agentes de su propio crecimiento intelectual. Unos aportaban sus conocimientos teóricos y otros su mayor experiencia de la vida y de la realidad.

No fueron confesionales ni píos. Se ciñeron a brindar la ocasión para una formación cristiana facilitando a los ateneístas el conocimiento de los principios y de las materias culturales imprescindibles para forjar su propio criterio y acercarse por sus propios medios a la verdad. Capacitaron socialmente a centenares de personas buscando soluciones concretas que sirvieron de base para la acción posterior, que cada uno emprendía bajo su personal responsabilidad. También contribuyeron a mantener bien informados de la realidad política —en tiempos de rígido control informativo— a los ambientes obreros en que se desarrollaron; y dotaron a numerosos estudiantes universitarios de la posibilidad de acercarse a un mundo social cuyas motivaciones y aspiraciones más genuinas no hubieran podido conocer de otra manera.

No fueron los Ateneos un experimento social. Fueron una realidad vivida, sentida y luchada en todos los terrenos por obreros y universitarios. Económicamente, dependieron de las cuotas de sus socios y de las aportaciones regulares de la Asociación Alumnos de La Rábida.

Los ateneístas

Los ateneístas formaban tres escalones. Los socios eran los únicos miembros de pleno derecho y los que tomaban sobre sí las mayores responsabi-

lidades. No podían ser admitidos como tales antes de pasar un año como colaboradores y asistentes. Los colaboradores formaban una categoría intermedia a los cuales se encomendaban ciertas tareas menores en beneficio del conjunto. Los asistentes, en cambio, se limitaban a acudir a las diversas actividades que organizaban los Ateneos.

En cuanto a las actividades, unas eran puramente internas y estaban encaminadas a la formación de los socios. Otras, semipúblicas, estaban abiertas también a los colaboradores y a los asistentes. Los actos públicos constituían la forma de proyectarse al exterior y de contribuir a la elevación del nivel cultural y a la animación de la vida social del núcleo urbano donde estaba ubicado el Ateneo.

La Asociación, que había abrigado al comienzo de su vida otros objetivos al lado del propio de los Ateneos, terminó por identificarse con ellos y abandonar prácticamente las otras actividades.

Pese a ser verdaderas mutualidades de la cultura alimentadas intelectualmente por sus propios miembros, los Ateneos se constituyeron en centros a los cuales no desdeñaban acudir intelectuales, profesores universitarios y personajes del mundo artístico y cultural de toda España. Fue especialmente importante en este aspecto la labor desplegada por los ateneístas de Ciaño, en Asturias; Mataró, en Barcelona; Beasiain, en Guipúzcoa; El Campillo, en Huelva; Campamento y Getafe, en Madrid; Basauri, en Vizcaya, y Ciudad Jardín en Zaragoza.

Desenvolviéndose en ámbitos que sólo tangencialmente tocaban a la Universidad de La Rábida, llegaron los Ateneos a crear una nueva versión del esquema típico de la vida rabideña: convivencia plena en un clima que propiciaba la confianza y la amistad como medio para desarrollar lo mejor de cada uno y para acrecentar las posibilidades del diálogo social.

Los libros de los Ateneos

Respecto a su acento intelectual, todos los Ateneos formaron su propia biblioteca, y que los libros eran realmente leídos por hombres y mujeres que dedicaban a esto un tiempo sustraído a la posibilidad de hacer horas extraordinarias de trabajo fabril y minero bien remunerado.

Los requerimientos de la enseñanza en los Ateneos plantearon la necesidad de redactar y de editar manuales específicos.¹⁶ Rodríguez Casado

¹⁶ Los manuales comenzaron a publicarse en 1965 dentro de la colección «Mundo del Trabajo». Los títulos publicados fueron los siguientes: *Historia breve de la España*

dedicó a los Ateneos lo mejor de su labor y les prodigó su tutela durante su estancia como Director General de Información (1957-1962); fruto de sus charlas ateneísticas es la obra *Conversaciones de Historia de España*, dedicada a los Ateneos de Getafe, Campamento, Pegaso, Triana y Cíaño. Gonzalo Diéguez escribió su *Derecho del Trabajo* y Millán Puelles recogió en su libro *Persona humana y justicia social* las ideas debatidas en clases y coloquios, reconociendo que «muchos desarrollos que aquí hago, y una buena parte de los comentarios que prolongan los textos aducidos, fueron certeramente insinuados por mis compañeros de coloquio». Esos compañeros eran los ateneístas.

Contratiempos grandes y pequeños

La labor de los Ateneos se enfrentó con muchas dificultades iniciales que fueron vencidas. Una permaneció, interior y benigna: los celos de las mujeres, novias y esposas, por las horas, de cierta forma, robadas al hogar y a su compañía; la mayoría de las veces todo se arreglaba comprometiéndolas en la tarea.

Sería muy extensa la lista de las personas a las cuales los Ateneos debieron su existencia. Aun a riesgo de omitir nombres, deben ser citados los de Fernando Fernández, Javier Becerril, Emilio Contreras Muñoz, Mauro Rodríguez Sánchez, Francisco Ansón, Justo Basanta, Pedro Valdés, José Antonio Poveda, Celso Varela Méndez, Sucre Alcalá, Rafael Ansón, Francisco Ferrándiz, José Martínez Fons, Antonio de la Vega y Miguel de Mesa, en Madrid; Luis Gordon, José María Rivas Rodero, Manuel Cantora, Gregorio Ramos, Jesús Ucha, José Antonio Varela, Ignacio Fernández Trapa, Antonio Suárez Estrada, Bernardo Zulaica, Luis García García, Adolfo Barthe y Elvira Rocas, en Asturias; Jesús María Azurza, Manuel Ferrer Regales y Juan Jiménez Vargas en Guipúzcoa; Joaquín Gallego, en Vizcaya; Ricardo Bueno, en Santander; Ramón Piñas y Ricard Bonamusa y Argelaga, en

contemporánea, por Miguel Chavarría; *La lucha de las ideas políticas y sociales en el mundo moderno*, por Sucre Alcalá Rodríguez; *Justicia, Sociedad y Persona*, por Luis Gordon Beguer; *Principios básicos de Economía*, por Fernando Fernández Rodríguez; *Igualdad para la cultura*, por Bernardo Perea Morales; *Geografía económica y social de España*, por Manuel Ferrer Regales; *El origen de la vida*, por el Dr. Juan Jiménez Vargas; *Energía nuclear*, por José González Ibeas; *Cultura y revolución social en la España de hoy*, por Miguel Juvero; *Mujer, familia y profesión*, por Cándido Velasco; *Redistribución política de rentas y justicia social*, por Álvaro Onís González; *Manual de Literatura*, por Miguel Cosigüina (pseudónimo de Miguel Chavarría).

Barcelona; Pablo Casado Burbano, en Zaragoza; John Philip Hunt en Huelva; Gonzalo Riobó, en Pontevedra.

En la década de los setenta comenzó lentamente la crisis de los Ateneos que terminaría en su desaparición. De cierto modo habían cumplido su ciclo vital. Centenares de trabajadores de toda España habían encontrado en ellos los medios para su realización personal y social. Muchos de los antiguos ateneístas formaban parte de la minoría trabajadora con actividad sindical como jurados de empresa. Su ausencia de los Ateneos era el drenaje que imponía la nueva realidad política y social que comenzaba a perfilarse en España. Una nueva generación obrera llenaba los locales, en algunos con una media de edad de 17 años; hubiera sido preciso que se encontrasen allí los veteranos para que la continuidad hubiera sido posible; pero éstos estaban ya dando fruto social. Este tipo de absentismo era inevitable. La Asamblea General de la Asociación de La Rábida¹⁷ reunida en Madrid el 17 de junio de 1978 optó por atenerse a las exigencias del «hoy y ahora» de aquel momento, confirmando con su decisión el cierre de los Ateneos. Con ellos concluía una etapa durante la cual la estrecha colaboración de los universitarios y los obreros se había convertido en realidad abriendo un cauce para el diálogo interclasista.

La cuestión esencial y que había presidido la idea de crear los «Ateneos Populares» era que la minoría privilegiada se hallaba desconectada de la gran mayoría del país.¹⁸ Los Ateneos Populares desaparecieron. Pero ¿ha desaparecido esa desconexión que Rodríguez Casado denunció como una grave enfermedad de la estructura vital del pueblo español?

¹⁷ Los Ateneos que hasta esa fecha habían cesado en sus actividades: Ateneo de Sotroñido, en 1978; Ateneo de Moaña, en 1978; Ateneo de Beasain, en 1978; Ateneo de Avilés, en 1977; Ateneo de Torrelavega, en 1976; Ateneo de Moguer, en 1975; Ateneo de Ciudad Jardín, en 1974; Ateneo de Zumárraga, en 1973; Ateneo de El Grao, en 1972; Ateneo de Triana, en 1971; Ateneo de Prosperidad, en 1971; Ateneo del Nervión, en 1967.

¹⁸ Carnicero, Jesús, «Los Ateneos Populares», excelente trabajo —incluido en este volumen— al que debe mucho el presente capítulo, que también ha tenido en cuenta las colaboraciones de los siguientes autores, contenidas también en nuestro volumen: Francisco Ansón Oliart, Jesús María Azurza, Justo Basanta, Javier Becerril, Ricard Bonamusa, Manuel Cantora Iglesias, Pablo Casado Burbano, Emilio Contreras, Manuel Fernández Ucha, Manuel Ferrer Regales, Joaquín Gallego, Luis Gordon, Vicente Alejandro Guillamón, José A. Poveda, Gregorio Ramos, Gonzalo Riobó, José María Rivas Rodero, Antonio Suárez Estrada, Pedro Valdés, Celso Varela, José Antonio Varela, Joaquín Vidal y Bernardo Zulaica.

CAPÍTULO XIV

LAS HUELLAS DEL ESPÍRITU

Hablar del espíritu de una institución puede resultar un ejercicio baldío. En efecto, si hay un objeto de conocimiento difícil de aprehender es ese conjunto de principios actuantes que dan empuje y estilo a las instituciones y que, en definitiva, les otorgan su sentido más profundo. No obstante, nos encontramos ante una labor que no debe ser esquivada por muchas dificultades que presente. Allí, en el espíritu, ese conjunto de principios que dinamizan la actuación personal y modulan de una determinada forma y no de otra los esfuerzos humanos encaminados a la consecución de unos objetivos concretos, es donde reside el sello que otorga individualidad propia a las instituciones y que permite entenderlas y valorarlas.

Por eso, para mejor aproximarnos a ese objetivo, hay que atender primeramente a la íntima relación de los principios que inspiran un determinado actuar y los fines que con él se pretende alcanzar. Y lo que al primer golpe de vista observamos al llegar a este punto es una connotación que, por el momento, se nos ofrece por su lado negativo: el espíritu no es sucedáneo de los fines que se aspira cumplir sino una tensión que hacia ellos se dirige a través de las más diversas circunstancias.

Los principios inspiradores

Para hablar del espíritu rabideño no hay que perder de vista que la Universidad de La Rábida nació como la proyección de un enfoque cultural y humanístico¹ de las relaciones con el mundo hispanoamericano. Esto implica, necesaria y fundamentalmente, que su labor haya tenido que centrarse

¹ En el capítulo VIII de este estudio se explican con más detenimiento las condiciones específicas de este enfoque cultural y humanístico y sus diferencias con los enfoques politizantes. Los capítulos III y IV añaden matices a lo que aquí se expone.

en el estudio de las realidades institucionales, sociales, artísticas, económicas, antropológicas y políticas a que dio lugar la larga convivencia histórica y el trasvase humano entre los diversos países de América y España, así como en el rastreo de las huellas que aquellas realidades fundacionales dejaron en la evolución de las mutuas realidades de hoy. Correlato palpable y documental de este enfoque inicial —que no agota las formas en que el espíritu de La Rábida se va a concretar— son las actuaciones académicas, comprobables a través de los programas de los cursos y de los textos de los estudios, conferencias y cursos publicados en revistas especializadas, muy particularmente en la revista *Estudios Hispano-Americanos*, o que vieron la luz en volúmenes singulares. En este sentido, la Universidad de La Rábida es tributaria de la Escuela de Estudios Hispano-Americanos, y de la Sección de Historia de América de la Universidad hispalense.²

Mas lo que caracteriza a La Rábida como Universidad es que a través de ella «se trataba de construir todo un ámbito cultural específico en torno a lo hispanoamericano. El procedimiento para lograrlo fue radical, en el sentido de que iba a lo esencial, a lo que afectaba al origen mismo de las actitudes: se trataba de que el alumno tomara conciencia histórica y, una vez lograda esa conciencia, la elevara a autoconciencia y la proyectara activamente hacia el futuro para construir un mundo histórico —muy en concreto el mundo histórico hispano y americano—, pero también el mundo en general, porque de La Rábida han salido vocaciones de todo tipo»;³ y de vocaciones personales está hecho el tejido más vital y positivo que forma el entramado de las relaciones humanas.

Se hace preciso, pues, en esta aproximación histórica, atender sobre todo a lo que la institución ha hecho por el hombre mismo, por el hombre concreto, en el plano empírico e individual. Creemos haber encontrado los principios inspiradores del espíritu rabideño en la consideración pedagógica del alumno como sujeto capaz de perseguir su propio perfeccionamiento, y de aprovechar libremente las oportunidades que con este objeto se le ofrecen en un ambiente intencionalmente educativo a cuya consecución contribuye el mismo participante de los cursos. Expresado en otros términos, en La Rábida se consideraba al estudiante como capaz de desencade-

² Las vicisitudes jurídicas de las relaciones entre la Universidad de Sevilla, la Escuela de Estudios Hispano-Americanos y la Universidad de La Rábida quedan reflejadas en los textos legales contenidos en los Anexos.

³ Información verbal suministrada por Jesús Arellano Catalán. En dicha información y en las observaciones de Arellano nos apoyaremos frecuentemente a lo largo de este capítulo.

nar en sí —a partir del ambiente humano en que estaba temporalmente inserto— un ambicioso proceso de formación interior, tanto en lo que se refiere al ejercicio intelectual como al ámbito de la voluntad y a la conformación de los propios ideales. En esto, y creemos interpretar correctamente los datos a nuestro alcance, está el hallazgo principal de la fórmula rabideña, donde el ambiente colectivo se constituía en factor dinamizante de los personales recursos internos del individuo para incoar en él un proceso que va a actuar más allá del concreto conjunto de jornadas que componían el tiempo de los cursos.

En resumen, el espíritu de La Rábida se expresa en su propio empuje educador y en el consecuente empeño de crear un ambiente valioso —en el sentido de cargado de valores— donde cada uno pudiese mostrar y ejercitar lo mejor de sí mismo a través de la convivencia.

Comunicación y convivencia

Hay abundantes testimonios que corroboran este primer hallazgo que centra la atención en la convivencia cuando se indaga acerca del espíritu de La Rábida. Esto no resultará extraño seguramente para quienes están familiarizados con los cursos que allí se desarrollaron desde 1943 a 1973 ni para los ateneístas y otras personas que participaron en las diversas actividades que tuvieron como vector La Rábida y como inspirador a Rodríguez Casado. Acudiremos tan sólo a unos cuantos testimonios, los más explícitos, entre los muchos que están a nuestro alcance. «El ambiente de La Rábida se desenvolvía dentro de un espíritu de convivencia en el cual los profesores influían sobre los alumnos y los alumnos influían sobre los profesores. En el centro de este «círculo virtuoso», haciéndolo girar, estaba la fuerte personalidad de don Vicente, de tal manera que se creaba un ambiente único de comunicación. Las clases, las conferencias, en las cuales los profesores eran escuchados con todo respeto y atención, contaban mucho, claro está, en dar consistencia a ese ambiente. Pero después estaba la convivencia. Una convivencia prácticamente continua, porque se extendía a las comidas, a las tertulias, a los paseos, a los baños diarios en el embarcadero, a las excursiones, a los deportes y a las visitas a las bodegas, industria importante en la región. Esta convivencia originaba una comunicación constante y fluida a través de intercambios individuales o por pequeños grupos»,⁴ que con-

⁴ Apreciación generalizada entre los rabideños y que puede ser comprobada a través de los testimonios incluidos en este volumen.

tribuían a dar a los días de permanencia en La Rábida una particular intensidad. Un antiguo alumno, hoy profesor universitario que estuvo en La Rábida en 1968, año de la revolución de mayo en París y de la Primavera de Praga, recuerda ese curso de verano «con mucha más intensidad que los cinco largos años de carrera universitaria».⁵ Otro rabideño, de vuelta al hogar, expresaba esa misma idea con una frase de corte desenfadado y juvenil: «Sí madre, soy tu hijo Luis, pero a lo 'bestia'».⁶

Alegría y enriquecimiento mutuo

Otra característica del espíritu rabideño era la alegría. «Salvo los actos académicos, donde reinaba la seriedad, en todo lo demás había un ambiente festivo. La gente joven, los alumnos, estaban completamente a su ser. Pero también los profesores, que eran gente mayor como es natural, llegaban muy pronto a sentirse a sus anchas, porque les resultaba fácil integrarse en ese ambiente, a veces con no poca sorpresa para ellos, puesto que la comunicación plena, que se conseguía fluidamente una vez inmersos en la alegría de La Rábida, era imposible o sumamente difícil de conseguir en la vida universitaria convencional.»⁷

Esta atmósfera era extraordinariamente fructífera para todos. «Es un hecho que tanto alumnos como profesores eran influidos por ese ambiente que entre todos contribuían a alimentar. De modo genérico, podemos decir que se operaba en unos y otros una transformación, un enriquecimiento nacido precisamente de la comunicación recíproca, intensa, franca, amistosa que se reflejaba en las actitudes. Pero el impacto podía ser mucho más profundo, más fuerte, y llegar hasta la configuración de los ideales de vida, incluso ideales personales. Es un dato que se podría verificar en los alumnos y alumnas que han pasado por los cursos de La Rábida. Sería formidable apreciar cómo La Rábida influyó en sus destinos individuales, además de otros impactos tan bellos como son la actitud de alegría ante la vida, que hace que todos recuerden su estancia en esta universidad de una manera alegre.»⁸

⁵ Véase testimonio de Juan Antonio Giner.

⁶ «A lo bestia», es decir, en sumo grado. Se trata de Luis Sastre, alumno del curso de 1958.

⁷ Información verbal que debemos a Jesús Arellano Catalán.

⁸ *Ibidem*.

Libertad y tolerancia

«Para los que entonces teníamos dieciocho años —cuenta un alumno del curso de 1945—, La Rábida nos parecía un mundo distinto. La Universidad de los años cuarenta era una Universidad oficial muy controlada políticamente, tanto desde arriba por los informadores de que disponía el Ministerio, como desde abajo en lo que a los alumnos se refiere, ya que el SEU⁹ disponía también de sus informadores sobre las explicaciones de clase. Por todo ello, para nosotros La Rábida era sobre todo un mundo insólito y admirable: convivencia de alumnos de diversos cursos y edades diferentes, profesores consagrados algunos de ellos, como D. Ramón Carande o D. Manuel Giménez Fernández,¹⁰ con una cierta aureola de personas que habían sufrido más o menos cierta enemiga del Régimen.» Y añade: «La libertad, la comprensión y el trato convivencial presidían todos los actos de los cursos de verano. A nadie se le molestaba con preguntas ni investigaciones sobre su opinión política o sus creencias. Por vez primera aprendimos a convivir con algún alumno no católico, dentro de lo poco frecuente que en aquellos años era esta posibilidad.»¹¹

Sentido de la vida

«Los recuerdos más gratificantes del curso se refieren a la calidad de la convivencia humana y a la altura de la enseñanza recibida», relata un alumno del curso de 1958, y añade: «Todo aquello me troqueló de alguna manera para siempre. Aquel ambiente universitario tan excepcional fue el que resolvió mis dudas vocacionales de recién licenciado. Había estado oscilando hasta allí, en cuanto a la decisión profesional, entre el bufete y la cátedra. Allí me decidí por la Universidad, pensando que si yo llegaba a ser como aquellos maestros, consideraría que mi vida había tenido un sentido.»¹²

⁹ SEU, acrónimo de Sindicato Español Universitario, organización falangista fundada en 1933. A partir de 1939 se convirtió en la única organización legal para los estudiantes de la enseñanza superior. En 1965 el SEU fue sustituido por las asociaciones profesionales de estudiantes.

¹⁰ En los capítulos V y VI se da amplia referencia de la relación de ambos catedráticos con los inicios de la Universidad Hispanoamericana de Santa María de La Rábida.

¹¹ Testimonio de José Luis Murga Gener.

¹² Testimonio de Francisco Puy.

El primer rabideño proveniente de la Europa del Este, que había escapado de Eslovaquia bajo la persecución comunista y es ahora profesor de Historia en los Estados Unidos, recuerda cómo La Rábida determinó su futuro: «...dejé mi país y emprendí un viaje hacia un mundo nuevo... dejé mi familia, mis amigos, mi ciudad natal, incluso mi lengua, y me lancé por unos caminos cuya meta la suerte me ocultó por muchos años. No fue una empresa fácil y durante años desconocí mi destino. Cuando por fin fui a La Rábida, mi corazón palpó de alegría: llegué a mi meta.»¹³

Otro rabideño, alumno de 1961, recuerda con nostalgia sus «primeros contactos intelectuales con los problemas sociales de Iberoamérica», que ahora casi constituyen para él una dedicación profesional;¹⁴ y un conocido economista, profesor universitario, reconoce en su curso rabideño el «incentivo inicial» que le llevó a investigar y escribir acerca de la evolución del pensamiento económico.¹⁵

Escuela de amistad

La Rábida fue también una escuela de amistad: «Para mí fue decisivo vivir y convivir en la Residencia de la Escuela de Estudios Hispano-Americanos y en La Rábida», expresa un catedrático muy vinculado a Rodríguez Casado, «asistiendo años más tarde a congresos en Buenos Aires o en Lima y al entrar en contacto con otros catedráticos o estudiosos americanistas que habían sido a su vez alumnos de la Residencia o de la Universidad de La Rábida, palpé la presencia de un sello indefinible pero preciso en sus efectos que nos permitía comunicarnos y tratarnos como amigos de siempre aunque no hubiéramos coincidido en los mismos cursos.»¹⁶

«Una de las cosas que más me impresionó fue el ambiente cordial, sumamente amistoso entre los profesores y los alumnos que allí nos encontrábamos», explica un alumno del curso de 1962, y continúa: «Para mí, estudiante de Medicina —cuatro años en Madrid y el quinto recién terminado en Granada— aquello era algo absolutamente nuevo. Allí no existía tono profesoral. Asistías a las clases o participabas en un seminario dirigido por un prestigioso profesor y poco después te sentabas a la mesa con él para

¹³ Testimonio de Karol Belák.

¹⁴ Testimonio de Lucas Marín.

¹⁵ Testimonio de Miguel Alfonso Martínez-Echeverría.

¹⁶ Testimonio de Francisco Morales Padrón.

almorzar, tomar café o incluso jugar una partida de dominó. Todo en un clima cordial, amigable y respetuoso. Allí aprendí a conciliar ambas cosas: respeto y confianza, lo que hoy para muchos parece imposible en la vida académica.»¹⁷

Atmósfera colectiva

«¿De qué está hecho ‘el espíritu rabideño’?», se pregunta un hombre de letras, alumno del curso de 1954, para responder: «Era —y es— como una atmósfera colectiva en la que volasen muchos ángeles. El de la convivencia, el de la amistad, el de la tolerancia, el de la confianza, el de la fraternidad, el de la libertad, el del amor a la verdad... Era un espíritu que impregnaba a todos los que llegaban, profesores y alumnos de distintas partes del mundo o de cualquier rincón de las Españas —porque en La Rábida flotaba esa impresión transnacional, transoceánica de lo hispánico—, y se imponía sobre ideologías y caracteres, sobre costumbres y actitudes. Era —y es— como una unción invisible que derramase en los corazones un unánime aceite.»¹⁸

Al periodista sevillano Antonio Burgos se debe una interesante observación acerca del papel de La Rábida en el mundo universitario de entonces y a la influencia formativa de la tertulia y la convivencia: «En el intento revalorizador de la universidad española, la de La Rábida debe tener un sitio señalado. En un momento en que, si bien las Facultades aún no tenían las matrículas milenarias que se registran ahora, la universidad mantenía alejado al profesor del alumno, la de La Rábida tiró por la calle de enmedio... García Gallo hablaba, ‘vis a vis’ con los alumnos, de la historia del derecho aragonés. Don Raimundo Pániker dialogaba sobre el espiritualismo de la India. Guerrero Lovillo nos contaba sus experiencias de investigador por los pueblos monumentales del Sur. La novela, la pintura, la música, la economía, todos los saberes contemporáneos, sufrían una cordial y formadora simplificación. Todo era a la medida de La Rábida. Todo tenía el estilo de don Vicente Rodríguez Casado. Porque don Vicente ha creado a lo largo de estos veinticinco años una peculiar postura dentro del estilo universitario que se puede calificar sin ampulósidades como ‘rabideña’. Hace unos días, cuando el ministro Lora inauguraba las aulas de la Universidad —que por fortuna ha estado veinticinco años sin aulas, lo que le ha dado buena

¹⁷ Testimonio de Miguel Ángel Monge.

¹⁸ Testimonio de Miguel Álvarez Morales.

parte de su carácter—, el Rector de La Rábida, este don Vicente inolvidable de las tertulias y de los viajes por la provincia de Huelva —Alájar, Bollullos, Ayamonte—, hacía mención en su discurso a este carácter de la Universidad onubense como mediadora para la convivencia entre profesores y alumnos. Hasta el cabalístico himno de la Universidad... tiene algo de goliardesco, pasado por el matiz del americanismo, que hace pensar en la autenticidad medieval de aquella convivencia, que en poco dista del citadísimo 'ayuntamiento' de las Partidas del Rey Sabio... La Rábida», concluye el periodista, que escribe en 1967, «cumple ahora veinticinco años. Veinticinco años de labor por la autenticidad en la Universidad española, por el fructífero contacto entre profesores y alumnos.»¹⁹

Un historiador peruano, testigo de excepción del desarrollo de la Universidad Hispanoamericana de Santa María de La Rábida, escribe: «Estos cursos constituyen el ambiente más propicio para despertar vocaciones en este campo. Aquí se contrastan opiniones de alta solvencia, y del fecundo diálogo y de la diaria convivencia, de incalculable valor formativo, entre españoles e hispanoamericanos, brotan, a lo largo de un continuo intercambio de puntos de vista, las bases para un auténtico entendimiento entre unos y otros, descubriéndose cada vez con mayor nitidez aquellas zonas de contacto de la comunidad cultural llamada hispanidad, hasta ahora sólo imprecisamente intuida en sus principales raíces.»²⁰

Estas características las mantiene La Rábida a través de las diferentes etapas por las que atraviesa al correr del tiempo: La Rábida de los años cuarenta y cincuenta, identificada con la post-guerra y la autarquía; la de los años sesenta, de la estabilización y del desarrollo; la de los primeros setenta, cuando flotaba en el ambiente la premonición de los cambios que se avecinaban.²¹

El «Opus Dei» y La Rábida

Hay dos preguntas que son inevitables para el investigador y el lector. Una de ellas es: ¿Qué papel jugó el «Opus Dei» en el nacimiento, desarrollo,

¹⁹ Antonio Burgos, «La Rábida, convivencia universitaria», en el diario *ABC*, edición de Sevilla, miércoles 2 de agosto de 1967. El texto completo de este artículo se incluye en este volumen.

²⁰ Lohmann Villena, Guillermo, «La Rábida, rediviva», en la revista *Blanco y Negro*, núm. 2.371, 12 de octubre de 1957.

²¹ Véanse para estos últimos años los testimonios de José Luis Murga, Antonio Bar Cendón, José María Desantes Fernández, Fernando Galindo y Juan Antonio Giner.

configuración y, en definitiva, en lo que hemos convenido en llamar el «espíritu rabideño»? La otra es simple consecuencia de la primera: ¿Cabe atribuir a dicha institución los posibles logros o los fracasos de La Rábida? ¿Qué duda cabe que estas preguntas estuvieron presentes en todos los episodios de la vida rabideña!, especial y paradójicamente en sus momentos estelares y en sus momentos de crisis. De hecho, el ambiente de opinión controlada o confinada que reinó en España en los años que coincidieron con los de Rodríguez Casado, lo mismo que la mentalidad totalizante de uno u otro signo que tiende a ver los fenómenos culturales como un simple corrolato de la lucha por el poder, coinciden en dar un enfoque politizante al «Opus Dei» y en hacer una interpretación «opusdeística» de La Rábida como de otros aspectos de la vida cultural española.²² En un ámbito como el de la enseñanza superior, en el cual se pretendía conservar una impronta pseudocorporativista bajo la regiduría de un sindicato oficial de estudiantes y donde hubo equipos ministeriales imbuidos de una mentalidad unidireccional, es lógico que los alumnos de La Rábida se plantearan esas preguntas y que algunos creyeran encontrar una respuesta en la creencia convencional de que el «Opus Dei» manejaba a la institución rabideña,²³ identificando a la Universidad primero con la «España sin problema» y posteriormente con los llamados «tecnócratas» o más vulgarmente los «lópeces».²⁴

²² En este sentido no ignoramos el libro de Jesús Ynfante, *La prodigiosa aventura del «Opus Dei». Génesis y desarrollo de la Santa Mafía*, París 1970, que en las pp. 52 y ss menciona a Rodríguez Casado y a otros rabideños en un contexto libelístico.

En un marco semejante, se hace referencia a Vicente Rodríguez Casado y a otros rabideños en: Morán, Gregorio, *Adolfo Suárez. Historia de una ambición*, Barcelona 1979, pp. 105-146.

²³ «Desde luego, sería ridículo pretender que el ambiente rabideño satisfizo a todos: los prejuicios hacia don Vicente y hacia el «Opus Dei», al que se atribuía cuanto allí se hacía, proliferaban en buena parte de quienes acudían a los cursos; muchos al vivir la realidad, daban de lado a sus preconcebidas ideas, llegando o no a identificarse con don Vicente, pero aceptando aquella experiencia como muy provechosa; otros, los menos, como era previsible, aunque poco razonable, acentuaban sus recelos. De hecho, don Vicente —y su actuación— no dejaba indiferente a nadie: o conquistaba profundos amigos o se granjaba enemigos radicales; al margen de esa profunda polarización quedaban sólo algunos, muy pocos, que —expertos en disimulo a pesar de su juventud— fingían un afecto que no sentían u ocultaban una enemistad que los dominaba.» Son palabras de Octavio Gil Munilla en su testimonio. Ver Introducción.

Por otra parte, la presencia del «Opus Dei» en La Rábida fue también objeto de las encuestas a que se hace referencia en uno de los capítulos precedentes.

²⁴ Mote propagado por los sostenedores de una ideologización de la política frente al desarrollismo. «Lópeces» por el apellido de López Rodó, de López de Letona y de

En La Rábida convivía gente de muy diversa ideología. Diversas, «aunque poco consolidadas»,²⁵ eran las de los alumnos, cuya selección se hacía fundamentalmente según el expediente académico; diversas y «arraigadas con absoluta fuerza» las del profesorado elegido por su competencia. De diversa ideología eran los propios colaboradores de Rodríguez Casado y las personas que le brindaron su ayuda, tal como queda expuesto en otros capítulos de este trabajo; aparte de la evidencia que en ese sentido se deduce al leer las listas de profesores y alumnos —incluidos en anexos de esta obra— así como del repaso de los nombres y ubicaciones de cuantos han contribuido con su testimonio al enriquecimiento de estas páginas.

De hecho, la pluralidad ideológica de quienes le rodeaban fue una circunstancia buscada por Rodríguez Casado. Incluso su conocida e ingenua forma de airear su lejana relación familiar con Manuel Azaña — el «tío Manolo» — ha de interpretarse, según Gil Munilla, uno de sus colaboradores más inmediatos, como un medio de que todos —viniesen de donde vinieren— se sintiesen cómodos con él aun a costa de exagerar él mismo la nota acerca de la disparidad de sus propios antecedentes familiares.²⁶

Independientemente de estas atribuciones que achacaban todo lo acontecido en La Rábida al «Opus Dei» e identificaban a éste con un grupo reducido de sus miembros que actuaban en política, no conviene perder de vista, para no exagerar la nota ni caer en lo que podría identificarse como victimismo, que en realidad Rodríguez Casado empleó a fondo sus relaciones personales y sociales²⁷ en favor de La Rábida, como las empleó a favor de los Ateneos, de los Lugares Colombinos o de Huelva. El temor, bien fundado, de que estaba negociando con Madrid directamente, causó las primeras suspicacias en torno a los «cursos de verano» por parte de autoridades académicas que se sintieron preteridas, «puenteadas» en el lenguaje coloquial de la Península o «ninguneados» como se diría en tierras mexicanas. El oportuno comentario de ser hijo de un General de Ingenieros amigo de Franco le abrió las puertas del Palacio de Pedralbes para depositar en el despacho del Caudillo la colección de libros publicados por la Escuela de

Gregorio López Bravo, quienes por otra parte no tenían entre sí relación familiar de sangre.

²⁵ Cfr. Gil Munilla, Octavio, ob. y lug. cit.

²⁶ Su padre, General de Franco; su «tío Manolo», Presidente de la II República Española.

²⁷ Quizá esto induce a Ignacio Olábarri Gortázar, alumno del curso XXV (1967), a incluir a Rodríguez Casado en la categoría marañoniana de los «buenos caciques». Véase el testimonio de Olábarri Gortázar.

Estudios Hispano-Americanos que evitaron, según versión del propio Rodríguez Casado, que el Consejo de Ministros entrase a conocer del asunto de la absorción de La Rábida dentro del esquema del Hispanismo oficial bajo el Ministerio de Ruiz-Jiménez. A lo largo de toda su vida, sirvió a sus amigos y les pidió su apoyo, fueran del «Opus Dei» o no, para pequeños encargos o para grandes empeños, en un amplio círculo de amistad que abarcaba todas las clases sociales y las diversidades ideológicas y religiosas que cada momento hacía posible.

La compleja personalidad de Rodríguez Casado

Es difícil enjuiciar a un hombre tal. Su personalidad, vista con enfoques parciales, parecería una taracea compuesta de mal avenidas teselas. Rodríguez Casado parece ser todo al mismo tiempo: el asceta, que admira a Carlos Pereyra, su maestro mexicano, que no ofrecía a sus contertulios otros aperitivos que avellanas y agua fresca, y el jocundo comensal de festejos y banquetes, animado, entendido y no menos prudente catador de las espléndidas bodegas andaluzas. Un alma universal por universitario y un maestro provinciano atado afectivamente a dos rincones en España y el Perú: la provincia de Huelva y el departamento de Piura. El autor erudito que se hace entender por obreros y pescadores. El lector empedernido de obras de historia y pensamiento y el aficionado que se deleita con novelas policíacas. El Director General de Información poco amigo de la censura que autoriza la publicación del libro de un sindicalista clandestino²⁸ y de una

²⁸ Vicente Alejandro Guillamón, antiguo jocista, fundador en los años cincuenta de la Federación Sindical de Trabajadores, de inspiración cristiana, actualmente Director de la revista *Vida Nueva*, relata el siguiente episodio que se remonta al año 1961: «Yo había escrito, con escaso sentido de los tiempos que corrían, un libro sobre sindicalismo que venía a ser la defensa o exposición de las ideas y objetivos que pretendíamos alcanzar con nuestro sindicato. Pero como partíamos de un sustrato católico, me consideré en la obligación de refutar las tesis corporativistas del jesuita Padre Brugarola, convertido a la sazón en ideólogo del sindicalismo vertical de José Solís. Lo que me sacaba de mis casillas del Padre Brugarola era que pretendía vender su mercancía —¿puedo calificarla ahora de fascistoide sin que nadie se ofenda?— como si se tratara todavía de la doctrina social de la Iglesia aún vigente. El Padre Brugarola no parecía enterarse de que Pío XI había muerto ya, que la guerra mundial había concluido hacía casi veinte años con la derrota total del fascismo y, con él, del gremialismo o corporativismo obsoleto de la escuela austriaca, y que el ansia de libertad no había forma de contenerla.

»El libro, titulado *Justicia Social. Doctrina para un sindicalismo de inspiración cristiana*,

novela de José María Gironella²⁹ que no es vista favorablemente en el Ministerio, y el interlocutor oficial del que se guarda mal recuerdo.³⁰ El enamorado del paisaje y de la naturaleza que consigue la protección legal efectiva de los Lugares Colombinos y el activista que impulsa la acción de sus

que tuve que imprimir a mis expensas porque no encontré editor que quisiera publicarlo, lo decía todo en el título; por eso a nadie pudo extrañar que se quedara estanca-do en la rigurosa censura de don Gabriel Arias Salgado.

»Don Vicente ocupaba en aquella época el cargo de Director General de Información, del que dependía la autorización para la edición de libros. Tengo sin embargo para mí que don Vicente no se tomaba muy a pecho la censura, porque en lugar de vigilar de cerca el trabajo de los censores, ocupaba buena parte de su estancia en el despacho oficial en su pasatiempo favorito: la lectura de novelas policíacas, que le surtía en cantidad su secretario particular, el señor Hierro, padre de Liborio Hierro, antiguo congregante mariano y, hasta hace poco, subsecretario de Justicia desde que los socialistas ocuparon el Gobierno.

»Pues bien, en eso estábamos, en que el libro no pasaba la censura, hecho nada sorprendente si tenemos en cuenta la dura crítica que en él se hacía de los sindicatos oficiales. Pero, mira por donde, uno de los cabecillas de aquel embrión de sindicato clandestino, Lázaro Álvarez, era a su vez 'responsable', o como se llamase, del Ateneo Obrero del barrio madrileño de Campamento, calderero de profesión, que me proporcionó una entrevista con don Vicente.

»Acudí a la cita con la natural desconfianza de un conspirador profesional hacia un hombre del Régimen, que además era del «Opus». Bastaron, no obstante, pocos minutos de conversación para darme cuenta en seguida de algunas cosas: que don Vicente estaba al cabo de la calle de todas nuestras andanzas supuestamente conspiratorias; que no tenía el menor propósito de delatarnos, sino todo lo contrario; que estaba dispuesto a autorizarme sin dilación el libro y que además me ofrecía su amistad. De aquella entrevista salí amigo suyo para siempre. Me ganó su cordialidad y su profundo espíritu cristiano... no se sentía ideológicamente muy liberal; en cambio, por temperamento, formación y hasta constitución física, era tolerante, comprensivo y protector de no pocos espíritus azogados que queríamos 'salvar el mundo' poniéndolo todo patas arriba. De modo que me autorizó en seguida el libro sin alterar ni una tilde; pero con una recomendación: que no se exhibiera demasiado en las librerías porque corría el riesgo de que la 'social' [se refiere a la Brigada social de la Policía] lo retirase de la circulación.

»Así fue como nació una amistad que ya no se quebraría. En ocasiones fui invitado personalmente por él a participar en las Asambleas que los Ateneos Obreros solían celebrar anualmente en La Rábida, para explicar a los participantes —algunos estudiantes y muchos trabajadores— el estado y evolución de los movimientos sindicales clandestinos. En realidad, mis intervenciones terminaban convirtiéndose al final en una soflama subversiva, para regocijo de don Vicente.»

Véase el escrito entero de Guillamón en este volumen.

²⁹ «Yo he visto como alumno de la Universidad de La Rábida al rector Rodríguez Casado, con aquel su inolvidable bañador antiquísimo de tirantes, con un grueso manuscrito en las manos, leyéndolo por los claustros, entre carreras de bateles y excursiones a la Fontanilla colombina de Palos de la Frontera. ¿Qué manuscrito estaba leyendo don Vicente? Fue el ahora filósofo Eugenio Trías, que entonces era del Opus y me lo pusieron de compañero de cuarto para que me convirtiera (lo cual, evidente-

alumnos en los suburbios industriales de las grandes ciudades. El hombre que reza a la Virgen y el que ¿fomenta?, ¿tolera? que los estudiantes importunen al padre Jenaro con el canto de «La Marsellesa» o el «Himno de La Rábida». El obeso gigante bajo cuyo peso se rompían las sillas, y el ágil y esforzado patrón de traineras y bateles que conocían la victoria. El trasnochador impenitente que se levanta el primero. El ingenuo que confía en todos y se entrega al servicio de los demás y el intrigante que ata cabos hasta lo inverosímil. El hombre respetable y respetado que se ríe de sí mismo con el mayor descaro.³¹ El trabajador que no hurta el cuerpo a ningún esfuerzo y el exigente director del trabajo de otros a los que es capaz de inducir a los mayores sacrificios con esa su capacidad de persuasión de *magister coralis* que ha merecido a veces la calificación de «apabullante».³²

mente, no consiguió) quien me aclaró el misterio que ahora me enmarca la figura de Rodríguez Casado.

»—Ese libro que está leyendo don Vicente es una novela que ha escrito Gironella sobre la guerra. La censura se lo ha cargado, pero él la quiere autorizar.

»Era, y lo digo en justicia para don Vicente, *Un millón de muertos*, aquel novelón de la serie de Gironella. Rodríguez Casado conectaba con un sector del franquismo que defendía entonces que la solución estaba en Estoril. No puedo menos que evocarle junto a Florentino, como he hecho, o junto a Calvo Serer, o junto a Octavio Gil Muni-lla, o junto a Jesús Arellano, por citar aquella veta indudablemente juanista que había dentro de la Obra, y que marcó mayores horizontes de libertad de cuantos ahora se le reconocen.» Antonio Burgos, en «Vicente Rodríguez Casado», artículo aparecido en la sección El Recuadro, del *Diario 16* de Andalucía, del domingo 9 de septiembre de 1990.

La posición de don Vicente, monárquico sin estridencias, era conocida de todos. Su amistad personal con Calvo Serer y especialmente con Pérez-Embid parece predisponer a considerar al Rector de La Rábida como hombre involucrado en la alta política. A la espera de mayores indagaciones, hoy por hoy se puede afirmar que no hay indicios válidos para sostener que desde La Rábida y con Rodríguez Casado como protagonista se haya planeado o realizado ninguna operación política de importancia.

³⁰ Cfr. Carlos Barral, *Los años sin esperanza*, pp. 270 ss.

³¹ Los estudiantes le llamaban «El Virrey» y «El Sátrapa», como se ha dicho; pero también «Don Vicentón», «Don Bisonte»; y más reducidamente, y en el ambiente de la Escuela de Estudios Hispano-Americanos, «El Teclé Gordo», por alusión al mote que los indios de Cuba dieron al Gobernador Velázquez. Era frecuente que se le aclamase —o se le recriminase, según se entendiese— por sus hazañas náuticas con el grito de «¡Viva el capitán pirata!» En las fiestas del «Paso del Ecuador», a las que asistía en primera fila, no faltaba el estudiante disfrazado de «Don Vicente».

³² Cfr. testimonio de Joaquín López-Lozano.

³³ En este aspecto tampoco puede pasarse por alto la vinculación de Rodríguez Casado al Opus Dei. Conoció y tuvo trato personal con el Beato Josemaría Escrivá de Balaguer y uno de los primeros miembros de la hoy Prelatura, el ingeniero argentino Isidoro Zorzano, fue quien le facilitó el contacto con esa institución. No resulta cho-

¿Qué hilo nos puede guiar por este aparente laberinto de la personalidad de Rodríguez Casado? Uno sólo: su sentido de la libertad en su realidad más vital y profunda; el que antepone la vida a las reglamentaciones y a las teorías; una libertad que cada uno debe extender a golpes de su propio y personal ejercicio y que en definitiva encuentra su raíz en la consideración de ser aquélla un don de Dios que el hombre debe ejercitar respondiendo de lo que hace.³³ Aquí ha de encontrarse la raíz del informalismo de La Rábida, donde la norma no ocultó nunca lo esencial³⁴ y donde educar

cante, pues, que algunas claves para la comprensión de la personalidad de Rodríguez Casado puedan encontrarse en observaciones que han sido hechas acerca de Mons. Escrivá de Balaguer: «...el amor a la libertad constituye uno de los rasgos característicos de su temple humano. Le desagradaba la homogeneidad impuesta y consideraba la diferencia en los comportamientos como un valor positivo. Apostaba por la originalidad espontánea, mientras que sospechaba de la uniformidad. Confiaba más en las ocurrencias y decisiones de las personas que en la exacta disposición de las estructuras. No le gustaban los formalismos protocolarios; prefería la sencillez de las manifestaciones informales. Por eso se encontraba uno tan bien en su compañía: porque su vigorosa personalidad no constreñía a quienes le rodeaban, sino que contribuía a reafirmar los estilos de cada uno y a dilatar los propios ámbitos de expresión. Era como un poderoso catalizador de libertad: la vivía e impulsaba a vivirla.» Alejandro Llano, Rector de la Universidad de Navarra, en «La libertad radical», estudio incluido en la obra colectiva *José María Escrivá de Balaguer y la Universidad*, EUNSA, Pamplona 1993.

³⁴ Era proverbial la manga ancha rabideña. Quien esto escribe fue alguna vez beneficiario de una singular modalidad: la ventana abierta para los estudiantes que decidían trasnochar por su cuenta, siempre una ventana distinta para obligar a la búsqueda por todo el edificio, lo cual no dejaba de ser divertido.

De hecho, los favorecidos eran los más inquietos de conducta o los menos encajados en los cursos. Gil Munilla señala en su testimonio «que se hacía la vista gorda cuando no se presentaban a la hora señalada para el retorno de las excursiones de fin de semana o de los días festivos y hasta, en alguna ocasión, se aparentaba creer que, sin culpa alguna por parte de los alumnos, habían perdido el autobús de regreso; se les daba permisos especiales y no era raro que se organizase con ellos algún paseo improvisado a Palos o a Moguer. No es preciso esforzarse para comprender que don Vicente estaba al cabo de la calle de la calle de cuanto se hacía y que lo autorizaba todo, al menos con un tácito consentimiento.»

La única norma inflexible era la de llevar corbata y calcetines en el comedor y dio ocasión a que un asistente a los cursos de 1944, a quien Pérez-Embid había avisado al respecto, bajase al día siguiente a desayunar vestido de traje oscuro y con la medalla de Catedrático de Instituto pendiendo sobre el pecho. Un incidente trivial se convirtió así en un asunto grave que terminó por ser considerado como falta de adaptación a los cursos. El estudiante renunció a permanecer más tiempo en La Rábida por considerarlo incompatible con su «dignidad profesional» de catedrático. Hay Oficio de 9 de septiembre de 1944 firmado por Vicente Rodríguez Casado, entonces Vice-Director de La Rábida, disponiendo el cese de beca, lo que equivalía a expulsión, aunque no lo decía. El alumno devolvió el oficio a su remitente acompañándolo de carta en que explicaba que ya había renunciado explícitamente a dicha beca ante el secretario de los cursos, Florentino Pérez-Embid, al que llama intencionadamente «Lic. Pérez». Gil

no fue atiborrar las mentes o colonizarlas, sino dar facilidades para que brotara al exterior una libertad ganada antes en el interior de cada uno. Aquí ha de encontrarse también la razón de la alegría rabideña, de la profundidad y extensión de su huella³⁵ y de la permanencia de su mensaje.

Munilla piensa que subir de bañarse en la ría y entrar sin más trámite al comedor para almorzar hubiera dado a las comidas un ambiente chabacano por la pérdida de algunas formas.

³⁵ El rabideño José Carlos García Fajardo, profesor de la Universidad Complutense de Madrid, creador de los conocidos seminarios del «Aula 415» y fundador de «Solidaridad para el Desarrollo», Organización No Gubernamental que envía de año en año centenares de universitarios para trabajar en proyectos para el Desarrollo en veinte países de América, así como a cuatro países del Africa, Rumanía y China, expresa así su recuerdo de La Rábida y de Rodríguez Casado: «Lo más hermoso es que varios universitarios, que han terminado sus estudios, han ofrecido dos años de sus vidas para servir a las comunidades más necesitadas de los pueblos hispanoamericanos bajo la tutela y dirección de sus Obispos. Algo está cambiando en estos jóvenes universitarios que sienten hastío de la sociedad consumista y piden horizontes más amplios, sentirse necesarios en el servicio a los demás realizando cumplidamente aquel aserto de que 'a un joven, si le pides poco, no te da nada, y si le pides mucho te lo da todo'.

»Cada vez que voy a América, a abrir caminos y preparar envíos de jóvenes apóstoles solidarios con los más necesitados, siento que ya conocía estos países, esos lugares y aquellos ambientes. Yo los había vivido en La Rábida, en soñadas y emocionadas ansias de servir y de amar. Tuvo que llegar el tiempo propiciatorio, el *kairós*, y Dios me es testigo de con cuánto cariño recuerdo la obra de don Vicente y de tantos colaboradores y seguidores suyos en La Rábida.

»Uno nunca sabe el destino de la siembra que realiza a voleo, pero sí es cierto que Dios nace en cada hombre que se entrega a los demás.»

☞ Véase el testimonio completo de José Carlos García Fajardo en este volumen.

CAPÍTULO XV

LA ASOCIACIÓN DE LA RÁBIDA: PERMANENCIA Y FUTURO

A partir de 1973, alejado materialmente de La Rábida, Rodríguez Casado se establece definitivamente en Madrid. Permanece en contacto directo con la Asociación, de la que es Presidente de Honor y viaja con frecuencia a su segunda Patria, el Perú, para dictar sus cursos en la Universidad de Piura. En su rincón de la vieja casa familiar, en la calle Pastor, en pleno distrito universitario de la capital de España, trabaja en la composición de nuevos libros. Los redacta pensando en un ámbito de lectores, los universitarios, que han sido objeto de su máxima dedicación personal y profesional.

El retiro del fundador de La Rábida es un recogido semisótano que sirve de biblioteca, despacho y salita de estar. Una vez franqueada la cancela de entrada, se llega hasta allí pasando por un jardincillo. Todavía habrá que bajar unos escalones para llegar a aquel recinto con entrada independiente del cuerpo de la casa. Es el mismo don Vicente quien abre la puerta. El local es amplio; no obstante, resulta un tanto abigarrado por la acumulación de objetos dispares. Hay algunos óleos en las paredes: paisajes y pintores de La Rábida. Estos son los únicos signos que acaso puedan delatar nostalgia. Por lo demás, es evidente que aquí han venido a recalar muchos de los libros que el catedrático y el lector alcanzaron a atesorar a lo largo de su vida; incluso algunas novelas policíacas, sobadas, como de mucho uso.

Un cuadro de la Virgen preside aquel lugar de trabajo. El anfitrión tiene la mesa llena de papeles. Le he sorprendido escribiendo. No importa. Es evidente que en cada momento está en lo que está. Y ahora me ha citado para hablar. Aparta los papeles. Sé que es un hombre ocupado; no obstante, durante las entrevistas, no mirará el reloj ni una sola vez. No se opone al magnetófono, pero prefiere la conversación y las anotaciones libres. Anoto antes de todo que espontáneamente no vuelve nunca sobre su pasado reciente. Ni se queja ni se explica. «Es una actitud propia de la realeza»: me permito esa observación llevado del deseo de expresar algo agradable. Responde con una carcajada, pero no añade su familiar ¡qué bobada!

Hay que prolongar el surco

A decir verdad, don Vicente no manifiesta ninguna inclinación a valorar acontecimientos pretéritos de su vida personal, gratos o ingratos, remotos o próximos. Quizá su actitud sea la del labriego que una vez puesta la mano en la manquera no vuelve la cara atrás; pero tampoco se aviene a comentar nada respecto a su actitud interior. En casos así, contesta con evasivas.

A las preguntas directas sobre acontecimientos y datos, suele responder con presteza; sin embargo, al poco rato parece darse cuenta de que en este concreto asunto hay alguien que sabe más que él, o que tiene mejor memoria, o que —vana ilusión— «quizá guarda los papeles». En esos casos me remite a sus colaboradores y amigos, llamándoles llanamente por su nombre de pila: a Octavio, a José María, a Patricio, a Paco, a Pepe. En cambio, a Jorge Bernales y a José Antonio Calderón Quijano los nombra así. Hay algo que impone en la sonoridad de esos nombres. La lista de los rabideños que don Vicente supone más enterados que él parece interminable. En cambio, se muestra parco al hablar de sus propios logros. Su pudor en este punto llega a ser conmovedor. Se muestra accesible desde el primer momento; pero el hecho es que, sin poner plepas de ninguna clase, consigue no dar facilidades para el abordaje de temas de los que se sigue su personal lucimiento o que pueden derivar en desdoro de los demás. Tardaré varias sesiones en percatarme de que en realidad me está facilitando el trabajo: don Vicente no pierde su tiempo en hablillas. Proporciona pistas. Las suficientes. Las certeras. Cuando vuelvo con ellas exploradas, me abre nuevas perspectivas; ensancha poco a poco el radio de su colaboración y el calado de sus confidencias. Es como si él estuviera marcando el avance. Sabe hacerlo. Sabe prepararlo. Si algo queda mal, no será por falta de archivos humanos. En cuanto a los otros...

Es fácil comprobar que en los años que serían los finales de su vida, el porvenir sigue ejerciendo sobre Rodríguez Casado un atractivo que parece irresistible. Esa actitud no es una coartada. Ni una pose. Me doy cuenta de que don Vicente tiende siempre a girar dentro del campo gravitatorio de la esperanza. En la esperanza y en el futuro viene a parar cuando se le deja a su propio impulso. Se extiende en la idea de que hay que escribir libros breves y fáciles para que todos los lean. Arguye lo que es obvio: no es la nuestra época de lecturas largas o arduas. Habla de las dificultades que hoy existen —ayer hubo otras— para que cada cual pueda avanzar en el conocimiento de la verdad. Comenta el hecho con naturalidad, como quien se encuentra a gusto en lo real de cada día por muy difícil que sea. Se expresa

con la seguridad del técnico que emite dictamen sobre asunto conocido y estudiado. Y propone remedios con el entusiasmo de quien cree haber acertado con la solución. De todas formas, pienso, lo que ahora hace es prolongar el surco. Porque eso de juntar levedad y profundidad en los libros lo decía ya en los años sesenta, cuando se encontraba ante la urgencia de elaborar textos nuevos para el amplio mundo de los Ateneos de Obreros y Universitarios.

Nuevos planes editoriales

En los años ochenta los libros serán para quienes asistan a los diversos cursos que organiza la Asociación, y para los alumnos de la Universidad de Piura, pues el horizonte ultramarino no desaparece de la mente de don Vicente. Si la Asociación, alejada de su matriz epónima, pudiera haber debilitado su vinculación americana, la cooperación con Piura le abre nuevas y desusadas perspectivas. Desde esa Universidad —que ha nacido, como un oasis,¹ entre los «despoblados» y «tablazos» del Norte peruano— se difundirán por el continente americano las nuevas ediciones rabideñas.

El plan editorial ha previsto, de entrada, dos colecciones. Una sobre los grandes temas que plantea la cultura de hoy. Otra sobre la cuestión social. Durante años don Vicente ha estudiado ambas cuestiones. Desde 1965 viene ocupándose especialmente de ellas. Los resultados parciales han ido quedando plasmados en los textos breves y enjundiosos de conferencias que ha pronunciado en Huelva, en Madrid, en Sevilla, en Lima. Su libro *Elogio de la libertad social* rompe la marcha al frente de la colección titulada «Biblioteca breve de temas actuales». A ése siguen otros títulos y otros autores que inciden en los grandes temas históricos, antropológicos, económicos, psicológicos y filosóficos que influyen en el mundo de hoy. Tal sucede con el papel particular de la monarquía española en la formación de la unidad de España y en la integración de América, con la relación que existe entre la economía y la libertad, y con los planteamientos de Freud, objeto de los libros de Luis Suárez Fernández, Antonio Millán Puelles y Aquilino Polaino. Todas estas obras, que ven la luz en 1985, son presentadas en ediciones asequibles a todos los bolsillos y van dirigidas a personas que «carecen del ocio necesario para leer un estudio más profundo».²

¹ Expresión empleada por Rodríguez Casado.

² Rodríguez Casado, Vicente, *Elogio de la libertad social*, Lima 1984, p. 11. Para una

En 1986, el convenio entre la Asociación de La Rábida y la Universidad de Piura tiene su expresión editorial en la publicación de una obra del peruano José Agustín de la Puente Candamo que versa sobre la teoría de la emancipación peruana, que precede a otra del chileno José Miguel Ibáñez Langlois acerca del estructuralismo. Los libros que se publican posteriormente versan sobre el marxismo, la libertad en el mundo de hoy y los fundamentos sociales de la libertad individual y están escritos por Rafael Gómez Pérez,³ Juan Cruz Cruz y Enrique Martín López. Los últimos años han

aproximación a la bibliografía de Vicente Rodríguez Casado, ver la colaboración de León Gómez en este volumen.

³ Rafael Gómez Pérez —ver su testimonio— es redactor principal del borrador del «Manifiesto» que, con algunas modificaciones, fue publicado en el boletín *Papeles de La Rábida* de noviembre de 1984. Transcribimos a continuación dicho «Manifiesto»:

«En un clima cultural en el que los asuntos más serios se convierten muy pronto en pirueta, quizá sea posible tomarse las piruetas en serio. La Asociación de La Rábida es el resultado de una experiencia universitaria, prolongada durante más de treinta años, en la que profesores y estudiantes de España y de muchos otros países, sobre todo hispanoamericanos, se entretenían, con una curiosidad un tanto ingenua, en atender a la historia, a la filosofía, al arte, al cine, a la poesía.

»Durante años hubo un edificio, en La Rábida (Huelva), al lado de donde Colón salió para América. Cuando el edificio faltó, la Asociación no se deshizo y quizá esto sea una prueba de que se trataba de algo más que de un edificio. Ahora, intenta otra aventura universitaria, sin retórica ni escepticismo.

»Esta aventura consiste sencillamente en reunirse y en hablar. Reunión de antiguos estudiantes de La Rábida y de nuevos, de los que se sienten atraídos por el deseo de ir tomando el pulso al tiempo, de ver qué pasa o de qué está pasando en el mundo del pensamiento, de la ciencia, de la creación literaria y artística. Reunirse y hablar es un encuentro. A veces estos encuentros son cursos universitarios, de una semana, para tratar de enterarse de cosas que tantas veces se tratan sólo de pasada; otras veces son tertulias corrientes, en la mesa de un bar; otras, debates en torno a una película, a una muestra de arte o de literatura.

»La Rábida no es una asociación política ni el germen de ningún club de este tipo. En una situación en la que cualquiera puede instalar en cualquier parte el tenderete de su política, quizá sean más originales los modestos tenderetes de la artesanía cultural.

»La Rábida no es un sitio donde unos —los maestros— hablan y otros —los discípulos— oyen. Pero tampoco es un intento de 'comuna de pensamientos', en el que la nivelación por lo bajo ofrece la apariencia y no la realidad de la libertad. La Rábida es un 'lugar' para encontrarse y animarse a que la Universidad no sea sólo un sitio.

»Los que componen la Asociación de La Rábida tienen sus preferencias y sus exclusiones, es decir, se arriesgan a la impopularidad de defender lo que piensan. Las preferencias son: gente no dogmática, gente que no dice 'todo es política', gente que defiende la libertad personal, gente que no está de acuerdo en dejar de hablar cuando se llega a la dimensión espiritual del hombre. Y no hace falta describir las exclusiones: se excluyen los que no están de acuerdo con esas preferencias.

»La finalidad de La Rábida cabría definirla así: sin aspiraciones políticas, sin am-

visto incrementarse esta colección con nuevos títulos dedicados a la soledad del hombre, la vida humana como tema jurídico controvertido, la fundamentación del derecho y la honradez intelectual, debidos a Pablo Pérez Sánchez, Carlos Soria, José Antonio Doral y Federico Suárez Verdaguer.

En ese mismo año de 1986 se inicia la colección «Biblioteca de Ciencias Sociales» con un libro de Leonardo Polo titulado *Hegel y el problema del posthegelianismo*. El segundo número de esta colección, *La agonía del hombre libertario*, escrito por Aquilino Polaino con Francisco José Fontecilla y Miguel Martínez como coautores, recoge, en un enfoque multidisciplinar, las diversas perspectivas que en los años ochenta ofrece la vivencia de la libertad, señalando vías de diagnóstico e indicando formas de solución a los problemas que suscita. Un libro de Luis Suárez sobre Euroamérica constituye hasta la fecha el último número de esta colección.

Entre el Perú y España

Desde 1974 la vida de don Vicente transcurre en un generoso⁴ ir y venir entre el Perú y España. Mientras aquí anima las actividades de la Asociación de La Rábida, allende el Océano contribuye a potenciar el estudio de las Humanidades y a afianzar las enseñanzas humanísticas en los programas de las carreras técnicas, de obligada prioridad estas últimas ante las necesidades que plantea el desarrollo tecnológico del Perú.

biciones de ser un grupo de presión, sin fines de lucro, sin dialéctica de ayudas mutuas, sin deseos de glorificar un pasado quizá más sonoro que el presente. La Rábida puede atraer a los que todavía aprecien el sabor del saber, el gusto de hablar y la atención a lo nuevo que, quizá, pueda aparecer por alguna parte.

»Esto es una explicación y un manifiesto y deseáramos que las frases pudieran pasar a través de un 'compresor' de sencillez para que nada sonase demasiado alto, con el tenue énfasis de la falta de énfasis.

»Puede quizá esperarse que si la experiencia que es hoy La Rábida logra reunirse con otras —la sociedad civil necesita fortalecerse en un momento en que los naufragios son frecuentes—, de la Universidad saldrá gente que, por cuenta propia, difunda los deseos de pensar y la capacidad de asombro. Esto parece hoy tan extraordinario que es preciso terminar aquí la explicación para que la excesiva ambición no cierre nuestros ojos.

»La Asociación de La Rábida ruega a todos sus socios —y es quizá el compromiso más serio— que no pierdan el sentido del humor. Finalmente, deseamos comunicar que existen unos reglamentos redactados con el lenguaje usual en estos casos, acrisolados en una larga experiencia universal de burocracia y de principios generales.»

⁴ Véase el testimonio de Luz González Umeres (Decana de la Facultad de Ciencias y Humanidades de la Universidad de Piura). Cfr. también el testimonio de José A. de la Puente Candamo en este volumen.

Capta Rodríguez Casado la conveniencia de formar en Piura historiadores capaces de influir con su pensamiento en las decisiones que orientan al Perú en momentos cruciales para su existencia como nación. Consecuente con esta idea, trabaja en el proyecto de un Centro de Estudios Históricos cuya avanzadilla es el Plan de estudios para la Especialidad de Historia en la Facultad de Ciencias y Humanidades de aquella Universidad.⁵ Cuando en 1985 se crea el Programa Académico de Ciencias de la Educación, Rodríguez Casado coopera en su desarrollo. Fruto de esa dedicación son dos volúmenes —*El legado de la Antigüedad* y *El legado del Cristianismo*—, ambos editados por la Universidad de Piura. Trabaja también con los centros culturales promovidos por ADEU⁶ y participa en el Programa de Alta Dirección que, para empresarios de diversas ciudades del país, organiza en Lima la Universidad piurense.

A sus años, el antiguo Rector de La Rábida sigue conservando su capacidad para el trato personal y directo con la juventud. No sólo en las clases y seminarios, también en los pasillos, en los jardines, en la cafetería de la Universidad. Su presencia en estas reuniones informales en las que el profesor actúa sin el menor coeficiente de tarima, sorprende por su cotidianidad.⁷

Desde el punto de vista de la Historia, preocupa a Rodríguez Casado la participación voluntaria y libre del hombre, y especialmente de los cristianos, en los planes de Dios. Considera que los valores materiales y culturales no son fruto del descarrío sino de la incoercible capacidad creadora de

⁵ Véase el testimonio de Antonio Mabres (Rector de la Universidad de Piura). Respecto a la huella de don Vicente en la Universidad de Piura y la de esta institución en el propio don Vicente, cfr. testimonio Desantes Guanter, José María, «El influjo de don Vicente. Palabras pronunciadas en el homenaje a Vicente Rodríguez Casado en la Universidad de Piura, el 6 de septiembre de 1991». Las ideas y conceptos históricos de Rodríguez Casado son analizados por César Olivera en su colaboración incluida en este volumen.

⁶ Bobadilla, Francisco, citado por González Umeres en ob. y lug. cit. La Asociación para el Desarrollo de la Enseñanza Universitaria (ADEU) es el grupo promotor y gestor que, a partir de 1969, trabajó para crear la Universidad de Piura bajo el impulso del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer, su primer Gran Canciller.

⁷ «...no hay carpetas, ni pizarras, ni profesor dictando clases. Sólo el 'yo' y el 'tú' conversando de igual a igual, cada uno en su sitio. Las tertulias en la cafetería de la Universidad de Piura, los pequeños corrillos de chicos en los pasillos, la taza de café, el cigarrillo fumado pausadamente y su voz sonora, franca y alegre, eran un espectáculo cotidiano durante su estancia en la Universidad» (Bobadilla, Francisco, ob. y lug. cit.).

la persona humana, destinada a señorear la tierra. Le preocupa la pervivencia del mito de la fuerza, a la cual quedan subordinadas la Justicia y la Paz, y del cual las guerras de nuestro siglo no serían sino las secuelas lógicas; como le preocupa la potencia alienante del mito tecnológico y el oscurecimiento que suponen para la mente humana las simplificaciones que proscriben la búsqueda de lo Absoluto y, en último término, impiden al hombre desarrollar plenamente su libertad y plasmarla en una vocación de entrega al Tú divino, al tú humano, al mismo mundo natural creado para uso y disfrute del hombre, no para ser objeto de su destrucción en aras de la ciega utilidad inmediata. De todo esto se preocupó y se ocupó con la energía, la ilusión y la alegría que, por encima de toda admiración propia de discípulos agradecidos, hacen pensar en alguien inmune al conformismo, inabordable al desaliento, inalcanzable a la mera idea de cobardía ante el cumplimiento del deber. Trabajó en esta línea con alma y cuerpo, con el pensamiento, la pluma y la entrega de sus horas y de su entusiasmo, que en un ser humano viene a ser la entrega de la propia vida.

Continuidad de lo ya sabido y planeado

Si Piura representó para Rodríguez Casado la renovación del empeño americano, la Asociación fue la continuidad de lo ya sabido y planeado. Pero esta continuidad no fue producto espontáneo de las circunstancias, sino resultado conseguido a través de un grande y prolongado esfuerzo para redefinir el papel de la Asociación ante las exigencias del momento.

Tal esfuerzo comienza aproximadamente a finales de la década de los setenta, coincidiendo con la desaparición de los Ateneos Obreros. Desde el establecimiento de la primera Asociación que llevaba por nombre el de «Alumnos de La Rábida», pasando por el año de 1964 en el cual toma la configuración actual —abierta a todas las personas que quieran colaborar, y no sólo a profesores y alumnos de La Rábida— ha recorrido la Asociación un largo camino de actividades que han quedado debidamente reflejadas al hablar de los Ateneos Populares. En 1978 se plantea un nuevo rumbo que dará lugar a un trabajo incesante encaminado por una parte a concentrar la actividad en el ámbito universitario y, por otra, a lograr la profundización en temas que, por su importancia y general extensión, puedan ayudar a los jóvenes profesionales a reflexionar, con hondura y criterio, acerca de las situaciones que plantea en cada momento la realidad social, empresarial, científica y legal, abriéndose también a nuevas influen-

cias y aportaciones. Estos planteamientos han conseguido como resultado el resurgimiento de los ideales rabideños⁸ por toda España.

La postura de la Asociación en esta nueva etapa quedó expresada en el «Manifiesto», publicado en noviembre de 1984. Según dicho texto, la ya prolongada aventura rabideña —que va a consistir como siempre en «reunirse y hablar»— se fundamenta «sin retórica ni escepticismo» en la experiencia aquilatada en las actuaciones de la época anterior, en demanda de una continuidad que rehuye, por segmentadoras, adversativas y controversiales, las formulaciones de la política concreta. El «Manifiesto», que está muy lejos del tono enfático de tales piezas de la literatura, deja muy claro que La Rábida —formada por gente que no está de acuerdo en dejar de hablar cuando se llega a la dimensión espiritual del hombre— no es una tierra de nadie sino que tiene sus preferencias y ejerce sus exclusiones asumiendo el riesgo de la impopularidad que afrontan quienes se muestran dispuestos a defender lo que piensan.

Si desde el punto de vista negativo, la Asociación no es un grupo político, ni un grupo de presión, ni una sociedad de ayuda mutua, ni una organización lucrativa, desde el punto de vista positivo se declara deseosa de atraer a los que aprecian «el sabor del saber, el gusto de hablar y la atención a lo nuevo que, quizá, pueda aparecer en alguna parte». Una Rábida en la cual se sostiene que el ejercicio de la libertad que define al hombre «está íntimamente vinculado al ejercicio de la dignidad humana».

Los cursos y jornadas de la Asociación

Esta preocupación por la continuidad, por lo actual, por la libertad y por la dignidad del hombre se trasluce con toda nitidez en la serie de cursos y

⁸ Las personas que han hecho posible este despliegue son, fundamentalmente, aparte del mismo Rodríguez Casado, Antonio Millán, José Barco, Aquilino Polaino Lorente, Luis Suárez Fernández, Leonardo Polo, Fernando Fernández, Gregorio Ramos, Mauro Rodríguez, José María de la Cuesta Rute, León Gómez Rivas, Jesús Casero, Rafael Rubio de Urquía, Carmen Ávila de Encío, Francisco José Fontecilla Rodríguez, Andrés Ollero Tassara, Pilar Rodríguez, Pedro Rodríguez, José Luis Martínez López-Muñiz y Francisco Carpintero. En las Asociaciones universitarias originadas en el impulso rabideño: Miguel Martínez López y Juan José Carrillo Acosta (Granada); María José Miranda Pardo, Teresa Vargas, Juanjo Morales y Antonio Vázquez (Madrid); Ignacio Tornel García, Sofía Vivancos y Ana de Castro (Valladolid). Enrique V. de Mora Quirós y Justo Mejías (Cádiz y Jerez). Marcelino Hidalgo, Jaime González y María Núñez (Oviedo).

jornadas que desde 1980 la Asociación viene organizando por su cuenta en diversos puntos de España.

Los cursos tienen por lo regular una semana de duración, van dirigidos a estudiantes universitarios de los últimos años de carrera; obedecen a un planteamiento interdisciplinar y son selectivos por la doble razón de que se trata de reunir a los mejores estudiantes y porque los temas tratados han sido escogidos con el criterio de que sean los más idóneos para la formación integral de los que a ellos concurren. El eje de todas las actividades de la Asociación es la convivencia plena, que da oportunidad para el conocimiento mutuo y abre paso a un permanente diálogo.⁹ En definitiva, se trata de dar continuidad a la gran aportación de Rodríguez Casado a la enseñanza superior y en general a la educación de adultos. En esa aportación don Vicente integró el ocio con la intención educativa y con el quehacer del magisterio. Tradujo intención y quehacer en entrega personal. Rompió con lo accesorio para dejar brillar lo esencial. Dio de lado a lo normativo para que resaltase el sentido de la norma.¹⁰ Sobrepasó la información con la comunicación humana plena, que trasmite los conocimientos y es a la vez fermento de confianza, amistad y de participación.¹¹ Anticipándose a los tiempos o quizá volviendo al espíritu que dio su primer impulso a las universidades medievales, logró Rodríguez Casado establecer, en la comunidad o ayuntamiento de maestros y discípulos, unas relaciones simétricas que ni las leyes de educación exigen ni demanda todavía la sensibilidad social y que, sin embargo, son necesarias para potenciar al alumno haciéndole descubrir por sí mismo sus propias y peculiares posibilidades. ¿No son estos motivos suficientes para recordar a Rodríguez Casado y dar continuidad a su obra?¹²

⁹ En relación con el ambiente de diálogo continuo en las actividades de la Asociación, véanse los testimonios de María del Carmen Ávila de Encío y de María Núñez González. Respecto al diálogo y a la tarea humanizadora, cfr. el testimonio de José Luis Bazán López en el mismo lugar.

¹⁰ Cfr. el testimonio de José María Desantes Fernández, que relata cómo algunas actividades «prohibidas», como el acostumbrado asalto a la despensa en la antigua Rábida —en el que nunca se cometieron actos de vandalismo— eran en realidad fomentadas por la Dirección llegando a entender que se conseguía un doble objetivo: «procurar una alimentación adicional a los devoradores estudiantes; y que éstos, extralimitándose, vivieran las aventuras del allanamiento».

¹¹ Acerca del ambiente de amistad, intimidad y confianza en esta nueva época, véase testimonios de María José Miranda Pardo, Teresa Vargas Aldecoa, Sofía Vivancos, Inmaculada Fernández López y Paloma Pastor Muñoz.

¹² En realidad, había que preguntarse: ¿por qué no se ha emprendido ya un estudio del espíritu rabideño desde el punto de vista de la Pedagogía? Valga esta pregunta como acicate.

El primero de los cursos organizados por la Asociación en su nueva etapa¹³ se celebró en Toledo. Hubo de ocuparse de «El hombre en el ámbito de la sociedad contemporánea». Se trataba de encontrar las razones para afrontar con optimismo el futuro, interpellando a la realidad actual desde el punto de vista de la Historia, las Ciencias Naturales, la Economía, la Literatura, el Cine, el Arte y la Filosofía. En el curso titulado «Un futuro para la dignidad del hombre» se analizó —desde el punto de vista de la Antropología, de la Psicología y del Derecho, de la Comunicación, de la Economía, de la Filosofía, de la Educación y de la Historia— la actual disyuntiva en que yacen los derechos humanos, expuestos al fuego cruzado de la diversidad de lenguajes y del oportunismo coyuntural.

Las posibilidades que tiene en el mundo de hoy el principio de la supremacía de la persona sobre las cosas, y la fractura de las vinculaciones profundas en beneficio de las opciones y posibilidades materiales, fue objeto de otro curso que, con el título de «Persona y libertad en la sociedad consumista», entraba en la indagación de soluciones prácticas y teóricas al problema planteado.

La necesidad de un cambio social —contemplado desde los supuestos de la dignidad de la naturaleza humana y del carácter de criatura que tiene el hombre— fue analizada en el curso «Propuestas para un cambio social»; mientras los cursos dedicados a «Santa Teresa y su tiempo» y a «San Juan de la Cruz, hoy» trataron de ahondar, desde perspectivas diversas, en el significado de los dos reformadores del Carmelo.

En años posteriores van apareciendo cursos como los referidos a clasicismo y modernidad, a las relaciones entre la condición biológica y la libertad humanas, a la identidad europea, a los valores humanísticos en Europa; a la cultura y sus tópicos; a la libertad y a las tendencias liberacionistas; a la revolución y a la libertad, al reto que supone la nueva modernidad y al futuro de la democracia; sin faltar, por otra parte, los dirigidos a analizar la temática del nuevo continente: V Centenario, España y América en el umbral del siglo XXI, y aspectos candentes de la situación actual de los países americanos de lengua española; incluso se produjo el acercamiento al país fraterno en las «I Jornadas hispano-lusas» que reunieron a profesores de

¹³ Respecto al ambiente de esta nueva época, visto a través de los nuevos rabideños, cfr. los testimonios de Jaime González-Baizan Fernández, Enrique Martín López y Miguel Martínez López. Véanse también las colaboraciones de Francisco Carpintero Benítez, Francisco José Fontecilla, Juanjo Morales, José Antonio Pérez González y José Tudela.

ambos países en torno al tema «1488-1489: la ruptura del horizonte europeo. Una perspectiva luso-española».¹⁴

Las Conversaciones de La Rábida y otras actividades

Al lado de estos cursos, que ponen al día la modalidad más antigua de la tradición rabideña, surge también ese «algo nuevo» a que aludía el «Manifiesto». En 1984 dan comienzo las Conversaciones de La Rábida. Estas consisten sobre todo, como su nombre lo indica, en un intercambio de puntos de vista entre personas dedicadas a diferentes tareas intelectuales y son rigurosamente inéditas en el panorama español.¹⁵ En las mismas los participantes, profesores universitarios, discurren sin sujetarse a ninguna atadura ideológica, apoyándose cada uno en el sentido profundo de la libertad y la responsabilidad personal. Estas conversaciones van encaminadas tanto a facilitar el diálogo multidisciplinar como a servir de venero de donde broten las bases intelectuales para la actividad editorial a la que ya hemos aludido y que fue uno de los propósitos que Rodríguez Casado sostuvo con mayor insistencia.

En 1984 se inician, con periodicidad mensual, las sesiones de Cine-club¹⁶ y cobran nuevo impulso las tertulias-coloquio, viejo ideal que ya estaba señalado en la propia Asamblea fundacional de la primitiva Asociación Alumnos de La Rábida.¹⁷ También comienzan este año los seminarios, dedicados a aspectos concretos que, dentro de las preocupaciones de los rabideños, merecen una dedicación mayor; los encuentros empresariales, los seminarios jurídicos y las jornadas de profesores de enseñanza media permiten una visión práctica y un análisis multidisciplinar y profesional de temas de actualidad.

¹⁴ Cfr. Miranda Pardo, María José, «I Jornadas hispano-lusas», en *Papeles de La Rábida*, diciembre de 1992.

¹⁵ Cfr. el testimonio de Rafael Rubio de Urquía.

¹⁶ Llevado por el profesor Luis Suárez Fernández, fundador también del primer cine-club universitario en la Universidad de Valladolid.

¹⁷ Los antecedentes prácticos de estas tertulias-coloquios se remontan a las reuniones rabideñas en el Ateneo de Madrid (Prado, 13) en el año de 1958.

Las Asociaciones Culturales Universitarias

No se detiene allí la expansión de las actividades en 1984. En diversas ciudades españolas, alumnos de los cursos organizados hasta entonces se juntan para poner las bases a futuras asociaciones que, con el mismo espíritu de La Rábida, contribuyan a la promoción cultural del medio estudiantil.¹⁸ Un año después estarán funcionando y legalmente constituidas las tres primeras asociaciones culturales universitarias: la Sociedad Cultural Universitaria de Granada, el Círculo de Debate de Oviedo y el Ateneo Universitario de Valladolid. En años posteriores surgen la Asociación Española de Información y Cultura Universitaria (AMICU) y la Asociación Cultural ATMOS, radicadas en Madrid; el Círculo Universitario Malagueño, en la ciudad del Guadalhorce; la Asociación Universitaria de Cádiz (AUCA); la Asociación Universitaria de Santiago de Compostela; la Asociación Universitaria de Asturias (AUA)...

Todas estas asociaciones funcionan a la manera rabideña, con presupuesto escaso; sin burocracia, cuyo lugar ocupa desde el principio un voluntariado eficaz y motivado. Siguen el esquema de las organizaciones sin ánimo de lucro y constituyen una versión nueva de esas mutualidades de la cultura que ya se prefiguraron en los Ateneos Populares. La relativa coordinación entre todas ellas se produce más por convergencia en los fines que por paralelismos programáticos, pues cada uno tiene plena independencia tanto en su gobierno como en su presupuesto. El conjunto de sus actividades causa sorpresa a quien las observa con objetividad, tanto por su número como por la calidad y por lo bien centrado de sus objetivos. Se ha hecho realidad el deseo formulado en el «Manifiesto»: «Cabe esperar que si la experiencia que hoy es La Rábida logra reunirse con otras —la sociedad necesita fortalecerse en un momento en que los naufragios son frecuentes—, de la Universidad saldrá gente que, por cuenta propia, difunda los deseos de pensar y la capacidad de asombro.»

El *modus operandi* de estas Asociaciones recuerda al de los primeros tiempos de los Ateneos. Las reuniones y charlas, tertulias, conferencias, ciclos, se realizan en locales accesibles al público, como cafés, salones, casinos; los cursos y jornadas, en albergues y otros establecimientos semejantes que se alquilan para la ocasión. Se aprovecha el equipamiento social de que dispone cada comunidad y se colabora con otras asociaciones afines.

¹⁸ Cfr. testimonio de Jesús Casero Echeverry.

Desde 1990 la Asociación de La Rábida organiza encuentros entre distintas asociaciones universitarias. Es una manifestación del interés que despiertan en ella estas organizaciones que desempeñan un papel de primera importancia en la sociedad de hoy. Baste recordar al efecto que todas ellas están implicadas en la renovación de la cultura o en el intercambio cultural, sectores en los cuales las Administraciones Públicas están, en principio, llamadas al fracaso. Estas asociaciones no lucrativas deben evitar convertirse en torres de marfil o en guetos de intelectuales o de «salvadores». Consecuencias del propósito de evitar tales escollos son: la prioridad del contacto directo con la realidad circundante, la urgencia de distinguir entre implicación necesaria y compromiso surgido; la conveniencia de actuar con mentalidad profesional sin dejar todo al empuje del entusiasmo; y la necesidad de tener presente que los recursos humanos constituyen en todos los empeños no lucrativos el factor más importante, en mayor medida incluso que en las empresas venales. Este nuevo enfoque es la mejor garantía si se quiere superar el nivel testimonial, por otra parte, perfectamente legítimo y respetable.¹⁹

Nuevos rumbos

La Asociación de La Rábida no es una organización universitaria cualquiera, sujeta a las variaciones originadas por los frecuentes cambios del personal directivo, por un enfoque cambiante de los objetivos perseguidos, o la rápida caducidad de los principios en que se fundamenta su actuación. Por su probada continuidad, que atesora una experiencia larga y diversificada, la Asociación de La Rábida posee óptimas condiciones para tomar en cada momento el pulso de la realidad. Se ha marcado nuevos rumbos y ha adquirido un nuevo ritmo precisamente cuando el mundo asiste al desmoronamiento del capitalismo de Estado y cuando en los países de Occidente el monopolio estatal de la enseñanza y de la cultura comienza a mostrar en un contexto supranacional los efectos del desgaste.

Es cierto que, en un intento de prolongar su existencia más allá de sus posibilidades reales, el sistema dirigista se vale de la captación de fondos privados para mantener con vida instituciones controladas por los presupuestos oficiales de modo que, en este momento de transición, el éxito de

¹⁹ Cfr. Pimentel Igea, Aurora, «La necesidad de cooperación», en la sección Tribuna Abierta de *Papeles de La Rábida*, diciembre de 1992.

las instituciones gubernamentales de enseñanza y cultura se alimenta de apoyo económico del fondo social al que contribuye a neutralizar. Mas, aparte de este fenómeno enmascarador que quita los síntomas sin poner remedio al mal de fondo, lo cierto es que, en la mayoría de los países, las iniciativas sociales están tomando el relevo directamente en lo que se refiere al medio ambiente, el intercambio y la renovación o reforma culturales, y la enseñanza y educación de calidad.

Por eso la Asociación de La Rábida piensa ahora en nuevos proyectos universitarios²⁰ que vengan a plasmar en esta nueva época la audacia intelectual que desde el comienzo ya lejano caracterizó al espíritu rabideño.

²⁰ Cfr. el testimonio de Aquilino Polaino-Lorente (actual Presidente de la Asociación) y el de Rafael Rubio de Urquía. En este sentido, la actual Junta Directiva ha elaborado un borrador de nuevos Estatutos de la Asociación, que se recoge, a efectos documentales, en el anexo de este volumen.

CRONOLOGÍA

- 1942
- *Noviembre, 10*: Rodríguez Casado funda la Escuela de Estudios Hispano-Americanos.
- 1943
- *Primavera*: visita al castillo de Santiago en Sanlúcar de Barrameda y al Monasterio de La Rábida para determinar el mejor lugar para el emplazamiento de la futura Universidad de Verano para el Sur.
 - *Septiembre, 1 al 26*: escogida La Rábida como sede definitiva, se celebra allí el primer Curso de Verano convocado por la Escuela de Estudios Hispano-Americanos.
 - *Diciembre, 10*: Decreto fundacional de la Universidad de Verano de La Rábida. A través de su Patronato depende de la Universidad de Sevilla y del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- 1945
- *Septiembre, 12*: se crea la Sección de Historia de América de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad hispalense.
- 1946
- *Enero, 11*: Decreto que deslinda los fines específicos de la Sección de Historia de América respecto a los de la Escuela de Estudios Hispano-Americanos.
 - *Otoño*: comienza sus actividades el que más tarde será llamado Club La Rábida. Tertulias informales y sesiones musicales.
- 1947
- *Enero, 31*: Decreto que modifica la composición del Patronato y autoriza a la Universidad para que emplee la denominación de «Universidad Hispano-Americana de Santa María de La Rábida».

EL ESPÍRITU DE LA RÁBIDA

— *Septiembre*: La Universidad de La Rábida celebra su V Curso, dedicado al tema «Hernán Cortés y su época». Comienza la construcción del edificio de la Universidad.

1948

- Daniel Vázquez Díaz en la Universidad.
- *Junio*: acuerdo con la Escuela Superior de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría, de Sevilla, para enviar tres alumnos aventajados a los cursos de La Rábida.
- Otro acuerdo semejante se concluye con la Escuela Superior de Bellas Artes de San Carlos, de la ciudad de Valencia.

1949

- Los pintores Comas y Ojeda pintan los murales del nuevo edificio de la Universidad de La Rábida.
- *Otoño*: primera exposición, en el Club La Rábida, de los pintores de la Escuela de Paisajistas de La Rábida.

1950

- El Patronato de la Universidad crea la Jefatura de Estudios.
- Primera exposición de la Joven Escuela Sevillana, grupo renovador de las artes plásticas que más tarde se prolongará en el Grupo Itálico.

1951

- Vicente Rodríguez Casado es nombrado Rector de la Junta de Gobierno de la Universidad de La Rábida.

1952

- Se crea el Diploma de Estudios Americanos que La Rábida otorga a sus estudiantes.
- *Septiembre*: curso conmemorativo del «V Centenario de los Reyes Católicos».

1955

- *Octubre*: llegan a su punto culminante las dificultades con el Ministerio de Educación. Rodríguez Casado viaja a Barcelona para detener el intento de absorción de la Universidad de La Rábida en el proyecto unificador del Ministro Ruiz-Jiménez.

1958

- *Febrero*: aparece el primer número de *Hoja de La Rábida* que más tarde advendrá en *Papeles de La Rábida*
- *Semana Santa*: un grupo de rabideños se reúne en La Universidad y crea la «Asociación de Antiguos Alumnos de La Rábida».
- *Agosto*: se celebra el curso XVI, conmemorativo del «IV Centenario del Emperador Carlos V».
- *Septiembre*: queda constituida legalmente dicha Asociación. Se aprueba la creación de los «Ateneos Populares».
- *Septiembre, 29 y 30*: queda constituida en Granada la primera de las Delegaciones provinciales de la Asociación.
- *Octubre*: los Estatutos de la Asociación quedan definitivamente inscritos en el Libro Registro de Asociaciones del Gobierno Civil de Sevilla.
- *Diciembre, 12*: Orden Ministerial que determina las funciones del Patronato de la Universidad de La Rábida.

1959

- Las delegaciones provinciales de la «Asociación Antiguos Alumnos de La Rábida» se extienden por el territorio español.
- *Diciembre*: primer contacto entre obreros y universitarios conducente a la fundación del primero de los Ateneos, el de Getafe, en las proximidades de Madrid.

1960

- *Agosto*: el Patronato crea el cargo de Director de la Residencia.
- *Septiembre*: se celebra el curso XVIII, conmemorativo del «IV Centenario de Don Enrique El Navegante».
- Se instauran con continuidad los cursos para Maestros Nacionales.
- Se inaugura en la Residencia el nuevo pabellón destinado a habitaciones de profesores.
- *Septiembre*: la Asamblea General de la «Asociación Antiguos Alumnos de La Rábida» aprueba el cambio de denominación. Desde ahora se llamará «Asociación de La Rábida». Se reforman los estatutos para admitir socios no universitarios.
- *Octubre*: queda inaugurado el Ateneo de Getafe. Pronto serán tres más en el cinturón industrial de la capital de España: los Ateneos de Campamento, Ciudad Pegaso y Torrejón de Ardoz.

EL ESPÍRITU DE LA RÁBIDA

1961

- *Marzo*: la Dirección General de Política Interior del Ministerio de Gobernación autoriza por fin la creación de «centros de acción cultural con el nombre de Ateneos».
- Los Ateneos se extienden por la totalidad de los grandes centros fabriles y mineros de España.
- I Curso de Verano para Universitarias.
- I Curso para Maestras Nacionales.

1962

- *Junio*: del 1 al 15 se celebra el I Curso de Facultativos de Minas.

1963

- El hostigamiento hacia los Ateneos por parte de la Secretaría General del Movimiento se hace ostensible. Dicho organismo solicita del Gobernador Civil de Asturias la clausura de los Ateneos asturianos.

1964

- *Octubre a noviembre*: se celebran, en colaboración con el Instituto Social de la Marina, tres cursillos para maestros de poblaciones pesqueras. Son los primeros del epígrafe genérico de «Cursos de Orientación Náutico-pesquera», aunque su denominación concreta será sumamente variada. En uno de ellos participa como profesor Adolfo Suárez, futuro Presidente del Gobierno de España.

1965

- *Agosto*: se reorganiza la Junta de Gobierno de la Universidad.
- Segunda Reforma de los Estatutos de la Asociación. Se inicia la publicación de la colección de Manuales para los Ateneos.
- Se inicia la Colección de manuales «Mundo del Trabajo», destinada a los «Ateneos Populares». Se inician los cursos para patrones de embarcaciones pesqueras.

1967

- Bodas de Plata de la Universidad de La Rábida. Primera Asamblea General de Antiguos Alumnos.
- Jornadas culturales para funcionarios del ámbito marítimo-pesquero.

1968

- *Julio, 16*: el Ministerio de Educación y Ciencias aprueba las Instrucciones de la Dirección General de Bellas Artes —el Director es Florentino Pérez-Embid— para la protección del conjunto histórico-artístico denominado «Lugares Colombinos».
- Acuerdo con la Oficina de Educación Iberoamericana para la creación del Instituto Politécnico de La Rábida.

1972

- *Julio, 21*: es fundado por Rodríguez Casado el Colegio Universitario de La Rábida, antecedente de la Universidad de Huelva.
- *Julio, 26*: la Oficina de Educación Iberoamericana concede su Medalla de Oro a la Universidad Hispano-Americana de Santa María de La Rábida.
- Tercera reforma de los Estatutos de la Asociación.

1974

- Se produce el cese de Vicente Rodríguez Casado y la consiguiente renuncia de su Junta de Gobierno.
- A partir de su alejamiento de la Universidad de La Rábida, Vicente Rodríguez Casado intensifica su relación con la Universidad de Piura con la que está vinculado desde su fundación. Allí contribuye al refuerzo de los estudios de Humanidades y al afianzamiento de las enseñanzas humanísticas en los programas de las carreras técnicas en esa Universidad peruana.
- Rodríguez Casado proyecta, en Piura, el Centro de Estudios Históricos.

1978

- La Asamblea General, bajo la inspiración de Rodríguez Casado, redefine el papel de la Asociación La Rábida ante las exigencias del momento. La actividad se concentra en el ámbito universitario y en el de los jóvenes profesionales.

1980

- La Asociación organiza, en Toledo, el primero de los Cursos Universitarios de esta nueva etapa. A partir de este año, en convocatoria itinerante por diversos lugares de España, los cursos se sucederán

ininterrumpidamente; con ellos se pone al día la modalidad más antigua de la tradición rabideña.

1984

- *Noviembre*: aparece en *Papeles de La Rábida* el Manifiesto de la Asociación: La Rábida quiere atraer a los que aprecian «el sabor del saber, el gusto de hablar y la atención a lo nuevo que, quizá, pueda aparecer en alguna parte».
- Da comienzo una nueva modalidad de actividad, inédita en España hasta ese momento: las Conversaciones de La Rábida, concebidas como intercambio de puntos de vista entre personas dedicadas a tareas intelectuales diferentes. Se inician las sesiones de Cine-Club. Cobran impulso las Tertulias-coloquio. Comienzan los Seminarios y «Forum» organizados por la Asociación.
- Durante este año se ponen las bases para las futuras Asociaciones Culturales rabideñas.

1985

- Vicente Rodríguez Casado coopera en el desarrollo del Programa académico de Ciencias de la Educación de la Universidad piurense. Publica, en el Perú, editadas por dicha Universidad, sus obras *El legado de la Antigüedad* y *El legado del Cristianismo*.
- El fundador de la Universidad de La Rábida trabaja en los centros culturales promovidos por la Asociación para el Desarrollo de la Enseñanza Universitaria (ADEU), grupo promotor y gestor de la Universidad de Piura, y participa en el desarrollo del Programa de Alta Dirección que esa Universidad organiza en Lima.
- Quedan legalmente constituidas y en funcionamiento las tres primeras Asociaciones Culturales Universitarias: la Asociación Cultural Universitaria de Granada, el Círculo de Debate de Oviedo y el Ateneo Universitario de Valladolid.

1986:

- Convenio de colaboración entre la Asociación La Rábida y la Universidad de Piura.
- Se inicia la publicación de la colección «Biblioteca de Ciencias Sociales».
- Durante este año y los posteriores quedan fundadas la Asociación Española de Información y Cultura Universitaria (AMICU), de ám-

bito nacional y radicada en Madrid; el Círculo Universitario Malagueño, la Asociación cultural ATMOS, en Madrid; la Asociación Universitaria de Cádiz (AUCA); y la Asociación Universitaria de Asturias (AUA). Todas estas Asociaciones, organizaciones sin ánimo de lucro, están unidas más por convergencia de fines que por paralelismos programáticos.

1989

- *Abril, 7 y 8*: el Instituto Politécnico de La Rábida recibe el nombre de Vicente Rodríguez Casado. Se impone al fundador el Escudo de Oro del centro.
- La Junta Directiva de la Asociación aprueba el proyecto de escribir la Historia de la Rábida.

1990

- *Septiembre, 3*: fallece en Cercedilla, donde ha ido a pasar unos días de descanso, el fundador de la Universidad de La Rábida.

1992

- Primeras jornadas Hispano-Lusas.
- La Asociación organiza encuentros periódicos de Asociaciones Universitarias.

1993

- Se cumplen cincuenta años de la fundación de la Universidad Hispanoamericana Santa María de La Rábida (1943-1993)
- La Asociación patrocina, junto al Ateneo Universitario de Valladolid, la publicación *Guía práctica para la organización y gestión de asociaciones*.

1995

- Concluyen los trabajos sobre la historia de La Rábida, que se editan en el volumen *El espíritu de La Rábida. El legado cultural de Vicente Rodríguez Casado*.